



CUENTISTAS VALLECAUCANOS

Antología

CUENTISTAS VALLECAUCANOS

Antología

Cuentistas vallecaucanos : antología / Andrés Caicedo, Umberto Valverde, Gustavo Álvarez Gardeazábal...[y otros 23.] ; Compiladores Guillermo Bustamante Samudio, Henry Ficher y Harold Kremer. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios. UNIMINUTO, 2019.

ISBN: 978-958-763-360-3

272p.; Antología ; 1

1.Cuentos Colombianos -- Colecciones 2.Literatura Colombiana -- Colecciones 3.Literatura folclórica colombiana -- Colecciones i.Valverde, Umberto ii.Alvarez Gardeazábal, Gustavo iii.Cruz Kronfly, Fernando iv.Romero Vásquez, Amparo v.Arias Satizábal, Medardo vi.Valencia, Elmo vii.Kremer, Harold viii.Londoño, Julio César

ix.Toro, Hernán x.Fleischer, Esther xi.Martínez, Fabio xii.López Valencia, Orlando

xiii.Jarrín, Humberto xiv.López, Alejandro José xv.Osorio, Óscar xvi.Delgado, Hoover xvii.Llano, Clara xviii.García Ángel, Antonio xix.Rengifo, Ángela xx.Peralta, Heidy

xxi.Villa Valencia, Rodolfo xxii.Rojas, Andrés xxiii.Muñoz, Harol xxiv.Patiño Millán, Carlos xxv.Bustamante Samudio, Guillermo (compilador) xxvi.Ficher, Henry (compilador) xxvii.Kremer, Harold (compilador) xxviii.Colombia Secretaría de Cultura del Valle del Cauca (coeditor) xxix.Universidad Libre (coeditor)

CDD: Co863.01089861 C83c BRGH
97425

Registro Catalogo Uniminuto No.

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/BIB97452>

CUENTISTAS VALLECAUCANOS

Antología

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

Título

Cuentitas vallecaucanos

Antología

Edición: Universidad Libre,

Corporación Universitaria Minuto

de Dios – UNIMINUTO

Gobernadora del Valle del Cauca

Dilian Francisca Toro

© Secretaría de Cultura del Valle del Cauca

© Derechos reservados para los autores

Secretaria de Cultura del Departamento

Consuelo Bravo Pérez

Prohibida la reproducción total

o parcial de esta edición sin la autorización de los propietarios del copyright.

Editor

José Zuleta

Primera edición, Septiembre 2019

Diseño y diagramación

Sandra Milena Rodríguez Ríos

ISBN 978-958-763-360-3

Revisión de estilo

Gloria María Medina Jiménez

CONTENIDO

Presentación	9
<i>Dilian Francisca Toro</i>	
Introducción	11
<i>Consuelo Bravo</i>	
Unas palabras sobre el cuento	13
<i>José Zuleta Ortiz</i>	
Facsimilar de El Encuentro	17
<i>Andrés Caicedo</i>	
Muchachos	21
<i>Umberto Valverde</i>	
Ana Joaquina Torrentes	33
<i>Gustavo Álvarez Gardeazábal</i>	
Drik era de nombre Genovevo Palomo	37
<i>Fernando Cruz Kronfly</i>	
La muchacha de Puerto Madero	45
<i>Amparo Romero Vásquez</i>	
Cachimbo va a los Yores	49
<i>Medardo Arias Satizábal</i>	
El Universo humano	57
<i>Elmo Valencia</i>	

Padrenuestro	61
<i>Harold Kremer</i>	
La ecuación del Azar	73
<i>Julio César Londoño</i>	
El doble	81
<i>Hernán Toro</i>	
Todos lloramos lágrimas saladas	95
<i>Esther Fleisacher</i>	
Una bala perdida	99
<i>Alberto Esquivel</i>	
Feliz navidad	111
<i>Fabio Martínez</i>	
Guayacán	117
<i>Orlando López Valencia</i>	
Hacia la reconstrucción real de un hecho acaecido en el paraíso (hipótesis al fin comprobada)	121
<i>Humberto Jarrín</i>	
Dalí Violeta	133
<i>Alejandro José López</i>	
La última cuota	149
<i>Óscar Osorio</i>	
Los cortometrajes de Dios	165
<i>Hoover Delgado</i>	
Ronda	177
<i>Clara Llano</i>	
Bobby	185
<i>Antonio García Ángel</i>	
Olor de violetas	193
<i>Ángela Rengifo</i>	
Manual para atesorar el amor, caso N°57: Matrioshka	201
<i>Heidy Peralta</i>	
Los de atrás	207
<i>Rodolfo Villa Valencia</i>	

Pa la pista	217
<i>Andrés Rojas</i>	
Anfibia	235
<i>Harold Muñoz</i>	
Todas esas cosas para las que no estábamos preparados	241
<i>Carlos Patiño Millán</i>	
MINICUENTOS VALLECAUCANOS	245
El vuelo del ángel	247
<i>Rosalba Plaza P.</i>	
Sincronía	248
<i>Wilson Blandón Caicedo</i>	
El nombre de Dios	249
<i>Guillermo J. Mejía</i>	
Louvre	250
<i>Julián A. Enríquez</i>	
Artesano	251
<i>Pedro Walther Ararat Cortés</i>	
La isla	252
<i>José Eddier Gómez</i>	
Equivocación	253
<i>Lorena Caicedo</i>	
El amigo	254
<i>Miguel Fernando Caro G.</i>	
Persecución	255
<i>Jacqueline Castro</i>	
Matrimonio	256
<i>Janeth Marcela Ramírez</i>	
Sueño	257
<i>Eduardo Serrano Orejuela</i>	
La mujer aparente	258
<i>Rodrigo Parra Sandoval</i>	

El rompecabezas	259
<i>Isar Hasim Otazo</i>	
El fantasma	260
<i>Henry Zuluaga</i>	
Parte de guerra	261
<i>Octavio Javier Bejarano</i>	
Día de lluvia	262
<i>Carlos Fernando Cobo</i>	
Siamés	264
<i>Harold Tobar</i>	
Clasificador	265
<i>Álvaro García Ramos</i>	
La visita	267
<i>Javier Tafur González</i>	
Los cuatrerros	268
<i>Sandra Patricia Palacios</i>	

PRESENTACIÓN



Presentamos a la comunidad vallecaucana, a Colombia e Hispanoamérica, los primeros siete libros del Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca. Esta iniciativa es consecuente con las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad que formulamos durante la presente administración y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda esta política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

En la política editorial de este fondo daremos prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural; a saber: las producciones intelectuales y de investigación, de autores de la región, o de autores de otras regiones, que aborden temas concernientes a nuestro entorno. Investigaciones o producciones intelectuales y literarias que constituyan creación de patrimonio regional que nos ayuden a establecer, preservar y difundir la tradición oral y escrita del Departamento del Valle del Cauca.

Editaremos también trabajos de rescate. Esto es; producciones que son patrimonio cultural de la región pero que debido a su antigüedad o mala fortuna editorial, no se conocen. Publicaremos también los trabajos de nuevos creadores e investigadores, que según criterios de calidad, son el futuro patrimonio cultural de la región, así como las investigaciones dirigidas a la creación de patrimonio a partir de rasgos culturales inmateriales como tradición oral, medicina tradicional, música no escrita o documentada, recetas de la tradición gastronómica popular, mitos, leyendas, décimas y canciones, vestidos y atuendos tradicionales, entre otros temas, serán el derrotero del fondo que nace hoy con estos primeros siete libros.

Agradezco al Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico, GEUP, a las escritoras y escritores del Valle del Cauca, por hacer parte de esta iniciativa que nos permitirá mirar hacia el futuro desde una valoración positiva de nuestra identidad y seguir trabajando de corazón.

Dilian Francisca Toro
Gobernadora del Valle del Cauca

INTRODUCCIÓN



En la primera mitad del siglo XX fueron escasos los Cuentos en el Valle del Cauca, entre ellos Yagé, un cuento de Germán Cardona Cruz, (Tuluá 1903-1979) y Doce cuentos, de Alberto Dow (escritor y músico de origen cubano 1923-1990) colección publicada en 1948, es todo lo que se conoce de esa mitad del siglo XX. Se diría que no hay tradición, o mejor, que existe una tradición en plena construcción.

Los primeros libros de cuento, de escritores vallecaucanos, fueron publicados en la década de 1970; en ese año Andrés Caicedo ganó el primer Concurso Literario de Cuento de Caracas con su cuento Los dientes de Caperucita. En 1972, Umberto Valverde publicó en México, Bomba Camará. En septiembre de 1975 se publicó El Atravesado de Andrés Caicedo.

Los Cuentos del parque Boyacá de Gustavo Álvarez Gardeazábal aparecieron editados en 1978. En 1980, Fernando Cruz publicó su libro de cuentos Las alabanzas y los acechos. En 1983, Harold Kremer ganó el premio de cuento Casa de la Cultura de San Andrés y en 1984, ganó el Premio Nacional Universidad de Medellín con el libro La noche más larga. Luego aparecieron libros como Los indios que mató John

Wayne, de Germán Cuervo, en 1985 (Germán Cuervo fue invitado y declinó la invitación a esta antología). En 1988, Julio César Londoño ganó el Premio de Cuento de la Cámara de Comercio de Bogotá con su obra *El suicida*. Diez años más tarde ganaría el Concurso internacional de cuento Juan Rulfo con *Pesadilla en el hipotálamo*.

En la década de 1990, Medardo Arias y Hernán Toro publicaron sus primeros libros de cuento. A este grupo de cuentistas fundadores del género en nuestra región, se suman cuentistas que han publicado su obra en el presente siglo. Algunos de ellos ganadores de concursos nacionales e internacionales.

La Secretaría de Cultura del Departamento del Valle pretende con este libro, ofrecer una visión sobre lo que ha sido y es hoy el cuento en el Valle del Cauca. Los autores incluidos en esta Antología son todos nacidos en el Valle del Cauca. Esta pretende ser, dentro de las limitaciones propias de una antología, una mirada panorámica sobre el género del cuento en la región.

Consuelo Bravo
Secretaria de Cultura del Valle del Cauca

UNAS PALABRAS SOBRE EL CUENTO



Contar es el más humano de los actos. La civilización, la cultura, todo lo que somos como entes sociales, proviene de nuestra pasión por compartir historias. El origen del cuento se remonta al origen del hombre. Incluso se dice que el lenguaje mismo proviene del deseo de contar. Que fue la poderosa necesidad de compartir las experiencias lo que dio origen a esa maravilla humana, a ese gran juguete: el lenguaje.

Debemos suponer que la gestualidad, la imitación y el instinto fueron vencidos por la capacidad de comunicar experiencias y por la necesidad de conocer el mundo para poder comprenderlo, habitarlo y disfrutar de él. Así el mito, la fábula, el juglar y el relato crearon el mundo que habitamos. En esta ardua y apasionante aventura, pudimos ser lo que somos. Creamos desde la narración dioses a nuestra imagen y semejanza, mundos horribles, paraísos. Con un poco de realidad y mucho de ficción, inventamos las religiones, la magia, las primeras historias que cantamos. Del poder del arte de la narración, el mejor ejemplo para los occidentales es la Biblia, que logró construir desde la literatura gran parte

del mundo moral y ético en que hemos vivido los últimos veinte siglos.

Poco ha cambiado desde entonces en el interminable camino del cuento. Gran parte de nuestra relación con la fantasía, de nuestra capacidad de imaginar y de construir mundos posibles, proviene de nuestra infancia; fuimos formados en la ficción de los cuentos. En esas primeras lecturas se crearon y se crearán muchos lectores. Es claro que la lectura de cuentos es una gran constructora de lectores. Lo que no es tan claro, pero también es cierto, es que la escritura de cuentos es una gran formadora de escritores.

El género del cuento goza de un gran prestigio entre los literatos y, paradójicamente, por un asunto de moda y de comercio, es cada vez menos publicado, menos leído y, en consecuencia, menos escrito. Hay una razón poderosa para vindicar el género: es uno de los más exigentes, es uno de los más formadores y el que mayor placer proporciona.

El cuentista francés Guy de Maupassant escribió: “[...] el escritor aprecia el universo y a los seres humanos de una manera que proviene de combinar sus observaciones y sus reflexiones. A fin de conmovernos como él ha sido conmovido por el espectáculo de la vida, debe reproducir su observación ante nuestros ojos con escrupulosa exactitud, debe componer su obra con tal sagacidad, con tal disimulo y aparente simplicidad, que se nos haga imposible descubrir su plan o percibir sus intenciones...”.

¿Qué caracteriza un buen cuento?

Primero que sea memorable, y que despierte el deseo de compartirlo. Un buen cuento es un lugar donde uno quiere regresar. Por ello, los buenos cuentos se leen varias veces. En muchas ocasiones un cuento es una revelación, un atisbo al fondo de lo que somos, un relámpago de luz sobre la condición humana. Además de la vivacidad y la inteligencia

para exponer el asunto sobre el cual gira el cuento, hay algunos elementos de la forma que son importantes: la atmósfera, la poesía y el ámbito de intimidad que logre con el lector, son claves en los cuentos memorables. En el cuento se reúnen todas las destrezas de un narrador: la tensión, la construcción de personajes, la creación de ambientes, los diálogos, la poesía, el ritmo... en fin, con la particularidad de que el cuentista debe prescindir de lo accesorio, porque en ningún género, como en el cuento, lo que no es necesario se hace tan evidente.

La destreza del escritor de cuentos permite, construye un lector inteligente, un lector atento, para ello deja cabos sueltos que debe atar el lector, hace leves insinuaciones, pone trampas que el lector debe sortear, y así el lector de cuentos termina siendo, de algún modo, coautor del cuento, por ello un buen cuento requiere un buen lector, y un buen lector no tolera un mal cuento.

Hay algo fascinante en los cuentos logrados, son enigmáticos. Algo invisible, equivalente a la simpatía, nos alienta a seguir. Aquello que comienza como mera cordialidad entre el autor y el lector, termina en una fraternidad, en una amistad apasionante, ese evento afortunado ocurre cuando un buen cuento reúne a su creador con el anónimo realizador de esa afortunada comunión que es la lectura.

José Zuleta Ortiz

Facsimilar de El Encuentro

Andrés Caicedo



Alberto trató rápidamente la servilleta y rápidamente se limpió la mancha oscura que le había dejado el hervor frente a sus labios. Golpeó la mesa con el codo, pero la muchacha no reaccionó a su llamado.

- ¡Pasa, señorita! - dijo, chasqueando los dedos.

La muchacha lo miró, hizo un gesto de disgusto con los ojos y se dirigió a una sección del fondo. Alberto no dijo nada, sólo volvió a chasquear los dedos, como eso tampoco sirvió, golpeó tres veces la mesa con el codo. Allí fue cuando miró Patricia, recordando fortuitamente en el pelo para secarlas el agua. Alberto pudo verlo porque ella estaba al frente de la puerta. Al principio negó con el hombro una de tantas reflexiones conocidas, pero al mirarlo el pelo supo que era él. No le ha cambiado nada.

- ¿A ver señor. - dijo la muchacha, señalándole los dos manos en el delantal.

- Quería algo, señor - volvió a señalar, con gestos, porque Alberto no la ha oído.

- Sí, señor, ¿qué necesita?

- Me gustaría llamarlo pero?

- Ah sí, sí. - Patricia había notado un silencio con delicadeza y ahora se estaba moviendo en la zona del fondo exactamente al frente. - Sí señorita, cuánto está - Patricia se llevó una mano a la boca y golpeó después la mesa con el codo. - Trece veinte. - Alberto se movió la mano derecha al bolsillo del pantalón y sacó un billete de veinte pesos. Adicionalmente, lanzó otra vez y sacó ahora un billete a peso y otro de diez. Le alargó los tres pesos a la señorita muchacha, quien los recibió y sin decir nada se volvió a la zona de Patricia. El señor no podía la suelta, a la vez que se ha leído muchas conversas de propiedad. Patricia miró su cara al frente de la muchacha y le dijo algo, ahora según llorando.

Alberto, recordando la suya ahora, abre la puerta del alfiler. En el segundo momento la chepa y jalado una lechuga, evitando la coacción de señalar que la parte la cara en dos partes exactamente iguales. Ahora un poco más la puerta y alcanza a ver a Patricia, una curiosidad y mira el pelo. Avanzar para la puerta violentamente y cuando, pero, así grita a Patricia, y cierra los ojos y adelantó un tiempo hasta

aprovechando la luz de sus faros y se acerca sólo a él y la strada al lado paparonosamente y lo besa sin hacerle, cuando sus brazos por un segundo estrechan Alberto la abraza algo muy breve él se puede reconocer, porque los demás han saltado en sólo grillo Patricia (lleva el libro, los apuntes) y Patricia ya se ha separado de Alberto y se está poniendo a la izquierda, pero se han pillado porque está todo muy oscuro, entonces se cuando Alberto también se ríe y aguantando momentáneamente los brazos que los cubren durante el momento y se para y la levanta y ella y vibrando se aleja del grupo, reaccionando por el punto, corriendo hacia, que todo el tiempo Alberto se ha movido ya y saliendo de nuevo se han ido en largo cuando de alientos de ella, brillando a través a veces, se desfilan lentamente y miran hacia todos lados. Tienen a la vez cuando cubren y a otros libros y otros con a pesar de conseguir un un solido los brazos y los movimientos. Ella tiene 15 años y él 14, y por qué lejos se acercan a ver las cosas sencillas de la vida.

La noche también es un momento de silencio y de tranquilidad. La noche también lo es, cuando el viento desde fuera sale. Hace un silencio y se está acercando a la vida.

- Basta algo más, ahora? - preguntando, haciendo silencio y contemplando los ojos de una polifónica con sus brazos.

- Sí, también con papel.

Hace por lo menos 20 años, desde que dejó de escribir en la Universidad, que se fueron las ganas. Pero ahora todo es diferente, porque Patricia ha estado a nosotros, después de tanto tiempo, al menos una, Patricia también ha escrito Papel-Gala, y ya ha estado de nuevo, se lleva rápidamente una cartulina de papel a la que y se está sin hacer ruido. Alberto comprueba que ella se está moviendo, de todo que los ojos a hacer cosas que parecen cuando antes. La semana se le ha ido en Papel-Gala en la mesa, el otro día, sintiendo sus sentimientos como antes se movía cuando la librería dentro, en el trabajo, esperando hacia él. Patricia se baja en Papel-Gala y se para a mirar un momento, entonces se acerca la vida hasta donde Alberto. Ahora Patricia también, cuando lee sobre el cielo y sintiendo la vida en las manos abiertas y una cara y mirar después a comenzar en la noche. Alberto se baja en Papel-Gala de un año vida y sabe que él se debe mover. Así también él, no se habla nada nuevo, palabras, cuando la pregunta qué es lo que ha hecho ella en todos estos años. Se acuerda lo sí, Patricia y Alberto para la Papel-Gala, volviendo a dar gracias. Después se acerca al cuerpo de ella cuando se acercan en las palabras en la calificación, cuando se da sus líneas sobre con los sentimientos de los ojos. Después la controla a Patricia que se acerca en la hora a Patricia, pero de verdad, cuando, con los ojos y todo, Patricia para se acerca, y son cosas nuevas. La semana con eso se propiamente a la diferencia que lo ha estado por momentos, ahora sí que viviendo. Ahora de verdad de la mesa mira momentáneamente al hombre solo, viene y guarda que se ha dejado de escribir, y que ahora se acerca de su silencio y al tener a su lado la mira a los que por última vez, entre de ponerse en la vida y en la sencilla realidad de ahora.

Muchachos

Umberto Valverde



La escasa luz pálida que se escurría desde la parte alta del poste de concreto iluminaba el ruido de las monedas al caer sobre los cinco hoyos hechos sobre el barro seco, el mismo barro seco que formaba la calle, sin huellas de vehículos, calle en tinieblas, no precisamente en absoluta oscuridad, sino una luz tenue, gris, rompiendo la noche, fragmentando el tiempo incrustado en el viento.

Dos hoyos adelante, uno al medio y los otros dos más atrás; y los cuerpos de los muchachos balanceándose, sobre un solo pie a cierta distancia, y el cuerpo echado adelante, y las monedas reunidas en un montoncito perpendicularmente entre los intersticios del aire para calcular la colocación de las monedas. *Pa cuántas*. Las voces delgadas llenando la noche, porque la noche estaba allí, donde el viento era sofocado por los gritos y discusiones de los muchachos, pero el viento cambiaba, por ratos se venía un ventarrón desde el sur alzando el polvo de verano, polvo reseco, sucio. Pero la noche también venía con el viento, porque también ella estaba donde el viento estaba.

Y los rostros cubiertos de ansias, esos mismos rostros que usan todas las noches, sin la hostigante preocupación de vivir, con la suerte de que las viejas murmuradoras las desnuden, las critiquen. *Pa once*. El tirador de turno se coloca, mientras el aire de agosto lo baña de impaciencia, posee con su mirada los gestos de los otros, sin importarle otra cosa, ni ese gran mundo que queda a sus espaldas.

Y sobre el peso había quedado en silencio el ruido iluminado de las monedas, quemando las miradas, bajo el bombillo semiapagado. *Me las hice con frotadora*. Las monedas habían retornado a su mano y estaban quietas, relucientes para él, llenas de polvo para la noche. *No juego más. Me pelaron*. La risa llenaba su cuerpo, nerviosa, y las monedas sonando sobre otras monedas en su bolsillo. *Me pelaron la plata del desayuno, ¿y ahora qué haré?* Y su rostro descompuesto sonsacando un rasgo de piedad del ganador, y el llanto presto a nacer, listo a resbalar sobre las mejillas. *¿Quién te metió a jugar? Acaso no decías que eras el putas. Juguemos otra*. Y todos contestaron sin palabras, poniéndose a cierta distancia y lanzando su moneda de cinco. *Voy de primeras*. Lanzaban palabras sucias, palabras prohibidas por sus padres, palabras ofensivas, pero las olvidaban después de sonar. Juan Luis ha convertido su rabia en llanto, y tiritando de miedo ha marchado hacia su casa donde su madre lo espera, y mientras camina va creando la gran disculpa, la disculpa que lo deberá salvar de la paliza, y ha sacado de sus recónditos y confusos recuerdos las interminables frases incomprensibles de su maestro, y los demás: el Cabra, el Negro, Lagañas y Gelatina, se han burlado, y han visto iluminar el gesto de sus labios por una luz blanca de la luna que se cuele entre los viejos árboles sin nombre, y luego la risa fue convirtiéndose en murmullo hasta dejar los rostros en su antigua actitud. *Tapón al cinco*. La voz quebrada de Gelatina ha creado un

rumor de palabras y Lagañas ha tomado las monedas y las ha lanzado para romper el equilibrio de una noche de agosto con sus gritos y bufidos. *Está ligada. Planto en mínimas.* Pero el Negro ha continuado protestando, alzando sus manos escupiendo muy cerca de los hoyos. *Le toca a Cabra.* Y mientras el Cabra ha tomado posición, balanceando su cuerpo, calculando con su mirada los hoyos, un grito ha crecido desde la esquina y se ha estrellado en sus oídos. ¡Ahí viene un *tombo!* Y el hombre del gorro, de uniforme verde, acercándose cuidadosamente para sorprenderlos, pero ellos impulsados por el grito se han metido entre la oscuridad de la distancia. Y más allá sus voces chocaban en ofensas. *¿Quién cogió la plata? El último que corrió fue el Negro.* El Negro alegando, sacando sus bolsillos vacíos ante la furiosa mirada del Cabra y éste llenando el vaho de las miradas intrusas de malas palabras, y en el momento que se acerca al Negro, éste, con miedo de la fuerza del Cabra, señala a Lagañas; y el golpe se viene contra la noche, contra el rostro expectante de Lagañas y de inmediato siente algo húmedo que lo recorre. *Ya lo reventó. Vamos Cabra, dale, dale.* Lagañas lanzando golpes sin dirección y Cabra colocándole uno por uno en el rostro, en el estómago y Lagañas sangrando, llorando, y desfalleciente cae para saborear con su boca el barro seco. *Por malparido, dizque tumbarme a mí, a mí, yo que les había ganado limpiamente.* Se van disolviendo, risas y comentario, viento y frío, y mezclado entre la gente y el tiempo: la noche, husmeando las palabras y las calles

...ellos se reirán cuando sepan lo de la paliza porque a ellos casi no les pegan pero se pegan entre ellos porque me contaron que Cabra le dio duro a Lagañas porque Lagañas se las tiró de vivo y le salió el tiro por la culata; mamá me había dicho que si jugaba a los cinco hoyos me pegaba y si aprendo palabras feas y lo mismo dice el profesor el que

dice palabras feas se va al infierno, claro que me da miedo pero yo quería saber dónde estaba el infierno y si el diablo es como el que sale en diciembre en navidad de vestido rojo y con cuernos pero a ese no le tengo miedo pero yo estimo a los muchachos, a Cabra, al Negro menos a Gelatina porque fue por casualidad cuando lo vi el día que veníamos de jugar fútbol comprando su yerba y fumándosela sentado en la carrilera y proponiéndole al Negro que la cogiera pero éste no quiso y yo estaba con miedo porque si nos cogía un policía decía que éramos marihuaneros pero no somos todos porque estábamos a la espera y regresamos y Gelatina hablaba locadas y todo era: mano mañana saldré con ellos aunque a mamá no le guste para eso estamos en vacaciones y para eso paso a tercero...

–¿Vamos a ir a robar chatarra?

–Claro, pero por la tarde.

–¿Qué le has hecho a tu prima, Lagañas? Yo con ese chico hacía tiempo me la había comido.

–Yo también, pero Lagañas es como pendejo.

–Y ustedes creen que es muy fácil, mi tío se mantiene en la casa y mi abuelito, y si me cogen hasta me echan de la casa.

–¡Qué va!

–Y Juan Luis ¿qué dice? Vos también sos como tonto, la inquilina se desviste frente a ti y tú no le haces nada, yo no sé para qué le sirve el estudiar, yo tengo que trabajar, pero soy vivo.

–Ella no me dice nada, yo qué le puedo hacer si yo no sé hacer nada malo y si mi mamá se diera cuenta y el profesor y el día de confesarme ¿qué digo?

–Y para qué te confiesas, esos curas también son dañados.

–Dejemos eso, Sí han visto cómo los grandes de la gallada llegan borrachos los domingos por la mañana y las peladas de por aquí se mueren por ellos.

–Nosotros debiéramos ser como ellos, cuando crezca me volveré como ellos, así, así mismo.

La tarde llegaba poseída de calor. Porque el calor ya estaba, hacía mucho rato se había extendido por la ciudad, por el sur, por el oeste. En los alrededores de las fábricas, de las calles céntricas colmadas de gente, en las pocas y hermosas avenidas de los barrios residenciales, en las casa de bahareque y de aluminio.

El calor se pegaba a los cuerpos como un traje más. Metidos entre el calor y la tarde, apretujados en un bus viajaban ellos, hablando, riéndose, con el miedo y la impaciencia entre sus cuerpos, pero cada palabra, cada gesto tomaba un nombre: Cabra, el Negro, Lagañas, Gelatina, Juan Luis.

Ninguno se explicaba la compañía de Juan Luis, era la primera vez que iban a sustraer cobre o chatarra de un viejo local situado en las afueras de la ciudad donde almacenaban estos metales. Ninguno se explicaba, ni necesitaba de ello, sabían que era uno de ellos, uno más, un amigo de confianza.

Para llegar al almacenamiento recorrían más de un kilómetro después de la carretera. Marchaban en silencio, deteniendo en su garganta todo sonido que fuera a convertirse en palabra. Gelatina encendía un cigarrillo y lo aspiraba, después lo pasaba a todos; cuando llegó a manos de Juan Luis no lo rehusó, lo colocó entre sus labios y chupó, pero se atoró, tosió durante un rato y en el rostro de los otros se dibujó una sonrisa. Muy cerca de ellos aparecieron las paredes y las mallas que conformaban el local. Gelatina y el Cabra penetraron, afuera el sol penetraba el temor de los otros. Un silbido corto y armónico atrajo a Lagañas, largos barrotes de cobre llegaron a sus manos, el Negro y Juan Luis

los tomaron, los acomodaron en sus hombros y un gesto de Lagañas los hizo marchar. Lagañas y el Cabra partieron con otros, Gelatina apareció arrastrando más barrotes, pero el rumor de gritos y conversaciones rompió el equilibrio de la tarde y Gelatina corrió con unos pocos, la misma palabra de siempre chocó contra su espalda.

El calor los abandonaba mientras el tiempo los reunía junto a la carretera. La noche pronosticaba su llegada, la luz se había hecho grisosa y brillante, no había crepúsculo. Guardaron los diez barrotes en un costal y luego el aire encontró sus palabras y sus risas en una camioneta que viajaba a alta velocidad.

La noche los descubrió bajo la escasa luz del poste de alumbrado, ignorando los cinco hoyos situados en el barro seco. Nos toca quince pesos pa cada uno, aquí nadie se tumba, nosotros somos legales, decía Cabra al repartir el fajo de billetes con satisfacción y complacencia; nunca había tenido tanta plata. Gelatina llamó aparte al Negro y al Cabra. Compremos un cacho de a peso y nos lo fumamos ahora que estamos contentos. Un deseo copó sus cuerpos, habían escuchado de boca de los grandes que no era malo, pero que enviciaba, y se sentían raros, en esta vida hay que probar de todo, era el dicho de los grandes; después vino un airecito frío y con el frío venía un temor, un miedo de algo, y en sus rostros y sus palabras se produjo la negativa. Ustedes son barro, lo compraré yo solo. Y Gelatina los abandonó por esa noche. Cabra aún dudaba con la propuesta de Gelatina, Juan Luis recordaba las peripecias del día y sorprendido aún por haber iniciado una nueva vida miraba las estrellas vestidas de luna blanca, el Negro con varias monedas de cinco ensayaba a quedar más cerca de la pared, Lagañas elaboraba con una tapa de gaseosa sobre el barro seco otros cinco hoyos. Vamos a elevar cometa mañana y les quitamos a los pelados

unas cuantas, el Cabra llamó la atención de todos. La calle estaba sola, en la otra esquina quedaban los grandes. Ellos se separaron.

El Negro entró a su casa. No precisamente su casa, a la casa donde su madre –una negra alta– alquilaba una pieza para dormir con un negro fornido que no era el padre del Negro, y éste dormía en una camita pequeña, mirando no sólo cómo su madre se acostaba con ese negro, sino con otros, con un penetrante olor a borrachera. Eran muchas noches y muchos extraños los que él conocía. *Mi madre es una puta. Se acuesta con muchos y todos lo saben, pero se ríen de mí cuando no estoy.* Los extraños venían por ratos, por turnos y luego sacaban billetes, billetes que sonaban, cric-crac, y ella los guardaba en su pecho y salía al baño, y si lo encontraba mirándola se le venía encima. Negro inmundo qué me ves, acaso no lo hago por mantenerte. Y las piernas altas, macizas de ella quedaban desnudas frente a sus ojos blancos, los pechos negros también, y llegaba el de turno y la apretaba, y él tenía que hacerse el dormido, pero miraba de reojo, y el extraño se desvestía y se apretaban en la cama, gemían, sudaban, hasta bien tarde, y él se acostumbraba tanto que muchas veces se dormía. Yo quiero irme, me iré, me dicen que en la marina me reciben, así como a mi hermano, pero tengo que viajar hasta Barranquilla, ya estoy aburrido de todo esto, toda la gente me mira cuando paso. La vez que llegó el negro fornido ebrio, y encontró a la negra acostada con otro y el Negro dormía en su camita, entre la noche relució la hoja larga de una navaja y el blanco que gemía sobre el cuerpo de la negra salió despavorido con la ropa en la mano y el Negro se despertó y fue a meterse pero la voz de su madre lo retuvo. Mijo, no juegues con eso, no juegues, que el diablo empuja la mano, vos no habías vuelto y necesitaba la plata, comprende mijo, le recé a la Virgen para que volvieras. Y el

negro fornido ebrio la acostó de espaldas y con la navaja le escribió sobre la piel la palabra con la cual había bautizado a la negra, y los hilos de sangre fueron saliendo, y el Negro sólo miraba, aterrado, y ella murmuraba con dolor es puro juego, ¿cierto mijo? Y después guardó la navaja y se desvistió y se acostaron a revolcarse, a gemir como siempre lo hacían, con un penetrante olor a sudor y sangre. Entonces el Negro salió de la casa sin ser visto, caminó llorando de ira y recorrió calles llenas de minutos para amanecer tirado en una banca de parque.

...ayer nos dimos cuenta que la mamá del Negro formó un escándalo por toda la calle, estaba ebria y decía que todas estas viejas bochincheras tenían la culpa de que su hijo se le hubiera ido, porque eso sí lo sabía desde antes, que el Negro se volaría ya que estaba aburrido con la vida que llevaba, claro, el Negro es el mayor de todos nosotros, tenía los trece pasados y sabía más que todos, el Negro nos ha hecho falta con sus cuentos y lo mismo que Gelatina, sin embargo Gelatina sí volverá porque lo tienen preso, según me contaron lo cogieron fumando esa yerba, y yo siempre le decía que dejara eso, y ahora sólo quedamos tres: Lagañas, el Cabra y yo, mamá dice que nos cambiaremos de casa porque es el único medio de salvarme, sacándome de aquí, a mí me gusta esto y yo volveré por estos lados, aunque no quieran, porque yo era un tonto y no sabía nada y ahora sí soy vivo, claro que ya me matricularon para el tercero y va a ser lo bueno, con esa parranda de tontos del salón me volveré el más jodón, y al que me moleste, le pego, y vacilaré a los maestros, y robaré los útiles de los demás, y cuando sea grande seré como los grandes de por aquí, con muchachas y todo eso, a mí por eso me gusta sentarme junto a ellos a oír qué conversan, aunque muchas veces me echan.

Ahí estaba la tarde, desnuda y escueta, nuevamente detenida sobre los deseos de Lagañas, como una presencia –las palabras de sus amigos convertidas en ofensa–, que enardecía sus maliciosas intenciones. No había por qué preocuparse, sabía que su abuelito estaría deshilvanando los enredos de sus memoranzas, ya confusas por el tiempo, mientras su tío demoraría hasta el atardecer para llegar. Recordaba, ahora con una extraña sensación, la lejana cercanía de su prima, Camila, con la cual habitaba el mismo cuarto y la misma cama vieja, cubiertos con las mismas cobijas, y todo esto expuesto ante la gallada grande de la cuadra con una sincera ingenuidad fue transformándose en un excitante recuerdo que lo intranquilizaba.

Entonces, cuando Camila caminaba por la cuadra con sus falditas de niña mostrando la precoz formación de sus piernas, y esa deliciosa manera de acompañar el ritmo de sus movimientos, tratando de alcanzar la adolescencia, paseándose con los jóvenes de la cuadra, tras las esquinas, frente a las puertas, en las tiendas, Lagañas sentía una picazón en la piel y se ruborizaba nada más que de rabia.

Lagañas trataba de alcanzar la copa del naranjo; lento pero seguro se colocó entre las ramas, oculto, mientras abajo, Camila en el baño y desnuda, recibía el agua con una jubilosa expresión. Su mirada, brillante y satisfecha, bajaba por sus cabellos largos, se detenía en sus senos pequeños, atravesaba la clara región del vientre, se aproximaba inquieta hacia las ingles, circulaba entre sus muslos, caía hasta la piel tostada de sus pies, y volvía a ascender; así estuvo hasta que Camila salió del baño y luego se puso a alargar ese momento, abandonado a la noche y al recuerdo.

Esa noche, Lagañas trataría de no evitarlo, se acercaría a la cama de Camila y se acostaría a su lado, temería despertarla, sin ruido, se uniría a su cuerpo, bajaría con su mano silenciosa, levemente, sus calzoncitos, y se encontraría, de nuevo, en la oscuridad, con la figura ansiada de la tarde, y ella dormida se colocaría boca arriba, facilitando su labor, y llegaría el momento, cuando sobre la noche no se perciba nada, sólo el ronquido de su abuelito, y se colocaría sobre ella, entraría con fuerza, y la besaría despertándola, sorprendida, pero tomaría sus labios con los suyos sin dejarla hablar, y ella abriría los ojos inmensamente y Lagañas sofocado, alcanzando una pronta adolescencia, la mantendría en esa posición hasta convertirla en caricia. Es posible que soportara esa actitud durante algún tiempo, para descubrir algo sugerido por las palabras de los muchachos pero desconocido, y complaciente lo abrazaría y alcanzarían una unánime vehemencia.

O tal vez se despertaría sorprendida al hallarlo en esa posición, y lo echaría a un lado, sin decir nada, callaría para no comprometerlo, o puede suceder (lo que Juan Luis le profetizaba), que despertaría con el ruido, y levantaría a su padre, al tío de Lagañas, y al abuelo, y le contaría lo ocurrido, y se encontraría con su cuerpo golpeado, quedaría apenado, avergonzado, y sólo tendría un camino: el del Negro.

Hoy me he dado cuenta que hemos crecido, estamos dejando de ser niños, pero también he sabido que sólo quedamos dos: el Cabra y yo; aunque siempre seremos cinco: en nuestros recuerdos, en nuestra manera de ser, en cada palabra pronunciada estaremos presentes los cinco, porque fuimos –somos– como hermanos y lo que le pasó a Lagañas tenía que suceder, todos lo tiramos al abismo, aunque siempre lo previne; el tiempo nos va cambiando, ayer nos cambió de trajes, luego de palabras, después nos cambió de rostros, la piel misma; nos separó, y mañana no

seremos dos, será uno: el Cabra. Mamá decidió marcharnos a otro barrio, pero no por esto olvidaré lo que soy, yo soy así y seré siempre el mismo, siento que el calor también cambia, tal vez el tiempo lo haga más calor, más hostigante.

La escasa luz se escurre desde la parte alta del poste de alumbrado e ilumina el sonido de las monedas junto a la pared lanzadas por el Cabra; un muchacho nuevo se acerca y lanza poniendo más cerca que el Cabra; éste lo mira y sonríe, el nuevo muchacho deja traslucir su voz, ¿por qué estás solo, y los otros?

–Ya no doy la talla, te ha llegado la hora de ganarme, chau.

Umberto Valverde

Cali, 1947. Editor fundador del periódico *La Palabra*, la revista *Trailer* y la *Revista del América*. Autor de los libros: *Bomba Camará*, 1972. *En busca de tu nombre*, 1976. *Celia Cruz: Reina Rumba*, 1981. *Quítate de la vía perico*, 2001. Escribió también los libros periodísticos: *Tres vías a la revolución*, 1973. *La máquina*, 1992. *Reportaje crítico al cine colombiano*, 1978. Como investigación musical: *Abran paso*, 1995. *Memoria de la Sonora Matancera*, 1997. *Con la música adentro*, 2007. *Jairo Varela, que todo el mundo te cante*, 2013.

Cofundador del evento Mundial de Salsa. Director artístico del Museo de la salsa Jairo Varela.

Ana Joaquina Torrentes

Gustavo Álvarez Gardeazábal



Y fue en Ceilán. Eran las seis de la tarde del 26 de octubre. Todavía olía a cebolla de la que se habían llevado, como todas las tardes, en el camión de Michelín. No habían rezado el rosario en la iglesia del padre Obando, no había salido la Ana Joaquina Torrentes a esperar a su marido en la esquina del parquecito que le servía de atrio a la iglesia. No eran las seis exactamente y ya se veía venir el polvero de tantos de a caballo y tantos de a pie que muchos creyeron que no eran los jinetes de la chusma de Chucho, el de La Marina, sino los mismos del Apocalipsis y que era el fin del mundo y no de ciento cuarenta y tres liberales lo que les tocó presenciar. Vinieron por arriba desde San Rafael y por abajo desde Galicia y en la tienda de Pedro Nel Jaramillo se tomaron seis cajas de cerveza y le pagaron con tres tiros en la cabeza, y en la de Domitila Aguado, la moza de don Leonardo Santacoloma, pararon siete, solamente siete, pero se metieron en las entrañas de las dos sirvientas de Domitila y en las nalgas de los tres pelados de don Leonardo y cuando ya acabaron, y pasaron los de la tienda de Jaramillo, los sacaron desnudos

a la calle –no tenían más de quince años, blancos de cabeza grande y pelo rubio–, con su trasero sangrante, sus ojos llorosos, sus pies pisoteados y más de diez dispararon muy hondo en el corazón de Domitila Aguado cuando los tres pelados, Leonardo, Pedro José y John Jairo cayeron acribillados por las balas que hicieron eco en unas risotadas.

Entraron al granero de don Leonidas Suárez y se metieron en los aposentos y de su mujer dejaron un pedazo de carne sanguinolenta que buscaba inútilmente sus partes púdicas hinchadas de tanto hombre que quiso medirle sus entrañas, y como él no estaba, se llevaron lo que encontraron y como no era mucho, les pareció mejor echar candela y decir después que entre las cenizas de Ceilán, María Sofía Restrepo de Suárez había muerto carbonizada, pero eso sí, nada de mujeres muertas a balazos, los godos no mataban sino hombres y para hombres verracos ellos, los que se entraron a la casa de Nepomuceno Angarita y le sacaron de las greñas del zarzo de su cocina y le pusieron en la puerta de su casa y le amarraron de los pies al bobo de La Pelusa, que seguía meneando su banderita liberal, y le dieron sal para que supiera a tierra, le pegaron tres machetazos en el vientre, y si no hubiese sido porque Lamparilla pasó en su mula rucia y se desesperó de oír los quejidos metiéndole tres tiros en la nuca, allí estaría todavía el bobo viendo cómo se moría don Nepomuceno. Y en la cantina de Luzmila, la que decían era medio mujer del negro Cruz, el liberal de Galicia, se cansaron de tocar la puerta y la tumbaron a empellones y la buscaron debajo del mostrador, se le bebieron tres botellas de aguardiente y cinco de ron, se metieron en la pieza, la encontraron con el hijo de don Augusto Roa y lo sacaron en bola con ella al lado, oliendo a sexo, a mujer y a muerte. Lo hicieron arrodillar, le cortaron la cabeza de un tajo y la Luzmila se desmayó para que veinte le cayeran encima y se olvidaran a qué habían venido. Y donde Clotilde

Andrade, la de las empanadas los sábados, encontraron a los tres Montalvos, y a los tres los llenaron de huequitos sin que alcanzaran a quejarse, fue la muerte más bondadosa. Y le prendieron candela a la casa de los Cipagautas donde se había bajado treinta y dos años antes, cuando el pueblito apenas si existía, el doctor Heraclio Uribe Uribe, y se quemó la que seguía y la otra que seguía y así todo el costado derecho del pueblo que era una calle larga, y la candela que los hacía salir y la bala que los hacía morir y así quedaron sesenta y cuatro, o al menos los contó el cabo Rojas cuando lo mandaron desde Tuluá para que viera con tres hombres más qué era lo que había pasado en Ceilán. Y cuando el padre Obando salió con el Cristo y les puso la custodia en la cara y se metió en las ñatas de los caballos que les llevaban calle arriba sembrando la muerte, las colas le pegaron a la custodia pero de la plaza no pasaron, y Ana Joaquina Torrentes no tuvo necesidad de esperar a su marido porque los pájaros esos se devolvieron y como él venía con la leña para la comida loma arriba, le prendieron tanto machetazo que cuando lo recogieron esa noche, creyeron que era un pedazo del puerco que le habían robado a Pretoria Candil y que se había llevado en su alocada carrera los cercos del rancho que aún ardía.

Y de ahí para abajo acabaron con el resto. Se llevaron cuanta vaca vieron y quemaron cuanto rancho encontraron y si alguno salía a decir que era godo, le cogían de la camisa o le agarraban del cinturón y le montaban en la primera mula libre para que se uniera al carro de la victoria y siguieran regando sangre, como la que le hicieron regar gota a gota al tío de Martín Mejía en orilla del zanjón de Piedras, arribita de Pardo, cuando le cogieron de una pierna, le arrastraron tres cuadras, le rompieron la ropa, le prendieron candela a la barba larga que le llegaba al pecho y le cortaron la cabeza abriéndole después un huequito en la espalda para meterle la lengua, pero como no se la pudieron sacar, le cortaron

la punta noble que le había dado seis hijos y se la metieron en la boca para que después no dijeran que no le habían ofrecido tabaco. Y cuando la noche se volvió candela y de Ceilán no quedaba sino cenizas humeantes, el padre Obando, Ana Joaquina Torrentes y treinta y siete viudas, ochenta y nueve huérfanos y un olor a sangre y un olor a muerto y una bandera roja en las manos del bobo de La Pelusa, la chusma, los pájaros, dejaron de ser hombres para volverse sombras con las luces de la mañana.

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Tuluá, Valle, 1945.

Su cuento *Ana Joaquina Torrentes* conserva plena vigencia sobre el estado de violencia en Colombia, que cambia de modalidad pero no de barbarie. Fue publicado en la Revista Mundo Nuevo. Dentro de su obra cuenta con las novelas: *Piedra pintada*, 1965 *Cóndores no entierran todos los días*, 1972, la adaptación cinematográfica fue dirigida por Francisco Norden, *La boba y el Buda*, 1972, ganadora del Premio Ciudad de Salamanca, *Dabeiba*, 1972, finalista del premio Nadal, 1971, *La tara del Papa*, 1972, *El bazar de los idiotas*, 1974, adaptada como telenovela, *El titiritero*, 1977, *Los míos*, 1981, *Pepe botellas*, 1984 *El Divino*, 1986, adaptada como telenovela en 1987, *Los sordos ya no hablan*, 1991, *Comandante Paraíso*, 2002, *Las mujeres de la muerte*, 2003, *La resurrección de los malditos*, 2008, *La misa ha terminado*, 2013, *El resucitado*, 2016 **Otros géneros:** *El gringo del cascajero*, 1968, *Cuentos del Parque Boyacá*, cuentos, 1978, *Manual de crítica literaria*, divulgación, 1978, *Las cicatrices de don Antonio*, literatura infantil, 1997, *Perorata*, 1997, *La novela colombiana entre la verdad y la mentira*, ensayo, escrito en la cárcel para obtener rebaja de pena, 2002, *Prisionero de la esperanza*, crónica, 2000, *Se llamaba el país vallecaucano*, ensayo, 2001, *La soledad también se hereda*, cuentos, antología personal, 2015, *Un anarquista de derecha*, antología de crónicas, 2017.

Drik era de nombre Genovevo Palomo

Fernando Cruz Kronfly



Drick usaba la cabeza de lado, como un ganso, en el tiempo de siempre. Llevaba una cachucha negra guardadora de harto yodo y de inmensa sal con la que se podría condimentar la vasija de la tripulación en un hervor no muy duradero. Una cortada que le remendaron en un costurero de nuca de Valparaíso le frunció la barba del lado derecho, y el que lo conoció pudo pensar que usase la cabeza torcida, por esa razón de la costura. Necesitaba dos metros de anchura para caminar cuando era reciente el arribo y el antiguo paquebote se quedaba con esa amarradura húmeda balanceándose en el atracadero, pues andaba como cogiendo barandas y cables imaginarios por las calles del puerto. Siempre le salía humo por la nariz y por la boca, porque le hubo de colgar a los dientes de su persona, para siempre jamás, una pipa de hechura nórdica que le quemó la lengua desde los humos iniciales pero que después sirvió para la resignación. Por eso guardaba, para la eventual risa o el caso de la ira, algo así como unas raíces amarillas pintadas de tabaco vuelto humo y tiempo antiguo.

Muchos años atrás, cuando Drick se encaramó a un barco por primera vez y para siempre jamás, era de nombre Genovevo Palomo. En aquel tiempo no usaba la cabeza atracada herida al lado derecho, llevaba sombrero de asuntos de la tierra mas no cachucha de individuo de mar, no humeaba su silencio o sus decires con el venteo de la pipa hacia adentro o hacia afuera, según, ni tenía organizada esa cortada en el pliegue del cuello. Era, sin más cosas, el joven Genovevo asustado pero, eso sí, añoranzado de las gentes del mar y sus andanzas.

Un día que el año cursaba en tiempo octubre, Genovevo vio por primera vez al viejo y mentado capitán Hoover Yostak, tan lindo y de tan mala fama, quien según los rumores había llegado de todas las inmensidades y se iba a largar en busca de muchas otras. Entonces Genovevo tomó la determinación de asustarle al hombre el polvo de las botas mediante el alboroto de un trapo limpiador, durante doce días y once noches que duró el pontón amarrado al atracadero; espantó los arroces y las espinas de pescado que figuraban de pura ruina sobre el mantel de la mesa del rincón, junto al piano, durante doce lunas con sus alimentaciones; le atinó muchas sonrisas a la colocación de los platos que enviaba su madre Menandra desde los humeantes espacios de la cocina, cuando el Hoover Yostak se amontonaba a hacer bulla con sonidos de sopa y de chuparse los dedos, eructando el vino de cabuya o la cerveza, según, como si estuviera alumbrado en el contar de una historia amarga que se le fuera escapando a los trancazos desde el oscuro fondo de sus tripas o de sus noches entre sábanas perdidas, o ganadas, según; le admiró al capitán, con esos ojos enyerbados de muchacho de tierra firme que todavía tenía, el tatuaje que una gitana le había apuntado en la región del antebrazo con tintas de colores, y hasta sintió envidia de no ostentar en las apariencias de su

rostro esa lejanía que suele causar el desaparecimiento de la tierra, cuando acontece el altamar, que le había puesto al capitán Hoover los ojos del color de un cierto apagamiento. Así, un día de aquellos, Genovevo se jugó la vida. Puso ambas manos en la cintura, y decidido al definitivo juego de su suerte resolvió decir:

-Capitán, no estoy jugando. ¿Cómo le parezco yo para servir la comida en el barco?

Despabiló los ojos, y agregó:

-Yo puedo restregar la ropa, lavar las bacinillas, llevar y traer los bultos del correo y hacer todo cuanto se ofrezca.

Hoover Yostak recaudó la mirada y colocándola encima de Genovevo le habló así:

-Me gusta más tu madre Menandra y todavía no le he dicho que se largue conmigo.

Estaba borracho el Hoover Yostak. Enseguida desgajó la cabeza en los bordes de la mesa, empleando un amargo cuidado de años. Y permaneció largas horas hundido en un plácido y ronco silbido, como si las jaibas que acababa de engullir estuvieran retorciéndose en la molienda que estaba ocurriendo en su barriga.

Colocado delante de un espejo de muchas suertes se la pasó aquella noche Genovevo Palomo, imaginando la alegría de una cachucha harto de capitán en su cabeza, y su boca anhelando el cuerpo de una pipa de nuca torcida como la que llevaba el hombrón del Hoover Yostak. Y hasta se dibujó en el antebrazo, con saliva untada en carbón de hornilla, una línea con punta de escoba, afirmando de puro pensamiento que se trataba de una palmera de playa abierta y que le habían dolido hasta el sufrimiento las ramificaciones del dibujo.

Y en esas anduvo a la deriva hablando voces hasta las últimas horas de la noche.

Cuando al día siguiente Hoover Yostak se volvió a configurar sobre su asiento, mostrando a diestra y siniestra la despertazón de sus ojos esclarecidos, Genovevo se encontraba distraído de mente, dedicado a barrer la telaraña que había dejado atrás el ajetreo de los comensales de aquella noche hasta abrirse amarilla la allborada. Cantando además y diciéndole parrafadas de cariño que acompañó con gestos de confianza a la basura. Teniendo cuidado, además, de no ir a faltarle al respeto a los asientos de madera encerrada en pellejos de vaca, tanto como a las antiguas mesas de tablones de nogal ya sin lustre.

Al escuchar aquel desconocido rumor de oficios, el viejo capitán Hoover Yostak levantó la cabeza, como ante el extraño conversar de las gallinas. Arrugó los ojos para recoger el alma desparramada aún entre los muebles y las fotografías que lo miraban desde las paredes, utilizando esta vez no una injusta tronamenta sino una voz en secreto que sólo él escuchó:

-Este muchacho sabe vivir con cariño. La vida en este moridero lo enloquecerá y llorará. Necesita irse al mar.

Se limpió la espuma de la boca y terminó así:

-Es la mismita madre con pantalones.

Menandra lo escuchó no supo cómo, lo miró con ardor, no dijo nada pero de un sorbo amargo se chupó los ojos. Probó la sopa de pescado que hacía, le echó sal y sin hallar qué decir volvió la espalda.

Desde aquel entonces, ocurrido en vísperas de la gran partida, Hoover Yostak tomó la determinación de que Genovevo Palomo estaba facultado de espíritu para colocar y dejar ir sus manos sobre el jabón de las ropas sucias que hedían en alta mar. Para empujar el cepillo con que se trajinaba el piso y las tazas de los sanitarios con costas hacia el mar azul, desde donde sentado él tanto silbaba para confundir a los alcatraces.

Así, el hijo de la dueña del bar y restaurante “La Vuelta al Mundo”, debió acomodar sus párpados para mirar a la manera distanciada de los capitanes. Se hizo una cachucha de cartón, se amarró las puntas de la camisa a la altura del ombligo y, finalmente se largó con Hoover Yostak el día que desamarraron el mediano carcamán. Desde la distancia, Menandra Palomo se veía agarrada al barandal del muelle, como si la que se estuviera dejando ir fuese ella misma, montada en los andamiajes líquidos de un confuso navío hecho de tierra.

Al ver a Genovevo casi desaparecer, Menandra Palomo se apresuró a buscar y atar dentro de su pensamiento los cabos de su memoria. Y recordó a su hijo jugando con blancos barquitos de papel en las charcas fétidas y negras de la avenida Trafalgar, cuando las fiestas de la lluvia caían sobre la tierra, en compañía de su amigo de leche Cheo Morón. También lo vio, muy niño aún en la infancia de otros episodios, tocando el juego de las flautas de hojas de naranjo, encaramado en los asientos o correteando entre las mesas del establecimiento al atardecer, en momentos en que ella se derrumbaba y se ponía gris. Después lo recordó apoyado largas horas a las barandillas del muelle, como en apariencias de estar soñando alguna grave lejanía. Entonces pensó que aquellas debían ser las confusiones de la adolescencia que de su hijo se estaban apoderando. Finalmente, imaginó para sí la certidumbre de que el tiempo solía venirse encima de los hombres mortales cargado de extrañas fugas y viajes, como una untura de mil cosas posibles y dulces para la amargura, parpadeando en la distancia del agua salada y los oscuros arenales.

Permaneció con valor y sin cerrar los ojos adherida a las barandas. Sintió que pasaba por sus párpados y sin destino el revoloteo de la cachucha que agitaba el capitán Hoover

Yostak desde la profundidad de la bahía. Tenía el hombrote la otra mano puesta sobre la nuca de Genovevo, quien no agitaba hacia ella sombrero de ninguna naturaleza, pero tenía en cambio las dos manos en alto y la mirada del desaparecimiento que por no verse se presentía.

Luego, cuando el crujiente barco ya no cabía ni estaba en los ojos suyos por la distancia y el llanto, Menandra sintió que sus pensamientos y sus recuerdos se estaban volviendo amargos. Porque ya sabía con plena certeza por lo mucho vivido, que el mar ahuecaba el corazón de los hombres y les organizaba una gran ausencia vacía en el alma, hasta convertirlos en objetos perdidos y sin regreso.

Y una vez que la sombra de Genovevo por fin hubo desaparecido, siguiendo la ruta de las arrugas del mar adentro, metido en aquel cajón de metal y madera que llevaba a Hoover por capitán, Menandra regresó a la cocina, miró los platos en el fregadero, agitó la cabeza y pudo decir:

-Se fue a tener hijos de él, como él, nacidos de marinero desconocido.

Sólo entonces retornó a sus oficios limpiándose el último llanto.

Santiago de Cali, 1974

Monte de los Capuchinos, mayo 31 de 2019

Fernando Cruz Kronfly

Buga, Valle del Cauca, 1943.

Ha ejercido la docencia universitaria. Fue Jefe del Departamento de Literatura e Idiomas en la Universidad Santiago de Cali (1970-1972), director de la revista *Fin de Siglo*, editada por la Universidad del Valle durante sus primeros cuatro números. Fue profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Santiago de Cali desde el año 1970 hasta 1977, y de la Universidad Libre, Seccional Cali, hasta la década del 90. Ha sido Profesor Titular de la Universidad del Valle. Esta universidad, en el año 1996, le otorgó el Doctorado “Honoris Causa” en Literatura. Es autor de una amplísima obra, tanto en lo relativo a la literatura como en el ensayo, con cerca de veinte libros publicados; es uno de los escritores más importantes de Valle del Cauca y de Colombia.

La muchacha de Puerto Madero

Amparo Romero Vásquez



El río de la Plata se extendía como una herida. Las mujeres policías espantaron a los perros y cubrieron el cadáver como un acto aleatorio a su cotidianidad. Un grupo de prostitutas ofrecía sus senos a los turistas. Buena parte del tiempo que permanecí en Puerto Madero las observé resguardada entre los olmos. Comencé a grabar la estructura del puente, cada uno de los movimientos de quienes permanecían en ese lugar. Quería la imagen de aquella marea espesa que era el río, la ruta del hombre que apoyado en la baranda del puente recibía la brisa helada de la tarde. Filmé sus ojos fijos en los pechos de la muchacha que insinuándose con su short diminuto le exigía cinco dólares para adquirir su dosis diaria de pastillas.

La rara belleza del hombre me sobrecoge. Su tez me recuerda el palpito de aquella ciudad sin sosiego. Todo él me marca y brillan sus huesos en aquella orilla de penumbra. Filmó cada uno de sus pasos, su sorpresa ante aquella mancha de tinta, ante el rigor del gran río

que atraviesa Buenos Aires. Una rara sensación de otros encuentros me invade de cercanías. Con mi pequeña cámara grabo el movimiento de sus brazos largos, su caminar casi en puntillas. Siento su respiración abarcando esa marea de lodo; hago tomas de sus nalgas, perfectas como las de un adolescente hermoso, y pienso que no tiene edad su cabello rizado, la curvatura de su virilidad; la delicia oculta en sus pies que atesoran mi próximo delirio.

La chica del principio lo sigue por el embarcadero, con su sed obstinada lo acosa en un ritual de muecas y sollozos. El hombre azuzado por las insinuaciones de la adolescente trata de evadirla, ella con su acento de arrabal y sus palabras obscenas insiste en mostrarle sus pechos mordidos por las moscas, le enseña su sexo de vellos insipientes y sin lograrlo, trata de llevar la mano del hombre hasta el centro del mundo.

Arriba, la luna es un dios imperturbable. Un recién nacido llora entre los ruidos y la luz de esa hora. Con mi cámara grabo la desnudez de la otra mujer que a la sombra de los árboles hace su trabajo de parto. Entre el pujo y los gritos, su vagina, su río de sangre. Los pordioseros ríen su hambre y esperan entre el sudor de la tierra el olvidado asombro de estar vivos.

Del otro lado escucho cómo quiebran una botella, veo cómo con el pico de ésta, la muchacha de trece años ataca al hombre.

Con la lengua pastosa seguí filmando. En una agilidad indescriptible la chica se le trepó al cuello y con aquel pedazo de vidrio le rasgó de un sólo tajo la garganta. Fue honda y certera la hendidura por donde se escapó la promesa de aquella ciudad que no conocía. El hombre cayó tristemente sobre su nada.

La muchacha con una tranquilidad pasmosa desajustó el cinturón de cuero donde el hombre guardaba los billetes de cien dólares, le arrancó su reloj de zafiro, la pulsera Cartier la desatornilló con sus uñas mugrosas, y extrajo de aquellos dedos gruesos el anillo que le otorgaba a aquel hombre el rango de Gran Maestro de una de las logias de su país de origen; la piel que aún era dúctil al tacto se rasgó y sangró. De su camisa de seda sustrajo el pasaporte y del bluyín sacó la billetera llena de pesos argentinos. Sin preámbulos hizo su labor de despojar al hombre de toda su ropa, y cómo si la vida sólo alcanzara para consumir ese acto, miró el cuerpo de pies a cabeza, exhaustiva lo examinó y calculando el tiempo en el que podría aparecer la patrulla, desanudó los cordones de los zapatos color vino tinto comprados en la marroquinería de Puerto Madero. Para completar su labor de rastrear hasta el último objeto que guardara entre sus pertenencias aquel extranjero, con una fuerza descomunal alzó la anatomía rigurosamente pálida del hombre. Debajo de él sacó los CDS de Gina María Hidalgo y un libro de versos de Alejandra Pisarnik Horas antes lo observé girando entre la escritura y el estupor de una escalera inexistente que era la mujer sin rostro de la caratula del libro.

Terminada su labor de destejer el destino de aquel hombre, con la triste sordidez de los desamparados, la niña de los trece años, la pequeña asesina, salió caminando a ritmo de baile con su tesoro a cuestas. Como si nada hubiese sucedido, pasó frente a mí, y con su saliva espesa me embadurnó la cámara.

En silencio trato de cruzar la Avenida 9 de Julio. A lo lejos, el Obelisco es de púrpura, como los dientes de las mujeres que arrastran su miseria.

Un temblor desconocido me abraza y no hay ángeles, solo señales de aquel despropósito colgadas de los olmos. Los innumerables murmullos del agua cuentan que en Puerto Madero asesinaron a un hombre y que los perros hambrientos de los pordioseros lamieron su sangre.

Yo agonicé con él, yo morí con él, yo *de algún modo me he perdido con él*. Giran las estrellas sobre esa derrota, se hace mío el aullido de los perros.

Amparo Romero Vásquez

Nació en Cali, es fundadora y presidenta de la Fundación de Poetas Vallecaucanos desde 1995 hasta la fecha. Libros de poesía: *La canción del fuego*, Colección *Un libro por centavos*- Decanatura Cultural- Universidad Externado de Colombia 2019. *La danza de los hilos*, 2017. *Salmodia de los días tristes*, 2014. *Memoria de la nada*, 2010, editado por la Universidad del Valle. *Revelaciones del Silencio*, 2002. *Verbum-Poetas Colombianos-ensayo*- 2001. *Poemas para danzar entre el fuego*, 2000. *Sudores cobrizos*, 1997. *Los gritos de las columnas*, 1992. *Silente Evocación*, 1988. *Historia de los árboles -ensayo-* 1974. Premios: Beca Estímulos Pontificia Universidad Javeriana 2017. Premio Eduardo Carranza 2016. Premio Jorge Isaacs poesía, 2012. Premio Un mar de poesía para Meira -Cereté-2009. IV concurso Bonaventuriano de cuento 2008. Premio Casa de Poesía Porfirio Barba Jacob-Medellín 2003. Premio Carlos Héctor Trejos Reyes Riosucio, 2003. Premio Internacional Del Rey Ocho Venado, México-2001. Premio Ciudad San Vicente de Chucurí. 1998. Premio Hispanoamericano de Poesía y Cuento, Revue El porte des poètes. Paris-1993. Premio Casa de la Cultura y Revista El Candil 1986. Premio de cuento: La Rebelión de los árboles, 1974.

Cachimbo va a los Yores

Medardo Arias Satizábal



El agua turbia del mar se demora en la playa antes de barrer En su espuma muñecas descabezadas, cortezas de coco, botellas. La lengua de la ola sube hasta los desperdicios y regresa dejando la arena erizada de pequeños caracoles y cangrejos de caparazón azul que tijeretean como lanzando advertencias.

Niños desnudos corren desde el basurero marino hasta la puerta del bar que se anuncia sobre la calle con un timón destrozado por el salitre. Bajo la mata de sábila están los primeros jugadores de la tarde haciendo rebotar las fichas contra la superficie de una mesa donde el brillo de las manos también ha dejado su historia. Desde el baffle, alto como un armario, la voz de Héctor Lavoe hace vibrar el círculo de tela, como si tocara con los nudillos del recuerdo en una puerta en la que nadie responde: “Es el que todo lo sabe/ es el que todo lo ve/ no conoce el egoísmo/ ni actúa de mala fe...” Timbales y trompetas se frenan como si avanzaran por una caravana en el desierto y aventaran polvareda sobre las mesas vacías

del fondo donde fotos desvaídas y trozos de revistas cubren las rendijas: “¡Todopoderoso es el Señor..!”, Cachimbo lleva el compás con la punta del zapato bajo la mesa y pasa un banano a los chiquillos.

-Se van derecho a casa, ¿eh?; es para su mamá...

-Ella dijo que no olvide el pescado seco.

-No tengo más; eso es todo. Ya sabe que hoy es mi día de juego.

Corren haciendo sonar el barro bajo los pies descalzos y antes de abandonar aquel repiqueteo musical que corretea por los techos, van ya bamboleándose entre los puentes, en busca de la ventana donde Teresa remienda una red y pone hielo en su ojo derecho.

-¿Por qué te pegó?

-Qué voy a saber; cada vez que lo echa la moza viene a descargar conmigo...

Un picaflor pasa volando bajo y detiene su soplo eléctrico junto al intrincado nudo de cables que los nativos han hecho para robar energía.

-Cada vez que aparece este chinguigüagüa tengo buenas noticias. ¿Será que me van a prestar la máquina de coser?

El pajarillo parece ahora empujado por el viento sucio del mar, hace su verde zigzag sobre el zinc oxidado y se esfuma. Cachimbo se quita la camisa y la pone sobre un remo.

Me he tirado varias veces al norte pero no he podido coronar. La primera vez fue en un buque chileno; nos metimos quince; llevaba las bodegas repletas de vino. Cástulo, mi pana de ese viaje, miró la fecha en el reloj y dio un grito que nos despertó entre la oscuridad. Habían pasado doce días; ya habíamos recalado en Panamá y debíamos estar llegando a Nueva York. “¡Coronamos!, gritó Cástulo, y fue entonces cuando aparecieron los otro trece polizones, de los que nada sabíamos.

Todos estábamos tan contentos, que destapamos varias cajas de vino y empezamos a beber y a jugar cartas allá abajo; también organizamos un partido de fútbol y nos parecía que afuera sólo roncaban las olas. Hicimos tanto escándalo, que un marino vino con una linterna a inspeccionar y fue cuando prendió la alarma para avisarle al capitán que el barco iba podrido de *stowaways*. Cuando nos subieron a cubierta casi empezamos a llorar porque nos dimos cuenta que el maldito barco no se había movido ni una milla del muelle. Llevaba doce días amarrado ahí, porque al tercer ingeniero de la nave lo apuñalaron en una casa de putas y el consulado de Chile tuvo que aplazar el zarpe. Y nosotros, al salir de la bodega, queríamos ver la Estatua de la Libertad, el muelle de Brooklyn, pero lo que nos devolvía la mirada eran las mismas palmeras por encima de la iglesia y los tanques para almacenar agua que se levantan en el barrio Nayita. Todavía recuerdo la rechifla y las burlas de los estibadores viéndonos bajar la escalerilla del barco con el rabo entre las piernas.

Aquí en La Playita, el que no se ha tirado a los nortes es botón de perro. La segunda vez me fue mejor; uno va cogiendo experiencia. Me agarraron saliendo del muelle de Jacksonville. Me llevé una paca de marihuana y al primer estibador que encontré dentro de la bodega, se la regalé. “Colombia”, le dije, y el hombre, que era puertorriqueño, no sabía si besarme o arrodillarse. Armamos un plan en minutos; me prestó una gorra grasienta, una llave inglesa para el bolsillo trasero del pantalón, y un overol.

Salí bien original, caminando suave, mirando los edificios afuera, con mi dirección, la de mis panas allá, bien apretada en el bolsillo, cuando zuás, me cayó la Custom, con perros y todo. Me llevaron a un edificio con la bandera de Estados Unidos más grande que he visto en mi vida, una bandera que me dio en la cara varias veces, pues ya venía el invierno y

por las calles corría un viento del carajo. Me hicieron poner los dedos sobre tinta, mientras me preguntaban vainas, en español; que qué hacía en Colombia, que cuantos hermanos tenía, que cómo se llamaba mi mamá, que a qué horas cagaba, que a qué horas meaba.

Pero, al final, esos manes se portaron bien. Uno de ellos me regaló esta camisa que tengo puesta, y cuando me llevaron al aeropuerto, me dieron un bluyín y una caja de chocolates. Hubieras visto la novelería en Bogotá cuando llegamos. Éramos ya como veintitrés; los que habíamos embarcado en Buenaventura, y los de Turbo. Eso fue a comienzos de los setentas, cuando la salsa sólo se conocía aquí y en Barranquilla. Y nos metían esa cámara en la cara, la filmadora y demás, los periodistas de televisión, preguntándonos cómo había sido la aventura, cómo nos llamábamos, y fue cuando empezamos a responder con las chapas de las estrellas de Fania, y al otro día, riéte, sale en la prensa, dizque deportados a Colombia por polizones, sujetos que responden a los nombres de Eddie Palmieri, Johnny Pacheco, Ray Barreto, Ismael Miranda, Santos Colón, Adalberto Santiago, Rubén Blades, Héctor Lavoe, Reinaldo Jorge, Barry Rogers, Cheo Feliciano, Roberto Rodríguez y Roberto Roena; todo el puerto estalló en una carcajada, mi hermano, y yo creo que la risa todavía se escucha por aquí en La Playita, en El Firme, Vietnam y el Barrio Lleras. Esa mamada de gallo nos hizo famosos. Por alguna vez fuimos célebres y bellos.

A la tercera vez, ya la fiebre había bajado un poco, pero no las ganas de estar en los Yores. Desde El Corzo, un bailadero de Manhattan, el Franklin me mandó una foto, de esas Polaroid, junto a Ismael Miranda. Yo creo que esa foto fue la que me hizo viajar. Imagínense; Franklin, que era un pendejo, parado junto a Ismaelito Miranda, en El Corzo, coreándole tal vez “Señor Sereno”, al oído, o “Mi oportunidad”, o “Abran

paso”, y entonces alisté otra vez mis seis litros de agua, mi panela, las pastillas para el hambre, el reloj de calendario y, chufiús, me empaqué en una nave coreana que tenía un nombre rarísimo. Por esos días ya nadie se montaba en una nave de esas porque los coreanos habían echado al mar a varios polizones; esos chinos tienen fama de malditos, mi hermano.

Pues sí; por eso me subí en esa flecha, porque los coreanos sabían que en sus bodegas ya no se atrevía nadie. Me bajé en Houston. Estuve dos años en el país de los monos; mandadero, correo de traquetos, trompeador. Si tocaba recibir, recibía; si entregar, entregaba, y vivía más o menos bien. Hasta carro tuve. Claro que a veces me tocaba feo. Alguno de esos manes de aquí me cantaba la zona, me decía que por ahí sabía que habían llegado unos aparatos a la casa de Pascual, y tal, y entonces íbamos allá con bates y guayas y le quitábamos la merca.

Un día conocí a Milton Cardona, el conguelero de Lavoe, y le dije que me diera unas clases de cuero, pero el hombre no me paró bolas. Si lo hubiera hecho, lo juro, ya tendría mi propia orquesta. En el norte también pinté casas y arreglé jardines, pero tuve que regresar. Hasta me propusieron jurar bandera, hacerme ciudadano, pero no; yo quiero mucho estos tres colores. De pronto me tiro otra vez para bajar con todo; casa de mármol, tres taxis y un rancho para la vieja. Al cementerio, de visita; flores a los amigos, una que otra oración, pero no quiero vivir en el barrio de los acostados. Cada vez que voy ahí sólo veo lápidas de manes que yo conocí, pelaos que ayer no más andaban por aquí, corriendo viringos, y los ves ahí con las Converse sobre el capó de un Cadillac, dando bandera desde el norte. O en Tijuana, con sombrero mexicano, antes de El Paso. La familia mete las fotos en las lápidas, para recordarlos así, como bacanes que

eran, norteños duros. Claro que al duro le dan más rápido; llegan allá arrebatados, atracando, traqueteando; si hay que darle a alguien, le dan, y al mes los mandan en una caja de cemento, de esas que sobraron de la Guerra del Vietnam, con las uñas bien cortadas, rasurados, los cachetes morados, y un Cristo de plata al cuello, porque, para qué, en la funerarias de Brooklyn sí lo arreglan bien a uno. Si estás muerto, hasta te cortan el pelo, te echan brillantina, te ponen zapatos nuevos. A veces, ni la familia lo reconoce a uno...

Las seis de la tarde venían de la bocana con su bostezo de cangrejos dormidos. Cachimbo tiró las fichas a un lado e hizo repicar sobre las tablas de la mesa las dos baquetas de chaquiro que había hecho pulir para tocar como Tito Puente, como Oreste Vilato, como el viejo Cándido.

“Zarpo”, dijo desde afuera, desde la calle, y levantó la mano. Tenía la tulita lista debajo de la cama, escondida, para no despertar las sospechas de Teresa.

Subir al barco no fue problema. Le bastó una hora desde su casa hasta ahí. En tinieblas, recostó la cabeza contra un bulto de café y ya no supo más de sí mismo, derribado por el sueño. La neblina de alta mar le mostró, desde abajo, algunos rostros borrosos. Los tripulantes parecían ánimas en pena, cadáveres putrefactos que alargaban sus huesos entre hilachas podridas, para tocarlo, para llevarlo con ellos a las calderas hirvientes que se dibujaban junto a los mástiles.

Aquel vapor era en verdad un enorme cascarón de óxido que hacía agua y sin embargo avanzaba entre un mar de condenados, almas negras de cabeza calva que zumbaban en su oído una letanía en lengua desconocida. Por las claraboyas entraba el fuego azufrado del infierno, lenguas voraces que iluminaban el cielo entre el ruido crepitante de enormes pailas de aceite.

En La Playita hay versiones encontradas sobre el destino de Cachimbo. Unos dicen que está hecho en los Yores, que se volvió capo y vive en un palacio en el Bronx, cuidado por un ejército de haitianos. Otros, aseguran que realmente se embarcó en el *Maravelí*, la nave que baja por el Pacífico en tiempos de Semana Santa, llevándose en sus camarotes hediondos a los malvados de la tierra.

Medardo Arias Satizábal

Isla de Buenaventura, Colombia, 1956. Ha recibido en dos ocasiones el Premio Nacional de Cuento con las selecciones *Juego Cerrado* (1988, Universidad de Medellín), y *Esta risa no es de loco*, Premio Ciudad de Bogotá-V Centenario del Descubrimiento (Educar Editores, 1992). Su novela *Jazz para difuntos* (Xajamaia Editores, Bogotá, 1993), fue preseleccionada al Premio Latinoamericano de Novela “Pegaso” en 1994. Escribe una columna semanal para el diario El País de Cali. En 1982 recibió el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en el género Mejor Investigación. En 2017 le fue conferido en España el Premio Internacional de Literaturas Africanas “Justo Bolekia Boleká” por su novela *El chachachá del diluvio*. La ciudad de Cali lo distinguió en 2018 con la Cruz de Caballero.

El Universo humano

Elmo Valencia



Había una mujer tan bella que muy pronto quedó embarazada. Sin embargo, a nadie preocupó lo más mínimo este hecho, muy normal dentro del prodigio de la naturaleza. Pero a Cielo, que así se llamaba la mujer, le sucedió algo tan extraño que su embarazo por un momento hizo temblar las leyes biológicas de la perpetuidad de nuestra especie.

Sucedió que fueron pasando los meses, y a Cielo, como es de suponerse, le crecía el vientre. ¿Por qué no? ¿Acaso no le había crecido a Eva y Brigitte Bardot? ¿Por qué entonces no le podía crecer el vientre a Cielo, también criatura de Dios y tan bella?

Pero pasaron las nueve lunas y el alumbramiento no llegó y vinieron otras lunas y a Cielo le siguió creciendo el vientre. ¿Qué hacer ante este hecho tan alarmante como desconocido? ¿Qué decían al respecto los libros sagrados de las parturientas? ¿Castigo de Dios? ¿Obra del diablo? ¿Mal de ojo?

Sin embargo, una noche Cielo se dio cuenta de que en lugar de haber dado luz hacia fuera, había dado luz hacia adentro. Su hijo había nacido dentro de su propio cuerpo. Con gran serenidad de ánimo la madre se fue adaptando al nuevo proceso involutivo, y el hijo, como si se hubiera resignado desde un comienzo a su absurda situación, comenzó a organizar su vida.

Cielo se puso a desarrollar a base de reflejos un desconocido amor maternal por ese cuerpecito que llevaba adentro y que a veces se movía como un gato. Primero lo sintió gatear; las rodillas del nene se hundían en ese blando almohadón que es la capa basal del endometrio. Luego lo sintió caminar: la cabeza le rozaba algunas vísceras, y Cielo, con la leche agriada, caía en otra estación de la vigilia.

Ante su sorpresa, los pasos del niño no la lastimaban en lo más mínimo.

Pasaron los años y Cielo, atenta a sus movimientos, trataba de seguirlo, y a cada instante se preguntaba en qué meridiano de su vientre el pequeño estaría parado.

¿Cómo llamarlo? ¡Ícaro! ¿Por qué no? Al fin y al cabo Ícaro es un nombre hermoso.

¿Acaso Ícaro no quiso alcanzar el cielo? Así que Cielo decidió ponerle por nombre Ícaro.

Un día Cielo oyó ruidos extraños. Eran monosílabos, palabras entrecortadas. El niño quería aprender a hablar. Entonces Cielo le enseñó a decir “mamá”, a decir “Cielo” y a decir “Ícaro”. Desde ese momento el pequeño fue entendiendo el significado de los sonidos y una vez posesionado del esplendor de las palabras, comenzó a desarrollarse entre madre e hijo la aventura de un diálogo que no terminaría sino en la separación definitiva de uno de los dos.

--Ícaro, ¿quieres un caballito?

--Sí, mamá.

Y Cielo se tragó un caballito de madera para que su hijo jugara con él.

Y luego le envió más juguetes, llegando hasta el extremo de tragarse en diciembre un pino y las bombillitas rojas para que Ícaro tuviera también su árbol de navidad, e Ícaro lo plantó y lo alumbró y de noche el fabuloso vientre rosado de Cielo parecía una lámpara iluminando el mundo.

Y aunque parezca mentira, aquel diciembre el niño Dios le trajo como regalo de navidad un trencito eléctrico. A partir de ese momento, Cielo se acostumbró a quedarse profundamente dormida cuando el juguete comenzaba a hacer taque-taque-taque.

Cuando cumplió siete años, Cielo le envió cuadernos y lápices de colores para que aprendiera a leer y escribir. Y aprendió muy bien. Su primera frase fue: “Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza”; y su primera lectura: “Las aventuras de tío conejo”.

Y el niño fue creciendo y comenzó a indagar por todo y hasta llegó a preocuparse por el origen de las cosas: “Mamá, ¿quién hizo al mundo?”.

“Mamá, ¿qué fue primero, la gallina o el huevo?”. Y Cielo le contestaba maravillosamente con la bondad en la boca.

Cuando se sintió hombre Ícaro decidió estudiar filosofía para hallar una respuesta a las preguntas: “¿Quién soy?”, “¿qué hago aquí encerrado?”. Entonces Cielo se tragó desde “la República de Platón hasta El ser y la nada. Al final, no encontrando en la filosofía la respuesta que buscaba, decidió ser astronauta y así se lo comunicó a su madre. La mujer escuchó su súplica y una noche, sin que nadie la viera, se tragó un vestido espacial y un cohete.

Ícaro empezó a prepararse para la gran aventura. Cuando llegó el momento levantó vuelo y comenzó a sondear el Universo de Cielo. Recorrió su cintura; bajó varias veces

por sus muslos hasta el límite de los pies; estudió con detenimiento el corazón, pues le mortificaba saber que ese órgano tan lleno de bondad y sabiduría fuera tan falsamente comprendido; atravesó la vía láctea de sus senos dejando en su pecho un resplandor de luz anaranjada. Se internó por la garganta y conoció la Andrómeda de sus labios, subió hasta los dos astros de sus ojos y allí, por vez primera, Cielo e Ícaro se miraron mutuamente. Le dio varias vueltas al planeta del cerebro, avanzó tal vez buscando el milagro de la vida por entre los brillantes tejidos de la carne, se cercioró de la blancura de los huesos y finalmente, embriagado de tanta belleza, cayó en el torrente circulatorio de Cielo y allí entre la espuma del tiempo y de la sangre, hasta que Ícaro se agotó como un meteoro.

Elmo Valencia

Cali, 1926 - 2017

Fue cofundador del movimiento nadaísta colombiano junto a Gonzalo Arango, Jotamario Arbeláez, Eduardo Escobar y otros escritores. Poeta, novelista y ensayista. Se graduó en ingeniería electrónica. Participó en los Recitales de Poesía en Praga con Allen Ginsberg. Obtuvo en 1967 el Premio Nadaísta de Novela por su obra *Islanada*. En 2010 publicó *Bodas sin oro*, Cincuenta años del Nadaísmo. En Antología de cuento colombiano, “El universo humano”, bella y delicada metáfora de la maternidad. (Biografía tomada de <http://eltriunfodearciniegas.blogspot.com.co/>)

*Este cuento hace parte del libro homónimo *El universo humano*

Padrenuestro

Harold Kremer



Me levantaba, me bañaba inmediatamente y, luego de vestirme, rezaba un padrenuestro. La Leona me dijo que lo hiciera, que eso ni me quitaba ni me ponía y que, quizás, me iba a ayudar un poco.

–Vale –me dije, y empecé a hacerlo.

*

A veces caminaba las 17 cuadras hasta el Hospital Psiquiátrico. Otras, me iba en bus. Antes de entrar, arrimaba a una cafetería a tomar café con arepa. Allí atendían el Caliche y su mujer. Él siempre se quedaba un rato conmigo, contando cosas de su vida o lo que le había pasado a otras personas.

–Cuando el tipo se resbaló, el otro aprovechó y le pegó cinco pepazos –contó una mañana–. Dicen que el hombre debía algo y por eso le dieron.

–Cada vez que matan a alguien la gente afirma que debía algo –le dije–. ¿Te parece que ese sea un motivo para asesinar?

–Yo lo distinguía y siempre me pareció que era un vicioso –agregaba.

Terminaba el café, me levantaba y el Caliche preguntaba:

–¿Cuándo nos vemos para tomar unas cervezas?

Entonces señalaba con los labios hacia su mujer. Le decía:

–Si la llevamos a ella, vamos esta noche, ¿te parece?

*

Al entrar, la Leona me saludaba levantando las cejas. Ya estaba hablando con la gente, los escuchaba y anotaba en una libreta un dato. Yo leí varias veces esa libreta: “Pedro, posible esquizofrénico. Anciana coja: ansiedad. El tuerto: neurosis. El negro calvo: rehabilitado, alcohólico”. Me sentaba en el escritorio y me dictaba los nombres de la libreta. Cuando no sabía el nombre, se acercaba y me daba el dato al oído: “El enano de camisa roja”. Nunca creí que existiera gente que no sabía su nombre. La Leona me decía que sí lo sabían, pero que no querían decirlos. Cuando ella entraba al consultorio, miraba la lista, me acercaba a cada uno de ellos y les preguntaba el nombre. Algunos ni me miraban. Otros me decían varios nombres. Creo que no sabían sus nombres. Al final me guiaba por los datos de la Leona. Miraba la lista y sabía que seguía “el canoso que huele feo”. A media mañana, la Leona me llevaba a la cafetería. A veces yo no quería ir, pero insistía. Dos horas de trabajo y ya estaba agotada. Bebía un café. Se recogía el espeso cabello con un gancho. Después íbamos al patio y encendía un cigarrillo. Me preguntaba cómo estaba, qué tal dormía, qué necesitaba.

–Todos los días rezo el padrenuestro –le decía.

Me miraba, aspiraba el cigarrillo:

–Eso está bien. No te va a hacer ningún daño rezar. Además, el padrenuestro es el poema más bello que existe en cualquier lengua.

Le pregunté si ella rezaba.

–No, soy atea, no creo en nada, pero todos los días leo en voz alta un poema. Siempre uno distinto. Eso me ayuda.

Ella también fue drogadicta, estuvo en varios centros de rehabilitación. Era psiquiatra y creía que un día se iba a derrumbar.

–Hay días en que quiero mandar todo a la mierda, pero trabajar con esta gente me ayuda.

*

A las seis salía para la casa. Vivía con mi abuelo, hasta que volviera a recaer.

–Te quiero mucho, Luisa –me dijo cuando me recibió–, pero yo ya estoy más allá que acá y no tengo fuerzas para luchar por ti. Además, eso de meter drogas es un vicio feo. En mi época sólo nos emborrachábamos, algo decente. Por eso, si vuelves a consumir, te vas de mi casa.

Nadie lucha por nadie. Eso ya lo sé. Siempre hacía el recorrido a pie porque a esa hora de la tarde los buses van congestionados. Un día iba por un lado de la calle, el siguiente por el otro. Caminaba hasta un parque y me sentaba en una de las bancas a observar a los niños. Luego, seguía hasta el parque siguiente y daba una vuelta hasta retomar el camino a casa. Una vez, el Caliche me siguió. Esperó tres cuadras, para que su mujer no lo viera.

–Vamos por esas cervezas.

Sonreí. Seguí caminando. Hablaba y hablaba. De pronto me detuvo.

–Aquí venden cerveza.

–Ya no bebo, Caliche.

Me miró como si fuera un sapo blanco.

–Apenas una.

–Ni una.

Caminó tres cuadras más a mi lado, en silencio. Me detuvo otra vez.

–¿Puedo decirte algo muy importante?

–Vale, Caliche, sólo dilo.

–Me gustas mucho, Luisa, creo que estoy enamorado.

–No te compliques la vida, Caliche, tú tienes una mujer muy bella. Con ella serás siempre un ganador. Conmigo serás un perdedor.

*

–¿Tienes novio? –me preguntó un día la Leona.

–No.

–¿Por qué?

–Todos mis novios están muertos, Leona, o los mataron o se mataron ellos mismos.

–¿Quieres tener novio?

–No.

–Consigue uno. Quizás eso te ayude.

–No quiero. Y tú, Leona, ¿tienes un novio?

–No.

–¿Por qué tus consejos le sirven a los otros y nunca a ti?

–No sé, tal vez porque soy psiquiatra.

–¿Cómo haces, entonces, con los pacientes? ¿Cómo les das consejos en los que tú misma no crees?

—No sé. Los mandaría donde un psicoanalista a que los ayude a descubrir sus problemas, pero no tienen tiempo, Luisa, nada de tiempo, ni dinero, nada de nada. Un día más y se suicidan... o matan a alguien. Al menos cuando salen de mi consultorio tienen otro rostro, otra actitud. Sé que eso no les dura mucho, a veces ni una hora, pero es lo mejor que puedo hacer.

—¿Por qué no te consigues un novio, Leona?

—Te voy a decir algo: el último novio me dejó tan mal que volví a recaer, y peor que antes. Un día abrí los ojos y estaba hospitalizada. Ese hijo de puta me jodió la vida.

—La vida se la jode uno mismo, nadie se la jode, Leona. Esa es tu frase de cabecera.

Aspiró una bocanada del cigarrillo y se marchó. Yo me quedé un rato más en el patio. Dejé que el sol me acariciara. La verdad, tuve un novio, o amante... o no sé qué era. Lo conocí en el segundo parque donde siempre doy una vuelta antes de seguir a casa. Vivía a una cuadra. Algunas veces salía a caminar, a fumarse un porro. Trabajaba en un banco, de cajero, tenía un hijo de seis años y aspiraba a comprar, pronto, un carro. Una vida de mierda. A veces subía con él al apartamento. No le quise decir mi nombre. Al principio dijo que le parecía bien, que era lo mejor para no crear lazos afectivos. Perfecto. Hacíamos el amor despacio, sin hablar. Luego me vestía y me marchaba. Con el paso de los días me quedaba un poco más hasta que, una noche, me quedé a dormir. Y el silencio glorioso se terminó. Hablaba de su infancia, de la familia, de sus planes, de su ex mujer, del banco, de su jefe, del vecino. Yo lo escuchaba y asentía. Un día me susurró al oído que creía que me amaba. Mierda. No volví a subir nunca más.

*

Bebía un café donde el Caliche. Antes de salir de casa me había tomado dos anfetaminas. Estaba llena de energía, aunque el mundo giraba lento, muy lento. El Caliche trajo el café con una arepa. No recordaba si la había pedido, pero de todos modos empecé a masticar.

–Creo que me voy a separar de Mariana –dijo.

Al fondo vi a Mariana. Estaba detrás de la barra, mirándonos.

Acabé rápido el café y la arepa.

–¿Qué piensas de separarme de ella? –me preguntó antes de marcharme.

–Nada, Caliche, no pienso nada.

*

La Leona cada día estaba más ansiosa. Un día insultó a un paciente. Lo sacó del consultorio y, delante de todos, le gritó que si le daba la gran puta gana se suicidara. Enseguida miró a los otros pacientes y a mí, y se encerró. No atendió a nadie más en la mañana. Todos estábamos allí a la espera de algo, pero nada sucedió. Había un tipo con bigote que hablaba solo y miraba a un punto perdido. De vez en cuando alzaba la voz: “¡Te dije que te portaras bien, mamá. Te lo dije!”. Otro se había dormido. Una mujer se apretaba el pecho y susurraba unas palabras. Pedro, a quien ya conocía, se tapaba los oídos. Decía: “No me pidas que haga eso. No puedo hacerlo”. Se acercó a mi escritorio.

–Necesito a la doctora.

–Ahora está ocupada.

–Deme mis pastillas.

–¿Cuáles?

–¡Mi ración, necesito mi ración!

–No tengo pastillas, no puedo darte pastillas.

Pedro se agarraba las orejas, caminaba de un lado a otro de la sala. Me levanté, toqué la puerta. La Leona la había cerrado con llave. Fui al patio a fumar. Al volver, la puerta estaba abierta. Entré. La Leona me entregó un frasco de calmantes, con la orden de repartirlos y despachar a los pacientes. Le di dos a cada uno y el resto, más de la mitad del frasco, las guardé para mí. Me tomé dos y me senté a esperar.

*

Me daba miedo morirme sin luz y mi abuelo siempre apagaba los bombillos.

–Hay que ahorrar energía, Luisa –decía. Se quedaba un rato en el resquicio de la puerta–. ¿Cómo estás?

–Bien, abuelo, bien.

–A veces llegas muy tarde y no puedo dormir. Lo mejor es que, si te pasas de las nueve de la noche, no vengas a casa. ¿Entendiste, hija?

–Sí, abuelo.

*

Eran las diez de la mañana y la Leona no llegaba. El director del Hospital distribuyó las consultas entre otros psiquiatras. Los pacientes protestaron. Una mujer se puso a llorar: pedía a gritos a la doctora Claudia. Otro le daba golpes a una pared.

–¡Ella ya conoce, ya conoce, ya conoce! –aullaba.

Un bizco vomitó en la mitad de la sala. El director los echó.

–¡Se van a la puta mierda! –les gritó.

Vinieron tres enfermeros y se pararon detrás del director. Poco a poco los llevaron a otros consultorios. Me había tomado tres calmantes, tenía la lengua pastosa. Por eso no hablé. Me quedé sentada, esperando.

–Vete a casa –dijo–. Y vuelve el lunes por tu cheque de liquidación.

No lo miré. Seguí sentada, observando a un último paciente, Camilo, que lloraba y hablaba con un ser invisible. Yo sabía con quién hablaba: su novia muerta. Me concentré en el punto donde debía estar la mujer. No había nadie. Cerré los ojos y pude verla, o adivinarla. Tenía puesto el vestido blanco de novia, un ramo pequeño de rosas en las manos y el rostro cubierto con un velo. Así decía el novio que la veía. Era el amor de su vida.

–La que iba a ser la madre de mis hijos –nos dijo una vez a la Leona y a mí–. ¿No la ven? ¡Allí está! ¡Está más bella cada día que pasa! ¿La ven?

La Leona dijo que sí la veía, que era muy hermosa y que parecía feliz.

–Seguro que algún día se casará contigo –agregó–. Ahora ve con Luisa y espera tus dos píldoras.

Luego, me entregó más pastillas diciendo que, mejor, le diera cuatro. Salí, le di dos y las otras las guardé para mí. La novia de Camilo, Leonora, salió de su casa a la iglesia. Allí estaba Camilo esperándola para casarse, y se quedó esperando porque un bus chocó el taxi. Leonora murió. Vestida de novia.

Sentí que me tocaban el hombro. Era el director.

–Vete a casa y vuelve el lunes –repitió.

–¿Y la Leona?

–La doctora Claudia no va a volver. Vete a casa.

Yo seguía mirando a Camilo.

–¡Oye! –gritó–. ¿Estás drogada? ¡Me oyes!

Entonces lo miré y sonreí.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Necesito poner esto en orden! ¡Fuera!
Seguí sentada, sonriendo, sin entender qué pasaba.

—¿Y la Leona?

—¿Leona? ¡Deja de decirle así, carajo! Se llama Claudia, la doctora Claudia, y no va a volver. ¡Fuera!

Con una mano les indicó a los enfermeros que me sacaran. Me levantaron por los sobacos, como si fuera una almohada, y me llevaron a la puerta. Pedí, a gritos, mi bolso. Empecé a resistirme. Uno de ellos se devolvió por el bolso. Esperaron a que estuviera fuera y se marcharon.

*

Conocí a Fernando, un tipo que luego enloqueció. Eso fue dos años atrás. Bebía todo el tiempo y metía cocaína. Cada vez que necesitaba dinero se largaba y un día después volvía con botellas de whisky y bolsas de cocaína. En esa época me pasé a vivir con él. Todo el tiempo comíamos papas fritas y bebíamos agua. Metíamos coca para beber y luego, borrachos, metíamos más coca para seguir bebiendo. Fueron dos meses de locura. Pero me detuve porque tuve una visión de lo que iba a suceder. No lo recuerdo bien, pero sé que vi lo que iba a pasar. Las reservas se nos acabaron y Fernando salió por provisiones. Llevaba dos días sin aparecer. Yo estaba desesperada consumiendo los últimos restos. De pronto vi que llegaban los policías, invadían el lugar y buscaban pruebas del crimen: un cuchillo de hoja larga.

Esa fue la visión.

Decidí largarme de inmediato. Llamé a mi madre y le dije que quería internarme, que fuera por mí. Ella llegó en un taxi y me llevó a *Rondas*, un centro de rehabilitación. Allí me recibió la Leona, allí la conocí. Me inyectó. Dormí dos días.

Recuerdo que al abrir los ojos vi la espesa cabellera de la Leona preguntándome cómo me sentía. Luchaba para abrir mis ojos. Fue cuando sentí que Claudia era una leona. Se lo dije y ella me dijo que las leonas no tenían melena. Estuve en *Rondas* trece meses. Cuando me permitieron salir, la Leona me ofreció ser su secretaria temporal en el Psiquiátrico. Afuera me enteré de que Fernando había asesinado a su madre a cuchillazos porque se negó a darle dinero. No sé si lo que tuve fue una visión o Fernando me había hablado de ella cuando consumíamos. Es posible, como también es posible que me contara lo que iba a hacer. No lo recuerdo. Tampoco recuerdo si se llevó el cuchillo del apartamento, uno que usábamos para romper las bolsas de papas.

*

Finalmente alguien contestó el celular de la Leona. Era una voz de mujer. Al principio no quería decirme nada. Luego me respondió con insultos. Cometí el error de preguntar por la Leona, no por la doctora Claudia. Cuando caí en cuenta, fui donde el Caliche y le pedí que llamara. Se hizo pasar por un psiquiatra colega.

—Está hospitalizada —dijo—. En coma por sobredosis.

Me vestí con la mejor ropa que tenía, me puse rubor, me lavé el pelo, me tragué cuatro pepas y fui al hospital. Al llegar al pabellón de intoxicados, desde lejos adiviné a la madre de la Leona: tenían el mismo pelo. Me presenté como una enviada del director del Psiquiátrico. Ella, doña Mónica, me miró de arriba abajo. Enseguida rompió en llanto. No sabía por qué la Leona salió así, sin amor por la vida. Se preguntaba y me preguntó qué hizo mal en la vida. Levanté los hombros. Le dije que iba a mejorar, que iba a salir de esta. Entramos y ahí, en la cama, pálida y muy delgada, estaba la Leona. Me acerqué, le cogí una mano.

–No ha despertado desde que la internamos.

Me senté a su lado. Entendí que iba a morir. La vida es un frasco de miel revuelto con vinagre. Y mierda, porque también huele feo. Dulce y amarga. La Leona estaba lista para morir. Ya era su hora, ya no más demonios ni dioses. Doña Mónica me preguntó si me iba a quedar. Dije que sí.

–Así puedo ir a la casa y volver luego.

Dije que sí.

–Yo la cuido.

Se largó y nunca la volví a ver.

Dos días después sentí unas voces que me despertaron. Me había quedado dormida en un asiento al lado de la cama. Una enfermera dijo que me corriera. Estaban encima de la Leona dándole masajes al corazón. Luego, le aplicaron una inyección. Volvieron a darle masajes. Yo estaba de pie, observando. De pronto el médico miró a la enfermera y enseñó a mí. Me preguntó si era de la familia.

–Es mi hermana –mentí.

Me quedé allí un rato, de pie en el centro del cuarto. Esperé a que salieran, me senté a un lado, en la cama, le cogí una mano y la apreté. Estaba fría. Cerré los ojos, me acerqué a su oreja y le susurré un padrenuestro. Le dije que lo tomara como un poema. Le dije que me alegraba por su muerte, que la envidiaba. Luego fui al baño, me tragué todas las píldoras que encontré en mi bolso y salí a la calle.

Harold Kremer

Buga, Valle, 1955. Ha ejercido la enseñanza universitaria y la creación literaria en la ciudad de Cali. Fundó y dirigió *Ekuóreo*, la primera revista hispanoamericana de minicuento, junto a Guillermo Bustamante Zamudio. Ha sido profesor en la Universidad Icesi, Universidad del Valle y en la Universidad Santiago de Cali. Obra publicada: **Cuento** *La noche más larga*, 1984, Medellín, Lealon *Rumor de mar*, 1989, Bogotá, Carlos Valencia Editores. *El combate*, 2004, Cali, Deriva Ediciones. *El enano más fuerte del mundo*, 2004, Cali, Deriva Ediciones. *El prisionero de papá*, 2005, Cali, Deriva Ediciones. *Patíbulo*, 2014, Cali, Deriva Ediciones. *El color de la cera en su rostro (Novela)*, 2014, Medellín, Universidad de Antioquia. **Otros** *La cajita cuadrada*, 2007, Cali, Deriva Ediciones. **Como compilador:** *Los minicuentos de ekuóreo, antología de 100 minicuentos publicados en la revista ekuóreo, aniversario 21*, 2003, Cali, Deriva Ediciones, compilado con Guillermo Bustamante Zamudio. *Una botella de ron pa'l flaco: crónicas caleñas*, 2005, Cali, Universidad Icesi. *Sueños derribados: crónicas de salud pública*, 2008, Cali, Universidad Libre. *Ekuóreo: un capítulo del minicuento en Colombia*, 2008, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, compilado con Guillermo Bustamante Zamudio. *El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*, 2008, Cali, Editorial Universidad Icesi.

La ecuación del Azar

Julio César Londoño



Ahora que lo pienso me pregunto cómo no se me había ocurrido antes, ¡cómo no se le había ocurrido a nadie antes! Siglos de juego y obsesión, y nadie había emprendido un estudio serio de la lotería. Aunque, pensándolo bien, lo raro sería que alguien lo hubiera intentado. Occidente es racionalista –o al menos pretende serlo– pero aquí el Azar es tabú. Oriente no padece esta superstición pero la razón ha cedido allí el puesto a la intuición, la ciencia a la magia, la fórmula al conjuro.

A mí me inspiró la verdadera madre de las musas, la Necesidad. Una princesa había condescendido a mí, y yo no tenía un reino que ofrecerle. Y si el hombre ha sido capaz de desarmar el átomo y asomarse a las profundidades del alma, pensé, ¿por qué no podía yo enfrentar el problema de la lotería, ese arcano menor? (Reconozco que no carezco de audacia; en lo demás no me diferencio del resto de los mortales: pertenezco a esa vasta legión de hombres que en público hablan bellezas del trabajo pero compran lotería en privado).

Decidí que tratándose de una materia tan exótica lo mejor sería olvidarse del método científico y abandonarse a la intuición. Así perdí varios meses y algunos miles de pesos. Recorría las calles observando los loteros, tratando de adivinar alguna señal de la Fortuna en sus rostros, y eligiendo números al dictado de cábalas diversas: la fecha, la nomenclatura, el Azar, los números importantes de mi vida. El día que gané una suma irrisoria al acertar las tres últimas cifras, rompí el billete y juré no volver a jugar. Pero volví. Al cabo de un tiempo tuve que reconocer que si existía un sentido de la intuición los occidentales debíamos tenerlo completamente atrofiado.

Una noche me encerré en la Biblioteca Municipal, pedí los ejemplares del último año de uno de los diarios, y anoté los resultados de la Lotería Nacional –que era la más tentadora y jugaba diariamente–. Dos meses después tenía compilados los resultados de los últimos 60 años. El paso siguiente fue introducir esta información al computador y pedirle que la analizara en búsqueda de simetrías, repeticiones, singularidades y frecuencias. Le pedí también que dedujera la ley de la secuencia de variación del Premio Mayor.

El computador encontró –apoyado en un programa que diseñé yo mismo, todo hay que decirlo– que los resultados de la lotería se repetían en ciclos de 28 años, unos 10 mil sorteos, aunque sin orden aparente. Era como si la Fortuna quisiera premiar todos los números; o casi todos, porque los resultados de cuatro cifras iguales eran muy escasos. La probabilidad real de que saliera el 7777, por ejemplo, era de una en un millón, muy por debajo de su probabilidad teórica: una entre diez mil. El 0000 no había salido nunca en esos 60 años. Unos pocos números se habían repetido en un mismo ciclo. Recuerdo el 2098, el 4745 y el 7013, que habían salido dos veces. Sus vecinos inmediatos, en cambio, no salieron

en ese ciclo. Sobre la ley de la secuencia de variación del *Mayor* el computador no adelantó gran cosa. El genio de la era del silicio se limitó a responder que el resultado del próximo sorteo sería, casi con toda certeza, un número que no hubiera salido en el ciclo, y que el margen de error de los pronósticos, si los hubiere, disminuiría a medida que se avanzara en el ciclo.

Defraudado, le ordené que a la información inicial añadiera sus propias conclusiones y volviera a procesarlo todo. Durante dos minutos la pantalla del monitor quedó a oscuras, y sólo se escuchaban unos ruidos como fonemas de bestia sagrada. De pronto la pantalla se iluminó. Decía que estábamos en el año 27 del ciclo 3, ¡hecho que reducía los resultados probables a unos 400 números! Le pedí la lista de estos y me di a su búsqueda.

Era difícil porque los billetes estaban dispersos por todo el país. Con frecuencia la princesa tenía que viajar en busca de un número, y hablar con los loteros y las agencias para conseguirlo. Con todo, apenas lográbamos reunir unos pocos números de la lista en cada sorteo. Y aunque no pude acertarle al *Mayor* supe que iba en la dirección correcta porque día tras día comprobaba que el número premiado estaba en la lista de los 400 –que ahora eran sólo unos 300–. En esta etapa invertí tres meses, todos mis ahorros y una suma considerable de los fondos fiduciarios, que estaba bajo mi cuidado, del banco donde trabajaba.

Entonces me acordé de Jaime Fleizsaker, un matemático judío que había conocido en la universidad. Si había alguien capaz de arrancarle el velo a la Fortuna y descubrir el algoritmo del Azar, era él. Claro que la idea de compartir mi secreto (y los millones) con alguien distinto a la princesa no me gustaba. Si me decidí a hacerlo fue porque la fecha del balance semestral se acercaba. También por la princesa.

Habíase convertido en modelo de joyas y *haute couture*, y vivía rodeada de pretendientes que ponían el mundo a sus pies. Seguía firme a mi lado. Trabajaba duro y le pagaban bien –dinero que yo me apresuraba a convertir en papel de lotería– pero el fracaso me estaba minando. Mi fe flaqueó y comencé a fastidiarla. Los celos me roían como una rata que engordara ovillada en el alma. La ciudad olía a pecado. Las baladas, las noches y los sitios exclusivos me enfermaban. También los autos caros. Me parecía que en cada uno de ellos se llevaban a mi princesa y que los guiños de sus *stops* se burlaban de mi dolor. Comparado con lo que viví en esa época, el infierno me parecerá llevadero.

No fue muy difícil dar con Fleizsaker. Trabajaba en una librería. Al principio la idea le pareció descabellada. “*El Azar es una progresión numérica de razón desconocida*”, dijo citando a un tal La Ferriere. “Lo único que se ha hecho en este campo –me aseguró– es la Teoría de la Probabilidad, que nació de la correspondencia entre un matemático, un filósofo y un tahir franceses en el siglo XVII. La Teoría sostiene que mañana puede llover o salir el Sol; que al lanzar una moneda puede caer cara o sello; y que tu princesa puede quedarse o irse”, y cerró su discurso con una sonrisita cabrona. Pero cuando le mostré mis estadísticas y tabulados vi un brillo judío en sus ojos. Y cuando comprobó por sí mismo en los días siguientes que los resultados del *Mayor* estaban siempre en la lista –cuyos números se había reducido ya a unos 200– abandonó su empleo, se mudó a mi apartamento sin consultarme y se consagró al problema.

Transcurrieron cuatro angustiosas semanas. Faltaban sólo dos meses para el balance, y los pulpos estrechaban el cerco en torno a mi *penélope*. Durante el día ella fatigaba las calles en busca de las cifras de la felicidad. A la salida del banco yo me le unía, y hacia la medianoche llegábamos al

apartamento donde el judío velaba febril con sus libros, los tabulados, el lápiz, la calculadora y el computador, y dosis altas de whisky, café y cigarrillos.

Un día irrumpió bruscamente en el cuarto –yo medía a mordiscos las largas piernas de la princesa. Ni siquiera se percató de nuestra desnudez. Sus ojos saltaban en medio de dos profundas ojeras. “¡Lo tengo!”, dijo extendiendo papeles sobre la cama. Hablaba atropelladamente de “la ley de los grandes números”, de “la constante de recurrencia”, de “la esperanza matemática”, de “la campana de Gauss”, de “la integral de Newman” y de no sé cuántas cosas más para señalar finalmente con un índice trémulo y manchado de nicotina una fórmula:

$$\frac{1}{t} \int_a^b e^{ky} dy + w = Z$$

–Es la Ecuación del Azar –dijo solemne–: a y b son los valores extremos de la lista; t es el momento del ciclo en que nos hallamos; k es igual a $p/7$, la constante de recurrencia; y , la función de periodicidad; Z , la dicha.

–¿Y la w ? –pregunté.

–Es la *variable de incertidumbre de Fleizsaker*: mi secreto.

Una semana después nos sacamos el Mayor. Al cabo de unos meses habíamos acumulado una suma desmesurada cuyas terceras partes eran números para los cuales los matemáticos aún no habían acuñado un nombre.

Cuando la Lotería Nacional quebró ya estábamos desquiciados. Jaime compró y cerró la librería –que convirtió en su sala de lectura–, construyó una mansión de obsceno diseño, llevó una vida disipada, se marchó a Israel, donó toda su fortuna a la causa sionista, y trabaja como voluntario en una granja comunal.

La princesa se dedicó a comprar joyas y convirtió su casa en una bóveda de seguridad para guardarlas. A pesar de los altos y gruesos muros, los perros, las alarmas, las cajas blindadas y los vigilantes, noche a noche se repetía la pesadilla de los ladridos de los perros, la traición de los guardas y el ruido de las cerraduras, y cada dispositivo de seguridad que añadía al aparatoso sistema era un ruido que se sumaba a sus alucinaciones acústicas. Tuvo un final monstruoso: engordó.

Yo compré un apartamento de cuatro turbinas y erré por el mundo. Cada día despertaba en un puerto distinto y al descorrer las cortinas de las ventanillas encontraba las sensuales líneas de una pagoda o la hierática esfinge, el Himalaya o las *torres de babel* de Rockefeller, el aroma de la mirra en una aldea hindú o el smog de México, el chador de las iraníes o las tangas de Ipanema, el trino de un pájaro en Sumatra o el alarido de un hombre en Rumania, el piano fervor de la plegaria, el rumor de los mantras, los rituales de la macumba, el aquelarre y el vudú; y las tiendas, los museos, las tabernas... Minuciosamente me di a la tarea de satisfacer los sueños acumulados en treinta años de privaciones. Cuando hube satisfecho el último comprendí que nada de eso era esencial, que eran sólo caprichos de la pobreza, y que desde siempre había sido dueño del universo porque lo había tenido todo sin importarme la posesión de nada. Aterricé en una de las islas de mi archipiélago, hice una escultura con la aeronave y volví a la pintura –una pasión que tenía archivada desde mi ingreso al banco.

A la princesa la había perdido ya. Su pasión por las joyas y la mía por los viajes fueron superiores a nuestro amor –que yo creía infinito, pero bastó el brillo del oro para eclipsarlo.

Un día llegó carta de Jaime. “Lejano amigo –me decía–: cae la tarde sobre el Egeo. A dos pasos de mí, terca y querida, entre las rocas crece una rosa salmón que se nutre de esperanza. ¿De qué otra cosa iba a ser? ¿Qué, si no la esperanza, es lo que nos alienta? ¿O usted se ha creído esas simplezas del oxígeno, las proteínas, el oro y demás? ¡Claro que no! Si alguna fuerza puede resistir al caos y la entropía, es la esperanza.

“Por más que juego al despilfarro y la caridad no consigo arruinarme. La riqueza vuelve a mis manos como un *bumerán* que no encuentra su blanco. Ahora soy el *patriarca*, el *filántropo*, el *poeta*, y siempre encuentro a mi puerta –ofrendados– flores, libros, frutas y muchachos. Y si no soy feliz, es por estética. La felicidad es un estado vulgar –o al menos sospechoso. (Siempre emana de ella un tufillo fundamentalista). La tragedia es más grande que la comedia, y la serenidad más alta que ambas. Por eso es Homero el padre, no Esquilo ni Aristófanes. Si usted es feliz, disimúlelo.

“Hoy quiero renunciar a mi secreto, al último tesoro: *la variable de incertidumbre de Fleizaker*. Como recordará, era el factor que ajustaba la Ecuación del Azar y tenía que ser, por simetría y poética, azaroso. Se calculaba así: todas las mañanas, un poco después de que usted se marchaba para las elegantes mazmorras del banco, la princesa se metía en mi cuarto y contaba los arabescos de la piel de la serpiente, el número de pétalos de una flor o el de las colillas del cenicero. Con estos números trazábamos el hexagrama, y juntos leíamos el libro que consultaron Confucio, Borges y Jung. Luego yo contaba los poros de su cuerpo perfecto, auscultaba con mi pecho los latidos de su corazón, y mientras ella se olvidaba de todo yo retenía la suma, calculaba la integral, y era el oro.

“Si le cuento estas cosas, amigo mío, es porque sé que usted ya está a salvo de los comunes afanes de la gente (he tenido noticias tuyas que me han alegrado el corazón). En cualquier caso, le ruego no divulgue ninguno de los pasos que nos llevaron a la formulación de la Ecuación del Azar. Hacerlo sería el final de las loterías, la muerte de un sueño recurrente de los hombres, y el principio de la desesperanza.

“Suyo, mientras perdure la rosa del Egeo, Jaime Fleizsaker”

Julio César Londoño

Palmira Valle del Cauca, 1953. Es crítico, biógrafo y cuentista. Escribe para *El País de Cali*, *El Espectador* de Bogotá y las revistas *Cromos*, *Arcadia*, *El Malpensante* y *Donjuán*. Ha sido ganador del Concurso Nacional de Cuento, de la Cámara de Comercio de Bogotá, en 1988 y 1989, con sus cuentos *El suicida* y *La matrona babilónica*, respectivamente; el premio *Jorge Isaacs de Ensayo*, de Cali, por su texto *La ecuación del azar* y el *Carlos Castro Saavedra*, de Medellín. A nivel internacional ha recibido el premio *Alejo Carpentier*, en La Habana (1992) por su cuento *Sacrificio de dama*; el galardón de cuento de ciencia ficción de la Universidad de Veracruz y el premio *Plural* de Ensayo, ambos en México. En 1998 ganó el Premio Juan Rulfo de cuento en París.

El doble

Hernán Toro



Conocí a Damián Spinoza hace muchos años, cuando él y yo éramos jóvenes universitarios. No fuimos grandes amigos pues nuestros intereses académicos divergían: mientras él estudiaba Física, yo cursaba la carrera de Teatro. Pero la universidad que frecuentábamos era pequeña, y las probabilidades de encuentro entre los estudiantes, sin importar su programa de estudios, eran elevadas. Hacíamos parte de grupos numerosos y atrabiliarios que tomábamos café discutiendo sobre lo divino y lo humano, a gritos y entre carcajadas y palabras soeces, pero muy pocas veces coincidíamos cerca en la mesa para desarrollar de forma más personal una conversación. Y aunque hubiésemos quedado uno al lado del otro, presumo que era muy difícil entablar con él una charla pues su atención era dispersa. Sabía que había nacido en Francia y vivido allí hasta los ocho años de edad, que era bilingüe, que su padre era francés y su madre colombiana (de hecho, el apellido materno de Damián Spinoza era “Lame”, de mucho prestigio entre los indígenas del sur de aquel país). Nunca me pareció que la distancia

que anteponeía se originara en la arrogancia sino más bien en el deslumbramiento que le generaban los diversos eventos de la realidad: hay personas que se deslizan frías sobre la superficie de los hechos; otras se sumergen en ebullición en ellos. Spinoza hacía parte de esta última categoría. Parecía estar siempre navegando por el lado oculto de la luna. No fuimos grandes amigos, pero compartíamos la pasión por el ajedrez, una disciplina extrañamente llamada “deportiva” que demanda de sus practicantes no el diálogo sino el silencio y la concentración, y que exige de sus contrincantes una actitud de rivalidad encarnizada. No hay tregua en el ajedrez, no hay perdón; lo máximo que se concede y se verbaliza, y siempre en beneficio mutuo y de forma sumaria, es un empate. “¿Tablas?”, propone uno tras un esfuerzo reflexivo, y el otro se limita a aceptar –o a rechazar– la propuesta con un movimiento leve de cabeza. De resto es pura agresión mutua sin descanso. Me llamaba muchísimo la atención el hecho inusual de que, cada vez que jugaba, se concentraba antes de iniciar la partida de modo tan intenso que, desde antes de mover la primera ficha –un invariable desplazamiento del peón del rey hasta la posición 4 (el muy practicado E, 4) Sudaba como si hubiera sido bañado por las aguas de una ducha interior. Siempre me dio la impresión de que repasaba en su mente la totalidad de las variantes según el esquema de juego que habría de utilizar desde la apertura, y ese esfuerzo intelectual descomunal (el adjetivo no es hiperbólico: quienes conocen este juego lo saben bien) implicaba una inversión de energía cuyo reflejo corporal era la sudoración torrencial. Jugábamos muy a menudo, él recalca el hecho de que casi siempre nuestras partidas terminaban en tablas. “Estamos destinados al empate”, concluía, con un aire ligeramente socarrón. Señalo que cuando más cerca estuvimos no fue durante las partidas sino después de ellas: a veces, después

de habernos enfrentado, pero solo a veces, nos tomábamos un café. No hablábamos de ajedrez sino, y por su iniciativa, de la teoría de los diversos cielos que en círculos cada vez más amplios, por los que giran los planetas, tienen a la tierra como único centro. Mejor dicho, hablaba él pues yo ignoraba todo de semejante tema. Era una teoría, aseguraba Spinoza, que dominaba en los ámbitos científicos, religiosos y filosóficos hasta un poco antes de comenzar el Renacimiento.

Según esta concepción de la mecánica del universo, el único astro fijo era la tierra; todos los otros giraban alrededor suyo, en círculos de circunferencia cada vez mayor. Para Spinoza era el mejor ejemplo del gran problema que le obsesionaba: el del doble. Pues, según los astrónomos de entonces, decía, cada planeta es como una réplica del planeta de órbita, el reflejo especular y magnificado de los astros en el insondable abismo del imperio celeste. “Es la concepción dominante en el país de los Dipsodas, según Rabelais en *Le Tiers Livre*. Y, de cierta manera, en esta teoría se basó un escritor argentino de apellido Borges para escribir un cuento que se llama *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*”; ya en una ocasión me había hablado del escritor francés, del que alardeaba con falsa modestia ser experto, y la referencia a Borges, primera que me hacía, fue la ventana por la que luego entraría en el complejo universo de este paradójico escritor. “Todo lo que ocurre aquí es el reflejo de lo que ocurre en otra parte”, me resumió el cuento para ilustrar su idea de que somos el doble de otro, y alguien en el universo es el doble de cada uno de nosotros. “Un genio, Borges, mi querido Yulai”, me decía. (Me llamaba Yulai, una versión en fonética inglesa de mi nombre en español, “Julio”).

Yo era sensible a esta visión pues toda representación teatral es eso, una representación, es decir, reproducir en las tablas unos textos ya dados. El actor de teatro es el doble en

el escenario de un ser imaginado por un dramaturgo. Yo no asumía ese problema con la trascendencia y con el grado de compromiso ni emocional ni intelectual de Spinoza, así que prefería dedicarme a practicar los ejercicios de entonación que desde otra edad, como un faro en la lejanía temporal, había estado ordenando mi maestro Konstantín Stanislavski.

Miraba a Spinoza y trataba de imaginar en qué lugar del infinito podría encontrarse su doble: un ser alto de aspecto enfermizo, de pelo hirsuto aplacado a la fuerza por una gomina ordinaria y peinado relamido hacia atrás, ademanes corporales burdos, movimientos amplios y asimétricos de las manos huesudas, un ligero tinte cobrizo en su piel y rasgos raciales vagamente indígenas en sus facciones, una ligera vacilación en el flujo de su voz que no alcanzaba a ser gagueo. Era, sin duda, una persona de origen popular.

Dejé de ver a Spinoza inclusive antes de terminar los estudios universitarios. Cada cual andaba en lo suyo, quedó en mí la imagen vaga de un jugador de ajedrez apasionado (a veces pude haber dicho “atormentado”), enfrascado en el problema filosófico del doble y sometido a intensas tensiones emocionales bajo cuyo impacto transpiraba tan profusamente.

Estaba seguro de que habría terminado por graduarse en Física y que, con el tiempo, habría llegado a ser un profesional destacado. Yo terminé mis estudios actorales y desde entonces he sobrevivido con los ingresos miserables propios de esta profesión, a la espera de que resulte la migaja providencial de alguna actuación en obras para televisión, actividad infame que me garantiza unas entradas adicionales. E indignas. De la teoría del doble, del otro, poco quedó: no se convirtió en una preocupación fundamental de mi existencia, aunque los cuentos de Borges, palpitantes, como corazones vivos, están siempre al alcance de mi mano.

Dejé de ver a Spinoza, y hasta casi lo olvidé por completo... hasta hace unas semanas, cuando, al salir de una actuación en una obra representada en un teatro pobre de mi ciudad, fui a la esquina de la calle a comer una ensalada de frutas: allí estaba Spinoza, sentado sobre el andén en una silla plástica tomándose un jugo. Estaba ensimismado y con el gesto de distanciamiento de siempre. Afirmino con seguridad que allí estaba, pero al verlo dudé: no solo habían pasado muchos años, los suficientes para transformar la fisonomía de una persona hasta hacerla casi irreconocible, por lo menos a vacilar en su reconocimiento. Lo estuve observando largo rato, pero la duda me impidió abordarlo. Él en ningún momento dirigió su mirada hacia mí, pero más allá de los cambios físicos evidentes, yo reconocí su pelo indomable, ahora coronado por un matorral blanco y desordenado, su altura corporal ligeramente agobiada por la edad, sus manos esqueléticas revoloteando sin armonía en el aire, sus pómulos angulosos de indígena guambiano. Recordé que yo me preguntaba, en la época de estudiantes, en dónde en el vasto mundo podría encontrarse su doble, y me respondía ahora, jugando un poco al ejercicio de la paradoja, que, probablemente, el doble del Spinoza de antes era éste, él mismo, que ahora tomaba un jugo en una calle de mi ciudad, y que, entonces, habría que aceptar que puede haber dobles no simultáneos en el espacio y diferidos en el tiempo. Dobles ucrónicos. Sonreí, reconocí que tal hipótesis era el juego ingenuo de un apasionado de Borges contagiado por sus obsesiones. Me alejé de aquel lugar. Al día siguiente regresé y volví a verlo. Me dio la impresión de que no se había movido ni un centímetro, estaba allí, en la misma actitud, pulido como una moneda por el tiempo. Me ubiqué en un lugar donde él me pudiera ver con solo cambiar la dirección de su mirada. Fue inútil. Entonces, obedeciendo a un impulso abrupto, me

acerqué y lo saludé: “Hola, Damián Spinoza. Cómo estás”. Me miró como quien sale de un sueño remoto: “No soy Damián, soy Libardo”, respondió con un gagueo tímido. Debí haber visto mi incredulidad y mi desconcierto en el rostro pues de inmediato especificó, casi que excusándose: “Soy Libardo Spinoza, hermano de Damián”. Me sorprendía la similitud de los gestos faciales de Libardo y de Damián, la forma un poco pueril de enarcar el labio superior antes de iniciar una frase, la inclinación lateral de su cabeza, como escorado, al buscar una palabra apropiada.

Pero más me sorprendía que estas semejanzas se mantuvieran en el tiempo de una forma transversal entre dos seres que, por más hermanos que fuesen, eran esencialmente singulares. Quise avanzar un poco buscando saber la suerte corrida por su hermano pero era muy lacónico, con una parquedad situada en la frontera entre la descortesía y la indiferencia. No manifestaba mayor emoción al hablar de Damián. Tampoco le concedió mucha importancia a que yo lo hubiera interpelado a propósito de su hermano, un hecho que a mí me parecía excepcional pero que a él parecía serle habitual. Sus gestos eran semejantes a los del Damián de hace tantos años, e imaginé que el tiempo también habría hecho su trabajo de zapa en el verdadero Damián, con tanto esmero y rigor que, de encontrarlo, se parecería a Libardo. Al cabo de dos o tres minutos de intercambio de frivolidades y de gestos forzados de urbanidad, me dijo, casi como concluyendo el encuentro, que, si quería hablar con su hermano, lo podía ubicar en la sede de un instituto de investigaciones en Física que existe en mi ciudad. Le agradecí y me alejé con un acre sabor de decepción. Mientras caminaba hacia el apartamento, pensé que la idea finalmente engañosa de que este hombre era Damián se entendía por

su relación de consanguinidad, y que no debía inquietarme. No debía inquietarme, digo, pero no podía expulsar de mi cabeza a este hombre, así que volví al día siguiente. Pero no lo encontré. Ni ese día ni los siguientes: Libardo Spinoza desapareció.

La curiosidad por encontrar a Damián me quedó sembrada. A lo largo de los días siguientes se me fue haciendo más imperioso, sin yo conocer exactamente la razón. Me encontraba impactado por el extraordinario parecido entre estos dos hermanos y por la persistencia en el tiempo de las semejanzas entre dos personas distintas. Una duda que cruzó por mi cabeza como una fulguración: ¿Y si el Libardo que encontré fuera en verdad Damián? Viéndolo bien, éste era ya suficientemente atípico en la época estudiantil como para autorizarme a pensar ahora, que años después su rareza podría haberse transformado en un trastorno de personalidad. Negarse a sí mismo, dividirse mentalmente, ser uno y otro residiendo en el mismo cuerpo era una figura clínica muy conocida, que los psicoanalistas llaman “esquizofrenia”. ¿Por qué no? Recordé el caso muy citado del escritor portugués Fernando Pessoa, en cuyo cuerpo habitaban cerca de cien personalidades diferentes, cada una con su identidad peculiar. Si este caso extremo había existido, ¿por qué habría de extrañar que en una misma persona habitaran dos personalidades? Por lo demás, la vida cotidiana de casi todo mundo da pruebas permanentes de que todos somos dos o más, según las circunstancias: buenos y malos, perversos y bondadosos, leales y traidores, Jekylls y Hydes. También hallé justificaciones en una obra de Shakespeare, La comedia de las equivocaciones, en cuyo reparto había participado representando el papel de Antífolo de Siracusa. En ella, dos hermanos gemelos y dos esclavos

también gemelos, nacidos los cuatro el mismo día a la misma hora, ven cómo sus vidas se cruzan y se entrecruzan generando confusos qui pro quos en los que unos suplantán a otros.

Tras esas reflexiones, la necesidad de encontrar a Damián Spinoza se me hizo acuciosa. El problema que se me presentaba era no encontrar a Libardo, cuya desaparición del puesto de frutas me dejaba sin más opción que buscarlo en el instituto en donde, según él me había dicho, trabajaba Damián. Si mi hipótesis era válida, debía encontrar a Libardo, el doble psíquico de Damián. O a Damián, el doble de Libardo.

Damián Spinoza sí existía y trabajaba en el instituto. Lo confirmó una secretaria al teléfono, pero me aclaró que había castellanizado su apellido –ahora era Espinosa–. A los pocos días me llamó para informarme que “el Doctor Espinosa” había aceptado sostener una entrevista conmigo; buscaba yo, según le había argüido, ahondar en el estudio del comportamiento de las estrellas fugaces con el fin de enriquecer la trama de una pieza de teatro. Llegué puntual a la cita. No tenía la menor idea de cómo habría de reaccionar Damián frente a mí, y ni siquiera sabía qué tipo de preguntas habría de formularle ni cómo justificar mi voluntad de encontrarle. Me sentí ridículo y frágil. Las estrellas fugaces, ¡qué imbecilidad! Estaba dando un salto al vacío. “Hay alguien hablando con él en este momento”, me dijo la secretaria señalando una oficina cuya puerta estaba abierta. “Cuando salga, lo anunciaré”, agregó. “Trabaja siempre con la puerta abierta, pero nadie se atreve a interrumpirlo”.

El sentimiento de ridículo comenzó a tornarse en desasosiego. Damián debía ser un científico sobresaliente y mi visita no pasaría de ser una pérdida de tiempo para alguien tan ocupado en asuntos tan serios. Una niñería. La salida del visitante aceleró mi frecuencia cardíaca. La secretaria

ingresó a la oficina de Damián y salió en segundos. Me sentía un líquido. Dijo con amabilidad que siguiera. Avancé hacia la puerta de la oficina. Desde el umbral lo vi. Juro que una especie de halo lo envolvía, y pude entender de inmediato la advertencia de la secretaria, según la cual nadie se atrevía a interrumpirlo: la fuerza de ese halo circundante levantaba entre él y el resto de los humanos un escudo impenetrable. Me quedé paralizado en la puerta. Tardó en dirigir su rostro hacia mí. Dijo con alborozo: “Ah, mi querido Yulai. Qué sorpresa tan agradable”. ¡Vaya! ¡Ésta sí que era una verdadera sorpresa! Vino y me dio un saludo de palmadas sonoras en la espalda y un abrazo tan estrecho que por poco pierdo el aliento. Había aumentado de peso y sus manos huesudas se habían convertido en unas manazas de plantígrado. En sus facciones se habían acentuado los rasgos indígenas, el pelo canoso le daba un aire respetabilísimo de gran chamán. Los ademanes antes bruscos, se habían suavizado, y una mirada dulce se había instalado en su rostro. Me dijo que había sabido desde el pedido de la cita quién era el solicitante, y que había estado esperando este momento con gran expectativa. “No había podido recibirte antes. Excúsame”.

Me turbaba un espejo colgado en la pared detrás de su silla, en el que veía el reflejo de su espalda ligeramente cargada y mi figura invertida me producía la impresión de que se trataba de un encuentro de las mismas dos personas en un universo paralelo. Agotados los formalismos, era evidente que debíamos hablar de las estrellas fugaces, pero había sido tal la franqueza de las emociones manifestadas que no me sentí capaz de sostener la farsa. “No, en verdad yo no buscaba hablarte de las estrellas fugaces”, dije, “Sólo quería saludarte”, agregué, casi con vergüenza. “Lo supuse”, dijo. Sobresaltado, no me pude contener: “No entiendo. Cómo así que lo has supuesto...”, vacilé. Dirigió su vista hacia

la superficie del escritorio inclinando la cabeza de medio lado como cuando buscaba palabras correctas, pasó varias veces sus manos gigantescas sobre la superficie de un libro que tenía frente a sí con las páginas abiertas, por un momento creí que buscaba una información en él por algún método sinestésico, como si leyera en Braille.

Pareció sumirse en un sueño breve y repentino, como ocurre con las personas que sufren de narcolepsia. “En realidad”, dijo, saliendo de esa especie de estado de gracia en que había caído, “estaba esperando esta visita desde hace años”. El tono de su voz había perdido intensidad emocional en provecho de una cadencia ceremoniosa. Debí esforzarme para captar el alcance de su afirmación. ¿Esperando mi visita “desde hacía varios años”!? ¿Qué razones podrían asistir a este hombre, a quien yo no había vuelto a ver por décadas, para haber estado esperando mi visita? Sus palabras habían sido pronunciadas sin el menor asomo de ironía. Yo esperaba, que diera continuidad a esta idea, pero permaneció en silencio, mirando con cierta perplejidad mucho más allá de las páginas del libro abierto cubierto por sus manos de oso. Entreví entre sus dedos los anillos de Saturno y no pude evitar recordar su teoría del funcionamiento del universo que evocaba a menudo tras nuestras partidas de ajedrez. “¿Los astros siguen girando alrededor de la tierra?”. Me miró con cierta condescendencia. “Sí”, me dijo, “los astros siguen girando alrededor de la tierra”. Y reiteró, como en una especie de letanía profana: “los astros siguen girando alrededor de la tierra”. “Lo que significa que unos siguen siendo los dobles de los otros”, continué, casi con sorna. “Lo que significa que unos siguen siendo los dobles de los otros”, confirmó como en un eco pasivo. “A propósito”, “hace unas semanas conocí a tu doble”. Giró la cabeza, intrigado. “Se llama Libardo”, dije. Al oír este nombre, Damián levantó las cejas. “Es tu doble,

¿no?”, le dije. Con la cara un poco grave, me aclaró: “Es mi hermano”. Volvió a acariciar los anillos de Saturno con una cierta fruición de invidente.

Sentía que algo había gripado el encuentro, y podía haberme ido, pero me resistía a partir sin que me explicara por qué había estado esperando mi visita durante varios años.

Entonces agregó: “No lo veo desde hace varios años”. Se refería a su hermano, por supuesto. “Si quieres tomarlo así, sí, es mi doble. Soy yo, desdoblado”. Clavó los ojos en el libro, pero era claro para mí que estaba en otra dimensión de lo real. “A veces”, dijo “cuando éramos adolescentes, sentía dolores en mi cuerpo por golpes que él había recibido, o atravesaba yo por circunstancias emocionales incómodas originadas en controversias amorosas tuyas. Es difícil de explicar, pero admito que es aún más difícil de entender. Facilita saber que es mi hermano mellizo”. Conocía muy bien la diferencia entre gemelo y mellizo gracias a mi actuación como Antífolo de Siracusa en la obra de Shakespeare, pero guardaba silencio para mantener abierta la puerta de la explicación que esperaba, pues sabía que atizar la conversación sobre su hermano impedía que abordara lo único que quedaba de mi interés allí. Pero Damián se retraía cada vez más. Volvió a sumirse en el silencio y en ese sueño narcoléptico que parecía invadirlo.

De pronto despertó: “Pero para ti no debe ser difícil de comprender”, dijo, con tono vehemente. Mi pregunta, sin haber sido formulada, era obvia. “Realmente, nunca he tenido tan presente la idea del doble como cuando jugábamos ajedrez”, encadenó. Ah, bueno, ahora sí que podía hablar categóricamente de una sorpresa real. Vi en el espejo cómo mi cuerpo se reacomodaba en la silla, con un cierto placer anticipatorio, a la espera de una aclaración que no

estaba dispuesto a aplazar más. Hice entonces la única pregunta que podía tener sentido: “¿Por qué?”. En realidad, no fue una pregunta sino una orden. Comenzó a hablar con frases que me parecieron evasivas, cargadas de rodeos temerosos. Pero comprendí pronto que utilizaba un estilo indirecto, elusivo, casi parabólico por su incapacidad para revelar frontalmente su pensamiento. “¿Has visto fotografías moleculares del agua pura? No hay nada más simétrico que las estructuras moleculares del agua pura. Si se pudiera, podrían ser cortadas en dos mitades exactamente iguales. O de las frutas cultivadas sin fungicidas. Todos los seres vivos somos simétricos. Lo que nos diferencia a los seres humanos, en realidad, es nuestra manera de pensar. Los metales son simétricos, las plantas son simétricas. El universo es simétrico”. Miró por encima de mi cabeza: “Recuerda a Borges”, dijo, como si se dirigiera a un fantasma. Hizo una pausa para realzar la conclusión: “El concepto de simetría conlleva forzosamente la idea de desdoblamiento, de la existencia del doble”. Su actitud traslucía que allí terminaba su reflexión. Yo seguía en silencio, desafiante, mirándole a los ojos para impedir que se escapara pues sentía que su respuesta me excluía. Él, era consciente de su esguince. Estiró los dedos sobre las imágenes de Saturno y cerró los ojos, como si meditara: “El tablero es simétrico”, reanudó, “la disposición de las piezas es simétrica”. Tomó aire para llegar hasta donde parecían encontrarse sus límites interiores: “Los jugadores son simétricos”. A los pocos segundos añadió: “Las tablas sellan la simetría de los jugadores”. Dejó pasar un tiempo más prolongado: “Éramos dobles”, confesó. Pareció hacer un esfuerzo sobrehumano para agregar finalmente: “Pero la condición de doble no se pierde nunca. Mi doble no es Libardo pues no somos gemelos sino mellizos”. Esta última frase me confundió. Damián, una vez más, pareció dormir.

Me quedé como un perro guardián en las puertas de su sueño a la espera de que despertara. Cuando lo hizo, creía haberlo entendido todo. Pero no con categorías de pensamiento racionales ni con esquemas interpretativos organizados y demostrables sino con ráfagas de intuición en las que el aliento de Antífolo de Siracusa marcaba las ideas. Comprendí que hasta allí había llegado todo. Me levanté para despedirme. Le tendí mi mano derecha y él me tendió la suya. Vi en el espejo cómo mi mano izquierda estrechaba la izquierda suya. Nada podía sorprenderme ya.

Hernán Toro

Tuluá, 1948. Ha publicado seis libros de cuento. Ganó el Primer premio II Concurso de Cuento, Fundación Testimonio, 1982.

Ciudadano de Honor de New Orleans, Alcaldía de New Orleans, 1987.

Publicaciones recientes: *Ceremonias Privadas*, Programa Editorial Universidad del Valle, 2007. *La Lectura Vertical*, Editorial Universidad del Valle, 2009. *Cenizas en el puente*. Centro Editorial Universidad del Valle, 2014.

Todos lloramos lágrimas saladas

Esther Fleisacher



El día del primer cabo de año del abuelo, Samuelito estaba muy exaltado. Anunció que sería el paño de lágrimas de la abuela y se pegó a ella como una garrapata. Doña Raquel se sintió complacida de tener un nieto tan cariñoso. A la madre le pareció extraño, no era usual que su hijo fuera faldero.

Durante las oraciones en la sinagoga, Samuelito veía inmóvil llorar a la abuela. No se atrevía a robarle una lágrima en la casa de Dios, por temor al castigo divino: perder el año, quedar cojo o que le pusieran un sobrenombre repugnante.

En el cementerio se sintió perdido, alrededor de la tumba todos estaban de pie y las lágrimas de la abuela eran inalcanzables. La inquietud habitual de los nueve años se apoderó de él, se deslizó del lado de la abuela y fue a reunirse con los otros primos, que conversaban a la sombra de un palo de mango. Cuando intentó subirse al árbol, todos lo regañaron; era el único niño y estaba allí por la melosería que se traía con doña Raquel. La costumbre enseña que los niños no deben asistir a los actos luctuosos.

Se sentía muy contrariado, no sólo se había aburrido terriblemente, sino que se había atrasado en los cuadernos del colegio y no tenía nada para contarle a su amigo.

Hacia una semana, en una conversación con David habían llegado al tema de las lágrimas. Su compañero le contó que las lágrimas de los judíos eran amargas. Samuelito alegó que no era cierto, las propias eran saladas.

–Bobo, ¿acaso estuviste en la guerra? –se burló David.

Se quedó pensativo, el argumento de su amigo era de peso. La abuela nunca se tragaba las lágrimas, si no tenía pañuelo se las secaba con la manga del suéter.

–Mi mamá el otro día leyó un poema que se llamaba “Lágrimas de Amargura” –le confió David, bajando la voz–. Ella me explicó lo de la guerra, la gente se quedó sin papás, sin hermanos, sin hijos porque los nazis mataban a todo el mundo.

–Sí, es cierto, a la primera esposa del abuelo la mataron ellos –confirmó Samuelito.

–¿Sabes qué? –continuó David–, el señor Bransky tiene pesadillas, grita y llora por las noches. Estuvo en un campo de concentración, tiene el brazo marcado con un número azul que no se le borra. Si pudiéramos probar una de sus lágrimas...

Después de un marcado silencio, en el que cada uno se imaginó en la noche entrando a la casa de la familia Bransky a probar las lágrimas de don Marcos, Samuelito tuvo una idea.

–¡Ya sé! Voy a probar las lágrimas de la abuela, ella tiene el número azul en el brazo, pero no le gusta hablar de eso.

Nunca pensó que sería tan difícil, sobre todo porque la madre no le quitaba los ojos de encima. Ella se imaginaba que él algo se traía entre manos y temía que fuera inoportuno.

De regreso del cementerio, pensaba en lo que le diría a su amigo al día siguiente. Inesperadamente, la abuela puso la

mano humedecida con lágrimas en la pierna de su nieto. El estómago se le llenó de grillos inquietos. Pasó su mano sobre la de ella y disimuladamente se la llevó a la boca. Cerró los ojos esperando sentir un sabor terrible, como a remedio, y sólo sintió un ligero sabor salado. Todo parecía indicar que algo no funcionaba en la teoría de David.

En la noche, cuando la madre entró al cuarto a despedirse, le preguntó:

–Mamá, ¿todos lloramos lágrimas saladas?

–Sí, claro que sí, ¿por qué me lo preguntas?

–La mamá de David dice que hay lágrimas amargas.

La madre, entre divertida y compasiva, besó a su hijo y le dijo:

–La amargura se lleva en el alma y cuando es muy grande hace que las lágrimas sepan amargas. También se dice que hay lágrimas de sangre, cuando el dolor desgarrar el corazón.

Samuelito, más confundido, soñó con un aguacero rojo.

Esther Fleischer

Palmira, Valle, en 1959. Escritora, narradora, poeta, editora y psicoanalista. *Gestos hurtados* (relato-ensayo), 2015. *Canciones en la mente* (poesía), 2015. *La risa del sol*, novela corta, 2011. *La flor desfigurada* (cuento), 2007. *Las tres pasas* (cuento), 1999. Ha sido ganadora de la Beca de Creación del Fondo Mixto para la promoción de la Cultura de Medellín y de la VII Convocatoria Becas de Creación 2006

Una bala perdida

Alberto Esquivel



I

Sólo a las tres de la mañana en una borrachera de antología el poeta Louis confesó que alguna vez en su lejana juventud había disparado una bala que se perdió por los caminos de la infamia y que ha dado de baja a todos los inocentes que usted quiera.

-Lo único que un poeta sabe disparar son palabras.

Frase que pronunciada en boca de sabios, exiliados, gente de izquierda, pacifistas, intelectuales, Louis aceptó durante años en silencio hasta que el whisky ofrecido por su amigo John arrasó la compostura. El tema que tiraba una voz encima de la otra en la reunión improvisada era la inseguridad de la ciudad, están matando mucha gente, se rompió el tabú de prohibido matar, ahora el asesino se siente incómodo con el arma fría y pregunta quién sigue. Si alguien llega a pedir justicia o elaborar alardes de venganza el vocero de la banda criminal dice déjelo que llegue que aquí le damos.

Louis sintió recuerdos en sus entrañas y dijo: más gente mataban en otra época. Yo recién estrenaba mis primeros poemas y la cédula cuando me nombró Inspector de Salud en un pueblo llamado Gold Park el alcalde Spike, un bandido amnistiado de un proceso de paz a quien habían pegado un balazo en la mano derecha y se había vuelto zurdo. Cumpliendo con mis labores iba despacio, bajo un sol que torturaba la bohemia de la noche anterior, en un caballito renco a revisar los pozos sépticos de una vereda cuando oigo algarabía. Al voltear una curva encuentro un hombre arrodillado y veo cuando el alcalde saca el revólver y le pega un tiro.

El alcalde Spike dijo al poeta Louis en el tono paternal de quien ha hecho una buena amistad, a este muerto que usted ve con cara de bueno le gustaba llevarse el ganado y los caballos de las fincas ajenas, nosotros decidimos en un consejo de seguridad acabar con los ladrones y matones, los cuatreros y toda la delincuencia, no se asuste Inspector, aquí es normal dar de baja al dañino. El poeta Louis había dado a conocer sus poemas recién llegó a Gold Park durante una bebeta a las tres de la mañana y al alcalde Spike le habían gustado, desde entonces conservó la costumbre de afinar con aguardiente la garganta y la memoria y lanzarse durante las reuniones al ruedo de los aplausos.

El alcalde Spike empezó a impulsar la poesía de Louis en el pueblo, una vez citó al maestro de escuela a su casa a las tres de la mañana cuando el cálculo sacaba al Inspector del anonimato y el licor sostenía entre pecho y espalda las más bellas palabras que hacían soportable la época de violencia que arrasaba el país. El maestro agradeció la invitación del alcalde, la mirada fría que trajo la orden de asistencia convirtió en privilegio escuchar una voz alejada de las balas,

en la libreta de apuntes dejó consignados algunos versos que pescó al azar con el propósito de endulzar el afecto de su esposa. Dijo a Louis, Inspector, cuando quiera vaya a la escuela para que los estudiantes lo conozcan.

El pueblo se sentía seguro con el alcalde Spike, el poeta Louis también. Como Inspector de Salud tenía el mismo sueldo que el Inspector de Policía, para la gente eran lo mismo, ambos atendían el llamado de Inspector y ambos se sentaban a conversar en el café principal de la plaza del pueblo después del almuerzo con el alcalde Spike y su secretario Hernán, un hombre menudo de rasgos finos. Los temas traían el sello de urgente por el silencio que imponía el alcalde antes de tratarlos, los chismes que arrastraban rompían la parsimonia de cualquier catástrofe en el país. Una vez Hernán empezó a contar cuando ellos invadieron El Cerro, el pueblo vecino contrario a sus intereses políticos y económicos. Según el ego que había marcado la hazaña, Hernán, tan servicial y delicado en sus maneras, fue el alma que no dejó piedra sobre piedra en El Cerro. Organizó que fulano de tal llevara los caballos, que otro coordinara las escopetas, que el de las minas no olvidara los tacos de dinamita, y su discurso de acabar hasta con el nido de la perra terminó de incendiar el ánimo de los valientes que apuraban canecas de aguardiente.

El Inspector Louis debía dar el visto bueno a los negocios de la Calle Real, controlar las vacunas del ganado, atender los puestos de alimentos para evitar una epidemia, poco a poco aprendía los gajes del oficio mientras trataba de resolver qué era la poesía y escondía en un cuaderno algunos versos que entraban a corrección con la puesta en escena a las tres de la mañana. Hay tantas teorías para una enfermedad, la disminución de peso en una persona, la invasión de garrapatas en los animales que Louis quedaba por las nubes,

ese territorio exclusivo de poetas pertenecía más a los oficios de una realidad que ponía o quitaba funcionarios públicos según indicara el dedo de las recomendaciones políticas del gamonal que al laberinto de la soledad. El inspector Louis seguía las indicaciones mínimas, mientras la vaca tenga el pelito de la frente parado está sana.

Un viejito cabizbajo en el matadero municipal donde el Inspector Louis se asomaba a los corrales dijo a los quince días de iniciar su trabajo en Gold Park, joven, usted no sabe a qué porquería de infierno ha llegado, este lugar es un refugio de matones, ellos acabaron con mi pueblo, El Cerro, yo estoy aquí porque nadie me reconoció en el escape, sobreviví por las oraciones que me atendieron las santas ánimas. Con la lectura de dos poemas quedaron de amigos, Louis jamás había oído mencionar El Cerro ni que allá hubiera sucedido una matanza. No estaba dispuesto a alborotar la curiosidad con preguntas y la prudencia aconsejó guardar el secreto de un ser que apenas tenía fuerzas de voltear el sombrero con sus manos nerviosas. En la segunda visita dijo, joven Inspector, no se confíe que aquí cada cual tira para el lado de su conveniencia, son una parranda de traicioneros, yo le voy a hacer, con todo respeto, un obsequio porque tarde o temprano va a tener un problema. Y le regaló al poeta Louis un revólver hechizo, grande, con una bala calibre 38, dijo, eso sí, tenga mucho cuidado porque cuando dispara deja el brazo entumido, la trayectoria de la bala resulta un poco alterada, si el blanco está a la derecha usted apunte a la izquierda, busque un lugar para ensayarlo.

El sábado el poeta Louis fue a la escuela, saludó al maestro en su día libre de estudiantes y desempacó el objeto de la visita que no tenía ningún tono poético: el revólver. El maestro estuvo a punto de reír, era el arma propia para pelear

en la cuarta guerra mundial donde los hombres volverían a enfrentarse con garrote según un sabio que dudaba quién ganaría la tercera guerra mundial con armas nucleares. Dijo, yo tengo una pistola responsable que le puedo vender, me la va pagando, recuerde que según las necesidades del alcalde Spike todo funcionario público bajo su mando debe estar preparado para acompañarlo a las misiones de castigo y escarmiento que debe librar. Louis quedó de avisar si decidía la compra. De un almendro colgaron una caja de cartón pintada con un rostro. El maestro dijo, si le da entre los ojos se gana la invitación a almorzar y por ahí derecho mis respetos. El poeta Louis apuntó, disparó, y desde entonces no sabe de esa bala, ignora para dónde cogió y según una gitana, a quien regañó por no bañarse, su castigo sería estar atormentado por una bala perdida que daría de baja a personas desconocidas mientras él viviera. El disparo hizo un estruendo bárbaro y quedó con el brazo entumido.

Las visitas frecuentes habían hecho de Louis cliente del café principal de la plaza del pueblo, tenía a su disposición la misma mesa para escribir en el cuaderno los versos que a las tres de la mañana adquirían admiración, con su letra, de príncipe de tinta china, había firmado los vales que se cancelaban con el sueldo de cada mes. Al dueño, don Carlos, un tipo alto, ojiazul, con fama de tener más de un muerto encima, Louis lo sedujo con la lectura de tres poemas de su última cosecha. Se sentaban a conversar de libros y autores, don Carlos contaba anécdotas de poetas que habían pasado por su café, de la lucidez a la borrachera y de la afición que el maestro de la escuela le inculcó por la declamación.

El sábado por la tarde Louis conoció a Julieta, la jovencita más hermosa de Gold Park. Después de escuchar dos poemas ella quedó prendada del poeta que al recibir una mirada de fuego vio premiada su labor sin comprender

cuál era la dimensión desconocida que arrastraba la fuerza de las palabras. Sin que mediara una declaración de amor empezaron a pasar los días juntos como si fueran novios, se acariciaban con el respeto de esa época, claro.

II

El poeta Louis quería hablar con Julieta de La Poética de Aristóteles. Había calculado el préstamo del libro en un gesto de generosidad si ella mostraba algún interés en el tema, pero ella ni dejó mencionar al autor griego porque tenía en la sangre el altercado con una compañera del colegio. Como te parece que esa Alice caminaba detrás de mí tirando sátiras, la tuve que parar, lo que tenga contra mí haga el favor y me lo dice en la cara. Ella atacó, usted es bien boba, cálmese. Sugerí a su amiguita que no la despega a sol ni sombra, intente echarle un poquito de agua que está muy alborotada, y Louis vieras a la Alice esponjada, Julieta me respeta, por qué no viene y me la echa usted. Dije no tengo tiempo para terapias, mami, es mejor que se abra, después la cojo y no la suelto.

Los discursos del Inspector Louis sobre la calidad del agua de Golden Park tampoco pudieron ser llevados al diálogo, Julieta volaba de la ira por los comentarios de Alice cuando la profesora en el informe de calificaciones la felicitó por haber salido nítida y esa lengua metida expresó su mala leche, si Julieta no hace las tareas, los trabajos en grupo los pasa de apunte, bien bruta que es para ocupar el segundo puesto en el salón, es el colmo. Louis, Alice no puede de la envidia, perdió tres materias y dijo que yo hacía lo que ella hace, faltar a clase, inventar maluqueras para mantener en la enfermería del colegio, coquetear con los profesores a ver si arreglan las notas regulares o malas, uy poeta, de chisme en chisme transcurre mi jornada escolar.

Lo peor que tocó a Louis fue escuchar la historia interminable de un pretendiente de Julieta que intentaba meter cizaña en la relación de los dos tortolitos que con las manos entrelazadas, cada visita los llevaba a chorrear baba y confirmar que nacieron el uno para el otro. Se llamaba Roger y presentó sus credenciales en la casa de Julieta un miércoles, ella no estaba, en el patio de una compañera preparaba la obra de teatro que debían representar el día del idioma, él se cansó de esperar. Julieta recibió la razón de su mamá y lo llamó, para qué vino a buscarme Roger. Él argumentó en un tono zalamero para saludarte, estoy en vacaciones de la universidad y regresé a Golden Park porque quiero que salgamos, qué piensas hacer el sábado. Ella estaba aburrida del abandono del poeta Louis los fines de semana por estar en borracheras interminables con el alcalde Spike y sus hombres que sembraban de terror las veredas. Quedaron de verse.

Roger la saludó con el regalo de un llavero. Julieta dio las gracias y él no esperó mejor ocasión para meter a Louis en la conversación, me han contado que tienes un novio. Ella fue discreta, no es para tanto, es un buen amigo que me ha dedicado varios poemas, escribe lindo. Roger afinó la voz alrededor de los rumores, dicen que el poeta vive en La Casa de Ana, el mejor negocio de la zona de tolerancia, que allá declama a las tres de la mañana cuando quiere despertar un ambiente que se encamina al sueño. Julieta permaneció callada, sabía que esos eran unos alcances bien bravos, luego salieron las lágrimas. Roger extendió el pañuelo de la consolación, dijo tranquila preciosa, yo estoy con usted, la apoyo en todo, llamé la atención a Louis ayer que visitó la finca de mi papá, no haga eso a su novia que ella es seria, me han contado que lo quiere mucho, respétela, encontrar una mujer de sus cualidades no es fácil. Julieta preguntó qué

había respondido Louis y Roger, con el rigor de quien pone comillas a una cita textual aseguró que él no iba a dejar de disfrutar los placeres de verdad por esperar los caprichos de una jovencita.

Julieta cuestionó al poeta Louis, cómo así que usted frecuenta sitios nada recomendables para gente decente, que está enamorado de una tal Judith a quien ha prometido sacar a vivir. Louis juró que Judith o cualquiera de las muchachas de La Casa de Ana podían dar testimonio de su integridad, con ellas jamás me he relacionado como cliente. Ella dijo hábleme claro que no soy la primera ni la última mujer que sufre una decepción, lo he respetado y por eso no estoy en los corrinches de Gold Park, mis pasos van de la casa al colegio y del colegio a la casa, usted no me verá en confiancitas con el uno y con el otro. Louis se defendió, amorcito, vamos a cumplir un año y no puede acabar una bonita relación por un bochinche, dígame quién quiere perjudicarnos y yo enfrento esa persona. Louis, yo le digo, pero no va a enfrentar a nadie.

Louis escuchó el nombre de Roger y fijó su mirada en Julieta, lo sospechaba, mi amigo Hernán me dijo que usted era una de sus frustraciones. Julieta confesó la insistencia de Roger, termínele, termínele y el día de su cumpleaños nos vamos para La Loma de la Cruz, no me desprecie, usted sabe que la quiero mucho, yo soy incapaz de hacerle daño como Louis. En la próxima comunicación Julieta tenía definido su afecto por Louis que a las tres de la mañana le había dado una serenata de poemas, dijo a Roger, nuestra amistad no da para más, y colgó el teléfono.

A la relación llegó lo que faltaba, el enemigo oculto, la mamá de Julieta aprovechó la invitación a comer a Louis que prolongó el postre con una caneca de aguardiente que se volvió botella y que lo llevó a las tres de la mañana a declamar sus poemas, para decir con tanta peleadera es mejor que

terminen. Louis se extrañó, señora, nosotros vivimos una relación tranquila. Ella entendió la frase a su amaño, entonces por qué no se casan y se van a vivir juntos. Julieta protestó, mamá por qué me quiere echar de la casa, espere que termine de estudiar, nosotros no hemos despejado los detalles buenos o malos de un matrimonio, yo todavía no estoy quedada para que se afane buscándome marido.

La mamá de Julieta estaba entrada en tragos, con todas las habladurías que hay sobre sus morrongueras, dijo, les debe quedar grande el sacramento divino, a usted hijita querida no cuadra la pureza del vestido blanco, usted Louis debe aclarar la muerte de la niña de siete años que fue víctima de una bala perdida por los lados de la escuela. Julieta sintió la agresión, según la historia de la familia, la abuela tiró a su mamá los trapos a la calle cuando conoció al señor que la embarazó y que sería su papá, un nombre del que tiene pocas noticias porque nada aporta. Julieta dijo quiere repetir el comportamiento de la abuela o qué, yo no soy boba, hasta que no cumpla la mayoría de edad no saldré de la casa que tiene mi nombre en la escritura, usted apenas me parió y cree que tiene el derecho de tratarme mal, el estudio en el colegio de las monjas me lo paga mi abuelo, una tía está atenta a mis necesidades, estos zapatos me los regaló un tío. La señora aseguró que las ofensas no pararían ahí, mandó acostar a Julieta y echó con un portazo al poeta Louis.

III

Un domingo por la mañana estaba el poeta Louis sentado en el café principal de la plaza de Golden Park cuando llegó el papá de Julieta. Ella nunca lo mencionaba, Louis alguna vez escuchó de Hernán, mientras revolvía el azúcar con una cucharita en el tinto, una referencia del tipo alcohólico

que el alcalde Spike había hecho nombrar como gerente de la Cooperativa de Caficultores. El papá de Julieta venía borracho, mentó la madre al poeta Louis y dijo, yo no voy a permitir que a mi hija se la coma un pobre Inspector de Salud, lo voy a matar, ya vuelvo. Hernán que estaba a su lado en el monólogo erudito sobre los cantores del tango y los compadritos dijo, Inspector, ármese, con el revólver que le regaló el maestro de la escuela trabaje la defensa porque ese tipo ya regresa a dar bala, esto es grave. Louis creía que con la ausencia del tipo se acababan los problemas, pero Hernán que conocía a su gente sabía que esas eran las palabras de un enfrentamiento, dijo Inspector, no se puede quedar sentado, el tipo viene y dispara y usted va a quedar como un cobarde, lo peor de un cobarde es un cobarde muerto.

Era día de mercado y la gente se reunió a opinar, unos a favor del tipo, otros a favor de Louis, que sí, que no. Hernán repitió, Inspector, ármese. Louis se fue para la casa donde tenía el revólver colgado en la pared como si fuera un coleccionista. Lo bajó, acomodó la bala, tuvo un instante de ilusión en la vida pero luego pensó, aquí me mataron, si llevaba el revólver llevaba una cruz, si se quedaba sentado lo acribillaban, si huía tarde o temprano le darían caza, estaba muerto desde que los ojos de Julieta lo embrujaron. Hernán seguía en el café, dijo Inspector, cálmese. Cuando el tipo apareció la gente se abrió para despejar el escenario del duelo y el poeta Louis se orinó por goticas, no confiaba que el revólver lo sacaría del lío. La gitana otorgó a su existencia una bala perdida, nada más.

La distancia estaba precisa para que las balas iniciaran su recorrido. Traído por los dioses de la lira llegó don Carlos. Venía de negociar un lote de ganado en la finca, oyó el bororó con los signos delirantes de una época que confundía la violencia con el espectáculo gratuito. Se bajó rápido del

jeep Whillys, preguntó qué pasa y cuando dijeron que el borrachín gerente de la Cooperativa de Caficultores iba a matar al Inspector Louis se enojó. Qué es lo que pretende hacer, gritó al tipo, usted no me puede tocar al poeta. Louis se salvó por un pelo, ni una vez en un millón ese revólver estaba destinado a dar en el blanco, además pensaba si llego a matar al suegro que no me han presentado cómo quedo con Julieta, no me pasa por la cabeza perderla, las tengo todas en mi contra.

-La única arma desde la que un poeta dispara es su lápiz, su máquina de escribir, su computador.

Su amigo John sirvió otro whisky, dijo apreciado Louis menos mal que no volvió a empuñar armas hechizas para defenderse del mundo y sus tropeles. Louis sabía que en la historia de la literatura estaban los retratos de algunos poetas jodidos pero él no pertenecía a esa categoría, alguien de la picaresca española mató defendiendo el honor de una dama, la mayoría de los hombres de letras que pasaron por el ritual del duelo cayeron al cementerio. Desde que el poeta Louis ensayó el revólver en la escuela de Golden Park siente culpa por la noticia de una niña que cayó víctima del azar, no puede con el remordimiento. Sabe que el único disparo en su vida sigue su camino y que no hay nada más peligroso para acabar con la humanidad como una bala perdida.

Alberto Esquivel

Cali, 1958. Doctor en Gerencia y Política Educativa, de la Universidad de Baja California, México. Magister en Literatura Colombiana y Latinoamericana, de la Universidad del Valle, Colombia. Entre sus obras se destacan: *Acelere* (Premio Plaza & Janés), *Amor en Guerra* (Premio Jorge Isaacs), *Ramírez Investiga* (Finalista Premio Herralde), *Muchacha Violenta* (Premio Autores Vallecaucanos), *Itinerario*, *El marranito del tesoro*, *Encierro*, *Gradas abajo*, *Desaparecidos*.

Feliz navidad

Fabio Martínez



(Cuento tomado del libro inédito
La sinfonía de los gatos).

Si Pepita tiene el don de la clarividencia yo, Lupita González, tengo la virtud de tener un oído fino y absoluto. Dios me ha dado la capacidad de escuchar los sonidos del mundo, incluyendo aquellos más lejanos, como el sonido que hace una tempestad, un tornado o un tsunami, cuando se avecinan, y que en muchas ocasiones, son imperceptibles al oído del ser humano.

Esta virtud me ha llevado a convertirme en la música de la manada. Soy una especie de Clara Schumann mezclada con Celia Cruz, la guarachera de Cuba.

A veces, debo confesarlo, esta sana virtud se me ha convertido en una adversidad, pues así como detecto todos los sonidos del universo, así mismo, se filtran por mi campana auricular todos los ruidos del mundo.

El mundo ya no es la armonía musical que soñaron nuestros antepasados. Esta bola terrestre se ha convertido en un solo estruendo de bombas, misiles y mentiras, que no dejan dormir en paz.

Mi vida en el condominio comienza cuando sentada en la pilastra del balcón, aspiro los sonidos de los pájaros al amanecer. Ahí me deleito con el gorjeo de los bichafué, las torcazas y los peyares que bajan de los Farallones azules y revolotean en mi jardín. En algunas ocasiones vi un gavilán cuando alcancé a escuchar el sonido de sus alas aterrizando en la copa del caracolí. Y me dio miedo, pues en el Valle existe la creencia de que los gavilanes se llevan a los niños y a los gatos enredados entre sus garras.

Con el sonido de los pájaros me doy el gusto de componer pequeñas melodías para mi espíritu que luego reproduzco en un teclado viejo que hay en la casa para deleite de mi familia.

Soy la que despierto a los gatos cuando hago tañer las campanas de Toledo que madame Emily ha colocado al lado de la puerta.

A los gatos les encanta el ocio. No he conocido ninguna especie tan ociosa y buena vida que un gato. Por esto, los hombres que viven como esclavos, nos envidian; ya quisieran ser como nosotros: especie de holgazanes maravillosos que no estamos prisioneros del tiempo ni del espacio, mi mucho menos de un celular, un televisor o una máquina electrónica.

Con la manada he tratado de hacer un coro polifónico que cante boleros, currulaos, guarachas y guaguancós. Pero esto ha sido prácticamente inútil. Los gatos nunca hacen lo que otros quieren. Ellos solo hacen lo que ellos desean.

Sin embargo, y gracias a la ayuda de Princesa, la jefe de la manada, hemos logrado crear un coro polifónico, que ya envidiarían los humanos.

Los que están más felices con el coro, son mis padres El tigre y madame Emily. El primero, porque desde joven quiso ser músico pero fracasó en el intento. Madame Emily, porque siempre se está sorprendiendo de nuestras habilidades, que no son pocas.

Los meses del año son como las mareas. Hay mareas bajas y mareas altas. Los meses de marea baja son enero, febrero y marzo. Abril, mayo y junio suelen tener mareas medianas. Julio agosto, septiembre hasta diciembre son meses de mareas altas.

En aquellos meses de mareas bajas yo suelo deprimirme. Mi espíritu se llena de alborozo cuando vienen los meses de mareas altas. El pico prominente de mi estado de ánimo es diciembre. Ojalá para mí todos los meses del año fueran diciembre. Es el mes de las luces, los abrazos y la música. Es el fin del año. Por esto, la gente olvida sus penas y se vuelca a las calles, y se reúne con los amigos, y come, bebe, canta y baila.

A mis padres también les encanta este mes, y se preparan con ahínco para celebrar y dejar a un lado los sinsabores de la vida.

Madame Emily nos hace un árbol de navidad y un pesebre, y coloca a un lado, los regalos que abriremos el 24 de diciembre. Compra en una tienda de la ciudad, los mejores salmones y golosinas para gatos. Nos lleva a la peluquería, y nos hace acicalar para que luzcamos bellos y rozagantes hasta el fin de año.

El 24 de diciembre en la noche nos invita a que nos sentemos alrededor del árbol de navidad. Allí yo me luzco interpretando con mi coro felino las más bellas canciones de navidad.

A media noche, abrimos los regalos que están debidamente marcados, y seguimos comiendo, bebiendo, cantando y bailando hasta el amanecer.

El 25 de diciembre nos ponemos los mejores trajes, y sujetados con los respectivos arneses de terciopelo, salimos rumbo al salsódromo en compañía de nuestros padres.

Como nuestros padres conocen de nuestro oído musical y nuestras habilidades en el arte de mover el esqueleto, nos han inscrito como escuela en el desfile musical más importante de la ciudad.

Ni para qué decir pero somos la sensación en aquella pista de baile sobre el asfalto caliente. Al frente, yo porto una pancarta, que dice:

Escuela de gatos salseros

Atrás, va la manada ejecutando los pasos más enrevesados, que ya envidiarían Michael Jackson y El mulato, juntos.

Cuando desde la gradería, la gente nos ovaciona, nosotros maullamos de alegría, y lanzamos rosas rojas de nochebuena:

¡Feliz navidad!

Fabio Martínez

Cali. Autor de más de quince libros, entre los que se destacan: *La búsqueda del paraíso. Biografía de Jorge Isaacs* (Planeta), *Balboa, el polizón del Pacífico* (Norma), *Un habitante del séptimo cielo* (Urika), *Los viajes de la música: música y poesía Afroamericana* (Mirada Malva), *Marea de Sombras* (Pigmalión), *Los farallones azules* (Pigmalión) y *La buhardilla iluminada* (Pigmalión). Es autor de varias antologías: *Cuentos sin cuenta. Relatos de escritores de la generación nacida en los años 50* (Univalle), *Carlos Arturo Truque: valoración crítica* (Univalle), *Caligrafías* (Univalle) y *La marea literaria del Pacífico* (Univalle). Primer Premio Latinoamericano de Ensayo 'René Uribe Ferrer', 1999. Primer Premio Jorge Isaacs, 1999 y Primer Premio Internacional 'Rubén Darío', 2019. En la actualidad, es profesor titular de la Universidad del Valle, miembro de la Fundación de Escritores del Pacífico -Fuespacol-, y columnista del diario *El Tiempo*.

Guayacán

Orlando López Valencia



Plantó el árbol en el patio sobre las cenizas de su esposo y lo cuidó con esmero hasta que se hizo grande y fuerte. Todas las tardes al llegar del trabajo abría la ventana de su cuarto y lo contemplaba como si cada rama fuera una extensión del ser amado.

Años más tarde, cuando decidió rehacer su vida, se casó con un empleado bancario que había esperado con paciencia el final de su duelo. Fue una boda discreta. Abel se mudó a la casa de la viuda y en poco tiempo, con prudencia y finas maneras, reacomodó el mobiliario, cambió el color de las paredes y reemplazó las fotos de su antecesor por réplicas de paisajes mediterráneos.

–Creo que tendremos que cortar el árbol del patio –dijo Abel con tono de preocupación–, sus raíces podrían tumbar la casa.

–No te preocupes, es un árbol joven.

Abel no insistió. Sin embargo, cuando el guayacán floreció volvió a sugerir el corte.

–Son muy lindas las flores, pero ¿no te parece que produce mucha basura en esta época?

–Tienes razón pero no me importa, me encanta ver este tendido de flores amarillas.

–A mí también me gustan pero creo que podríamos sembrar otro árbol en el antejardín y construir un estudio aquí en el patio.

–¿No crees que hay espacio suficiente para los dos?

–Sí, lo siento, olvidaba que es tu casa.

–No me malinterpretes, esta casa también es tuya.

Durante la semana la viuda contempló la posibilidad de darle gusto a Abel, después de todo era un buen marido.

–Hagamos el estudio –dijo al final de sus cavilaciones.

El sábado, Abel tomó un machete y con dificultad derribó el árbol. Al final sólo quedó un muñón sobre la tierra húmeda. El patio se veía inmenso sin el ramaje que antes lo ocupaba.

Cuando los albañiles iniciaron la obra cortaron los restos del tronco, nivelaron la superficie y echaron una capa de grava. Cuarenta días después un enorme cuarto levantado con ladrillo limpio se erguía sobre las cenizas del difunto. Abel instaló una pequeña biblioteca, unos muebles rojos y un computador. La viuda colocó unas cortinas transparentes y una maceta con geranios. Estaban tan felices con su nuevo refugio que algunas noches se quedaron a dormir sobre un lecho improvisado.

Un día, cuando la viuda regresó del trabajo, vio un resplandor a través de la ventana del estudio. Avanzó de prisa, giró el pomo de la puerta y se encontró con una lluvia de flores amarillas que caía lentamente. Parada frente al súbito jardín, lloró.

Desde aquella tarde la culpa la sumió en una profunda depresión. Abel, que ignoraba la historia del árbol, no entendía qué le ocurría a su esposa. Preocupado no escatimó

esfuerzos para su recuperación. Sin embargo, la viuda no sanó. Antes de morir le dijo:

–Deseo que me cremen y con mis cenizas siembra un guayacán en el patio donde antes hubo uno.

–No te preocupes, amor, así se hará.

Abel derrumbó el estudio, sembró el árbol y vendió la casa.

Los nuevos propietarios pavimentaron de nuevo el patio y construyeron una alberca. Todavía se preguntan por qué se vuelve amarga el agua que se vierte en ella.

Orlando López Valencia

Cali, 1956. Escritor, poeta, pintor y músico. Cursó estudios de Artes Plásticas en el Instituto Popular de Cultura. Entre sus obras publicadas se encuentran los poemarios: *Yurupary*, (1979), *Párrafos de piel* (1989), *Amigamor* (1992), *La pared del frente* (1996), *La vestidura del aire* (1998), *Del mal amor* (1999) y *Gracias al mal tiempo* (2000); así como los libros de cuentos: *Cuentos al óleo* (2005), *Gramática del engaño* (2009) y *El abismo es casa* (2012). Además, ha producido los álbumes musicales: *Escala de sol para tu nombre* (2006) y *Sin plata pa'l café* (2016). Es fundador de la banda Barrio Blues. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Jorge Gaitán Durán (2005) y el Premio Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia (2010).

Hacia la reconstrucción real de un hecho acaecido en el paraíso (hipótesis al fin comprobada)

Humberto Jarrín



Dios hizo a Adán y luego lo sumió en un profundo sueño, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas e hizo una mujer, Eva, la dejó a su costado (y quizá de esta ubicación se desprende el equívoco que más adelante haremos notar), completamente desnuda, y se retiró dejándolos en la intimidad. Esta es, *grosso modo*, la versión que ha llegado hasta nosotros de uno de los primeros acontecimientos humanos. Y en términos generales es correcta, de no ser por un elemento, el principal, y el que le hace dar un giro de ciento ochenta grados a la verdad. Y es que Eva no fue creada de una costilla, no, sino de uno de los dientes de Adán. De uno de sus incisivos, para pecar de exactos.

¿Pero de dónde sacamos esta filosa certeza que en principio podría parecer atrevida cuando no petulante?

Hace poco tiempo el mundo científico fue convulsionado por un hallazgo sin precedentes en la historia. El experto y reconocido paleontólogo y antropólogo Karl Cuvier

Exhumaller, descendiente directo de George Cuvier, autor del libro “Investigaciones sobre huesos fósiles”, 1812, famoso por sus excavaciones en todo el planeta (“Don Topo”, le decimos sus colegas, por la cantidad de huecos que deja por donde pasa; de paso, debo reclamar para mí la autoría de este divertido remoquete), halló lo que a la postre se ha considerado como los restos humanos más antiguos, pero mucho más antiguos que los antiguos. La diferencia temporal que hay entre éstos y los que hasta entonces se databan en los archivos como los más viejos, es abrumadoramente distante; un abismo de edades y edades separan unos de otros de modo que no queda duda alguna de que se trata del primer hombre, el primer padre, el mismísimo Adán en carne y hueso, es un decir, claro, porque de él no tenemos ninguna otra cosa más que huesos.

Y son éstos precisamente los que han arrojado luz sobre el equívoco de la costilla. Al realizar un cualitativo y cuantitativo estudio del esqueleto se ha comprobado que tanto los siete pares de costillas verdaderas, como los tres pares de costillas falsas y los dos pares de costillas flotantes están, sorprendentemente, completitas y en su lugar. Y por el contrario, es visible a todas luces, la falta de uno de sus dientes, lo que le da, por demás, al conjunto del cráneo, una pícara sonrisa. La falta de esta pieza deja ver, cosa paradójica, verdades ocultas por mucho tiempo. ¡Es sorprendente!

Pero en este punto permítasenos un breve paréntesis para traer a colación una teoría curiosa y que ha sido posible forjarla sólo porque ha prevalecido la errónea creencia de que fue de una costilla que surgió el femenino género. La teoría ha sido desarrollada y sostenida por un político e intelectual (parece que también poeta bufo) rumano. Según esta hipótesis, Adán, en un largo momento de soledad en que Eva estaba ausente (quizá, conjeturamos, andaba por ahí

persiguiendo moscas; Eva que era muy tierna y romántica debió tomarlas en principio por mariposas), Adán, decíamos, solitario, se tocó una costilla, entonces concibió la infiel idea de sacar otra mujer; tanto le quedó gustando este íntimo y adúltero placer que no dudó en repetir a escondidas de Dios y de sus anteriores mujeres, el lúbrico ejercicio de sacar de los sucesivos sables de hueso, un buen número de mujeres que lo hicieron muy feliz... ¡Ah, los poetas, como siempre!, alterando aquello que es un asunto de suma seriedad científica.

Es una lástima –lamentémonos un poco–, de que esto no haya sido así, ya que debemos admitir que explicaría a la perfección porqué hay, según de la costilla de que procedieran, mujeres verdaderas, mujeres falsas y, ¡ay!, mujeres de esas, flotantes... Y de otro lado, salvaría un escollo moral que ha avergonzado a la humanidad desde siempre: el ineludible incesto a que habría recurrido la familia edénica (que se vio complementada con la presencia de Abel, quien nació junto a la pira del fogón, y de Caín, nacido de súbito en el corral de los asnos) de haber habido tan sólo una mujer. Ah, pero si Adán tenía varias amantes...

Sin embargo, sin embargo, esta teoría no ha considerado un problema al que se llega por simple lógica. Si aceptamos que a la primera costilla le sucedió la otra y la otra y la otra y otra más hasta agotar las existencias (e incluso: ¿quién nos garantiza que Adán –que en esto todos los hombres nunca se satisfacen–, no echara mano de los anillos vertebrales, aunque las mujeres le salieran gorditas, bajitas, nada esbeltas?), entonces, se deduce con facilidad, el hombre habría atrofiado sin remedio el esqueleto todo, y evolutivamente habría degenerado en reptil, o gusano, en cualquier caso en un invertebrado que estaría hoy arrastrándose en tierra, pagando en el polvo el pecado de su promiscuidad, el infortunio de sus excesos.

Ahora bien, posiblemente este equívoco que nadie sabe cuándo se instaló, permaneciendo hasta la actualidad, se deba al hecho de que Eva haya aparecido a un costado de Adán. Es de suponer que una mala traducción de los primeros escritos en que se consignaron estos inaugurales eventos humanos haya dado origen a la sustitución errada. No se puede descartar que alguno de los escribanos (fatigado, aburrido, una posible broma lingüística que se olvidó de borrar o simple ignorancia), la frase “*en uno de los costados de Adán apareció Eva*”, la hubiese traducido como “*de una de las costillas de Adán apareció Eva*”, y las sucesivas copias y traducciones no hicieron más que conservar el yerro. Y como bien lo anota el profesor Valarezo en su ya citada obra: “*Las deficiencias hermenéuticas o de transcripción son también culpables de introducir variantes de las que el hecho original a menudo no se puede reponer*”. Afortunadamente el feliz hallazgo del esqueleto de Adán con todas sus costillas completas y sin uno de sus incisivos, nos permite, además de reivindicar el órgano que dio origen a la compañera del varón, reconstruir la historia real desde sus comienzos. Hela aquí:

Creó Dios los cielos y la tierra, etc., etc., etc. Entonces Dios formó al hombre y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el primer ser viviente, etc., etc., etc. Y en la tierra que habría de habitar le hizo germinar todo árbol delicioso a la vista, y en medio del huerto, el más apetitoso, que llamó árbol del bien y del mal, etc., etc., etc. Y dijo Dios: no es bueno que el hombre esté solo. Así que lo sumió en un profundo sueño, y en el momento en que Adán roncaba con la boca abierta, ¡sácate!, como un experto odontólogo, le arrancó uno de los incisivos superiores, e hizo con él una hermosa mujer que desnuda puso a su costado.

Cuando Adán se despertó saboreándose aún aquel edénico y sensual sueño lo primero que percibió con la punta de la lengua fue el hueco de su diente perdido. Enseguida notó la cercanía de una desconocida presencia, y aquella desnuda, fabulosa visión –tal como la había visto en sus fantasías–, tan cálida, tan voluptuosa y perturbadora, lo hizo estremecer de las carnes a los huesos. Quiso exclamar “¡oh!” o acaso “¡ah!”, pero la sensación de incompletéz (si esta palabra existe, y si no, ya existe, que para eso, según Huidobro, el poeta es un pequeño Dios) en la boca no le permitió manifestar su complacido asombro. Y aunque no sabía cómo se vería sin un diente pensó que se vería ridículo, y no quiso apostar por la primera imagen que tan bella criatura se hiciera de él, fuera esa con la de una ahuecada dentadura (la vanidad, como se ve, es invención del macho). Por eso salió corriendo hasta las claras y espejeantes aguas de uno de los cuatro brazos del río del Edén, donde se vio angustiado, apenado. Ni las aguas que cantaban en las piedras recién hechas lograron sacarlo de su desazón.

Eva, claro, sin alcanzar a comprender en absoluto la actitud del hombre a quien debía acompañar, quedó boquiabierta, y a la extrañeza y frustración se añadió el ácido de la duda; la sospecha de que acaso el Creador se hubiera equivocado con él respecto de sus apetencias sexuales y le hubiera dado un raro, *rarísimo* compañero. Y Eva, que aún no necesitaba de la introversión, pensaba todo esto en voz alta.

–No –le dijo la Serpiente, que entonces no era un serpiente en el sentido morfológico actual de la palabra sino que semejaba un saurópodo¹.

¹ La descripción que de un saurópodo hace I. Asimov quizá nos remita, aunque en una escala mayor, a la forma inicial de que debió gozar la serpiente antes de ser merecedora de la maldición: “Eran de conformación superelefantina, con largos cuellos por un lado y largas colas por el otro. Parecían en verdad colosales serpientes que se hubieran tragado sendos elefantes gigantes”, 1970.

–¿No? –preguntó, incrédula, Eva–. ¿Y entonces?

–Algo debe ocurrirle; yo te lo averiguaré –se ofreció la Serpiente.

Mientras tanto Adán, que ya sabía cómo se veía sin un diente, no se atrevió a acercarse más a la mujer, y todo cuanto le tocó hablar con ella debió decírselo desde lejos, de espaldas o con las manos en la boca mal fingiendo un altavoz. Desesperado por esta enojosa situación, con el deseo quemándole la carne, disfrutando apenas con la mirada en la desesperante distancia el cuerpo sin estrenar de Eva, y con las ganas hirviéndole la sangre, fue donde Dios a que le explicara el insuceso. El Gran Demiurgo suspendió por un instante su merecido descanso y se desató en una serie de razones fisiológicas, estructurales, técnicas, estéticas, químicas, físicas y hasta metafísicas que tuvieron todo el tiempo a Adán con la boca abierta pero que en nada solucionaron su problema. Seguía acomplejado e incompleto y así no quería presentarse frente a su amada.

Entonces Dios, que no entra a hacer reparaciones sobre obras ya hechas (¡¿os imagináis este abierto reconocimiento de imperfección?!), y sobre todo porque ya se había acostumbrado a hacer las cosas de a dos –sin contar que en la eterna soledad que había vivido había descubierto que el único uno, sin par, era él; razón ontológica que se reservó–, y una le prometió compensarlo con largueza con un par de pares de muelas cordales o del juicio, que en poco tiempo le saldrían. Con un dios no se discute, así que Adán a regañadientes tuvo que aceptar.

¿Y Eva? Ay, la pobre Eva seguía intrigada y sin saber qué diablos era lo que la separaba de Adán. ¿Será acaso que no soy bella? ¿Será acaso que no soy sensual? Eva, que todavía no necesitaba de la introversión, se quejaba de todo esto en voz alta.

–No –le dijo la saurópoda Serpiente–. Ya sé por qué Adán no se deja ver de ti. Es mueco, le falta un diente.

Eva se llevó las manos a la boca intentando sostener la risa que la inesperada noticia había hecho estallar en sus labios. Gustosa habría explotado –no era para menos– en sonoras carcajadas de no ser porque a lo mejor Adán pudiera verla, como de hecho lo hacía tantas veces pues en muchas ocasiones lo había sorprendido vigilándola, espiándola, echándole el ojo desde los árboles o entre los arbustos, y podría tomarlo como una burla y ahí sí menos que nunca querría acercársele.

–No te creo –dijo Eva, entre las muecas por controlar la risa.

–Hay un modo de comprobarlo. Y de paso podría ser la solución a todos vuestros problemas.

–¿Sí? ¿Cuál? –preguntó Eva, ansiosa.

–Seducirlo.

–¿Y cómo? –preguntó la aún inexperta mujer en estas lides.

Entonces la Serpiente, en agradecimiento a Dios por haberla creado y haberla hecho con tan auténtica figura, con esas patas que eran la admiración de todos, quiso sacar de aprietos a la pareja, y al mismísimo Dios, aunque pareciera soberbia, pues intuía que de no haber un acercamiento –y un acercamiento estrecho, hasta la compenetración misma– entre Adán y Eva, el mayor proyecto divino, su máxima creación, podría fracasar. En ello la serpiente exponía su propia integridad, pero cuando uno es agradecido sabe corresponder con igual desprendimiento, sin calcular los riesgos.

–Vete al centro del huerto y allí, del árbol que es delicioso a la vista y al gusto también, toma el fruto más precioso, mójate los labios en su jugo, perfúmate en sus flores, y abre tu cuerpo a la mirada de tu hombre y prometiéndole saciar la sed y el hambre que también él sufre, ofrécele del fruto.

No se diga más, Eva hizo todo lo que se le dijo y cierto, Adán no pudo resistirse al llamado de un cuerpo que baila provocativo, al influjo de unos brazos que atrapan tiernos a distancia, al rítmico temblor de unos senos en flor, a la dulce magia de una boca deliciosa, al embrujo de un carnoso fruto que se desjuga con solo verlo... Y olvidándose por un momento de sus temores y complejos, se acercó como hipnotizado a Eva que le dio a comer del fruto. Y al instante de morderlo Eva vio que efectivamente a Adán le faltaba un diente. De nuevo quiso sostener la risa, pero esta vez con la imagen palpable y enfrente de sus ojos, no pudo y estalló en una carcajada tan pura y cristalina, jovial y delicada, cándida y retozona, alegre y desprevenida, suave y graciosa, como antes nunca se había oído en la tierra apenas creada, que también sedujo a Adán. Este, para prolongar la encantadora música que salía como una catarata provocativa de la boca de la mujer y se iba resonando como el murmullo del Éufrates en las piedras, mordió de nuevo la fruta, esta vez tan lentamente como pudo para que el hueco de su diente, ese diente de donde ella había salido, contrastara con la frutosa carne herida en dulces jugos, coqueto, juguetón, con la complicidad de quien secunda un acto festivo...

Rota la barrera que levantaba un hueco, reconciliados con la vida y reconociéndose como complementos, Eva le acercó su cálida piel, toda su humanidad, y Adán le ofreció su sonrisa, una sonrisa sin restricciones, con la puerta de uno de sus dientes abierta de par en par. Y se entregaron sin demora, felices, a las delicias paradisiacas del amor...

Pero mientras Adán y Eva conocen lo que es el Paraíso en la intimidad, nos tomaremos otro paréntesis para anotar dos o tres cuestiones que contribuyen a corroborar la certeza de nuestra hipótesis al fin comprobada (mantenerla, ay, nos ha

costado largos años de incomprensiones y no pocas sonrisas incrédulas y burlonas; gajes del oficio, de la dedicación de toda una vida a la verdad y a la ciencia).

Que el órgano generativo de la mujer haya sido un diente explica de un modo satisfactorio la presencia en la actividad psíquica –y por más que se la pretenda reprimir suele recuperarse a través de la enunciación verbal– de la asociación reiterada, mordaz y socarrona entre el acto sexual, de reproducción, y el acto de comer; lo mismo que el mito, aunque aterrador, de atribuirle una feroz dentadura al órgano sexual femenino. Al igual, aclararía esa manía de los hombres de tener a toda hora en la boca a la mujer; y que ésta sea tan *incisiva* en muchas cosas. Finalmente daría por sentado que eso de la segunda dentición en el humano antes de que llegue la pubertad –es decir antes de que llegue a interesarse de verdad un sexo por el otro–, no sólo fue un reparo disimulado y a última hora de Dios sobre los descendientes de Adán, sino que además fue instituida como una celebración fisiológica-simbólica en la que se renovara, generación tras generación, el origen de la pareja. Tampoco dejemos de considerar el asunto estéticamente: un diente es mucho más bello que una larguirucha costilla, de ahí la belleza incomparable de las descendientes de Eva.

Satisfechos, reivindicados con ellos mismos, aceptándose como iguales –aunque Eva tuviera un diente de más– y sin el bendito problema que casi puso en peligro la futura existencia de la humanidad gracias al oportuno celestinaje de la Serpiente (¡tan bella ella!), la pareja regresó de su luna de miel. Para Adán únicamente ahora la vida tiene sentido, y comprende muchas cosas. Es más, esa cavidad dental que al principio fue su martirio y en la que suele acunar la punta de la lengua en sus ratos de ocio –que son muchos–, le confieren

una actitud reflexiva, especulativa, y ayudado ahora por las muelas del juicio (que efectivamente Dios le dio), alcanza límites de abstracción vedados antes para su pensamiento. Entonces la imaginación, la observación, el constante rumiar de ideas en la oquedad de su diente, lo vuelven... ágil, malicioso, proclive a la sospecha, y anticipándose a cualquier Descartes, empieza a acuñar metódicamente la duda...

¿Dudar? ¿Poner en tela de juicio algunas cosas? ¡Han comido del fruto prohibido! Aberraciones semejantes no están en los planes de un Dios que espera fidelidad de sus criaturas, así que reuniéndolos les exige, severo, una explicación, y al culpable de estos excesos. Sobrecogido de terror Adán culpa a Eva, Eva culpa a la Serpiente, y la Serpiente en su callada lealtad no puede culpar a nadie. Sin embargo Dios, implacable, castiga a todo el mundo: a la culebra la despoja de sus maravillosas patas, y arroja con fuego a la pareja de amantes de su Paraíso, condenándolos a ganarse el pan con el sudor de la frente.

Pero Adán que ha visto germinar la primera semilla del Árbol de la Ciencia en su cabeza y que ha saboreado las mieles de la pasión y la felicidad con su mujer, acepta el reto de trabajar en el campo de sol a sol; el sudor le baja de la frente como un río que brilla y abre cauces en sus mejillas, se empoza en la comisura de sus labios, le sabe a tierra recién abierta, a tierra húmeda, a hierba masticada, y el calor de su aliento fatigado lo convierte en un salado vapor que gravita en la oquedad de su diente perdido, el mismo que se ilumina en la más alegre y completa sonrisa cuando ve a su amada venir.

Humberto Jarrín B

Cali. Es una de las voces más representativas de la literatura regional, con cerca de 25 libros publicados en todos los géneros: cuento, poesía, teatro, ensayo, literatura infantil y novela. Ha sido ganador de múltiples concursos literarios nacionales e internacionales. Estudió Física e Ingeniería Eléctrica, Tecnología Electrónica, Filosofía y Letras. Magíster en Literaturas Latinoamericana y Colombiana de la Universidad del Valle. Actualmente se desempeña como profesor e investigador del Departamento de Lenguaje de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Autónoma de Occidente de Cali.

Dalí Violeta

Alejandro José López



Cuento tomado de *Dalí violeta*, cuentos.
Fundación Literaria Botella y Luna. Cali, 2005

I

Quienes han entrado en su casa coinciden en dos cosas: a todos les horroriza el gato embalsamado que preside la estancia de la sala y ninguno ha logrado superar la tentación de preguntarle qué significa. Seguramente ambos sentimientos son animados por una circunstancia extraña: su color. El viejo Felipe, la mayoría de las veces, inventa una historia para aplacar la curiosidad de sus invitados: les habla del cariño que le tuvo a Dalí –así se llamaba en vida– y, con ello, queda explicada su conservación. Sin embargo, el anfitrión siempre ha guardado silencio sobre la manera en que el felino llegó a tinturarse de violeta. Supondrán que es asunto de su excentricidad, o tal vez de algún aditamento

preservante; pero la verdad es más compleja y está sepultada en un sitio recóndito de su memoria. Peor para él. Con el tiempo, las heridas del cuerpo cicatrizan; las del alma no: se pudren. Y la culpa es una llaga en la conciencia.

Esta mañana, como de costumbre, se encuentra sentado en la mecedora de su balcón. Bebe el café caliente que le ha traído su doméstica mientras contempla las ceibas y chiminangos de enfrente; pero, a diferencia de otros días, hoy ni siquiera el canto de los cucaracheros logra transmitirle alguna paz interior. Baja la cabeza para darse otro sorbo y, como ha sucumbido a los caprichos de su tristeza, decide enfrentar de una vez por todas la historia que nunca se atrevió a contar. En la cumbre de sus años, después de haber escrito tantos libros y ganado lectores innumerables, está de nuevo solo frente a sí mismo. De nada le sirven el reconocimiento ni los abrazos fugaces. La gloria está hecha de juegos pirotécnicos luego de cuya incineración no queda más que el suelo tapizado de cenizas. Así que el viejo Felipe está ahora a merced de sus fantasmas. Y para conjurarlos no tiene otro camino que el de enfrentarse con su pasado.

II

Comenzar por el principio significa remontarse hasta aquella mañana de abril, hace ya cuarenta años. El viejo Felipe conserva en su mente la instancia del desayuno, cuando fueron interrumpidos por alguien que llamaba a la puerta. Él lo recuerda porque notó el nerviosismo de Antonia, su madre, cuando se levantó a abrir –como en esos días llegaban noticias de todas partes acerca de incendios y masacres, para una mujer sin marido hasta el acto elemental de acudir a la puerta constituía riesgo y entrañaba osadía–. Tras correr el aldabón, ella se encontró de pronto frente a

un hombre rubio, harapiento. Desde su lugar en el comedor, Felipe alcanzó a distinguir la silueta del tipo. Incluso hoy, tantos años después, él sigue identificando aquel momento como el inicio de todo. Para Antonia, sin embargo, las cosas habían empezado unas horas antes. Dar cuenta de esto tal vez genere alguna confusión, pero si de lo que se trata es de conocer la verdad no queda más remedio que intentarlo.

Lo primero para ella fueron las serpientes de fuego constriñéndole el cuerpo. La boca se le inundó entonces de un sabor pastoso, como si un líquido espeso –con textura de miel pero gusto vegetal– se le hubiera aposentado justo debajo de la lengua. No obstante, sabía que la detonación de su angustia no provenía de la boca sino de su vientre aprisionado. No podía respirar. Y por más que sus manos lucharon tratando de zafarse, aquel esfuerzo no hizo más que excitar a los reptiles. Antonia desfalleció. No lograba saber cuándo había iniciado todo ni cómo saldría de allí. Fue por eso, por la desesperación, que consideró un último recurso: gritar –pensó que si alguien la escuchaba seguramente acudiría en su auxilio, pero al revisar el entorno sólo halló un retrato de su difunto esposo mirándola con aquel gesto inmovible, eterno; no había caso–. La derrota se volvió agua en su mirada y muy pronto, en cascada, inundó la estancia. Ahora, físicamente, naufragaba en su propio dolor. El pánico se agigantó y los latidos de su corazón retumbaron tan fuerte que lograron despertarla. Antonia abrió, en un mismo instante, sus pulmones y sus ojos.

Encontró la intimidad de su alcoba poblada de sombras, pero experimentó la felicidad de respirar otra vez. Las serpientes habían desaparecido, el sabor pastoso continuaba en su boca y la agitación comenzó a desvanecerse de a poco. Miró sus pies cubiertos con la cobija; al lado, su gato dormitaba hecho un ovillo de pelo blanco y más allá, en el suelo, una

veladora iluminaba su retablo de María Inmaculada. Volvió los ojos hacia el reloj que estaba sobre su nochero y supo que era hora de levantarse. Después vinieron las ocupaciones de rutina. Con los años, la costumbre elimina toda necesidad de pensar y el cuerpo termina obedeciendo a una voluntad maquina que no parece venir de nuestro interior. Fue así como Antonia, apenas sin darse cuenta, se vio ya sentada a la mesa tomando un desayuno tan repetido como insípido. Al frente suyo, Felipe la miraba sin mirarla –tenía su mente ocupada en una de aquellas cuentas de dinero que nunca lograba cuadrar–. Esa fue la escena que la llegada del hombre harapiento interrumpió. Nada del otro mundo.

Luego de que Antonia abriera la puerta, Dalí se dio a sus maullidos impenitentes. Como no confiaba en sus propios ojos, estropeados por las cataratas y la miopía, ella se alegró al escuchar la bullaranga de su gato: estaba convencida de que un instinto felino podía ofrecerle protección.

–¿A la orden?

Antonia miró al intruso con hostilidad, a punto de obedecer el impulso que le indicaba azotar la puerta. Parado en el andén, sin pronunciar palabra, él le sostuvo la mirada. Ella juzgó aquello como una insolencia, así que se dispuso a darle un portazo; pero advirtió, en ese momento, que Felipe estaba parado a su lado, de salida:

–¿Podés darme algo?

–Mi cartera amaneció vacía.

Al escuchar la respuesta, Felipe aventuró una caricia en el rostro de su madre. Lo único que consiguió fue empeorar las cosas porque Antonia sabía perfectamente que la noche anterior él había estado esculcándole; entonces, ella le retiró la mano con brusquedad. El cinismo es como la sonrisa que un verdugo le regala a su víctima en el instante de cumplir la sentencia, de tal manera que sólo puede ser respondido con

rencor. El hombre rubio, por su parte, bajó la mirada tratando de parecer discreto; pero ella lo sorprendió atisbando de reojo y supuso que estaría sacando conclusiones. Felipe se despidió de su madre con un beso en la mejilla y se marchó. Antonia decidió encarar al sujeto harapiento:

—No es lo que parece —y aprovechando la algarabía de Dalí, concluyó—: mi gato quiere que se vaya.

El tipo miró hacia abajo y chasqueó los dedos:

—¿Cómo lo sabe?

Antonia sintió que el sabor pastoso volvía a impregnarle la boca, pero esta vez fue la rabia y no el miedo lo que operó como detonante. Le enfurecía la contradicción. Y eso que aún le faltaba escalar un peldaño más en su enojo, lo cual ocurrió seguidamente cuando el forastero, agachándose, llamó a Dalí y éste acudió. Semejante trance le confirmó lo que se había cansado de repetirle a Felipe: un gato negro infunde más respeto. El hombre acarició a Dalí en el lomo y después, cargándolo, se incorporó:

—Le duele una pata, por eso es que se queja —y con tono amable, agregó—: parece una mota de algodón.

III

El viejo Felipe se queda absorto mirando el revoloteo de los pájaros entre las ramas de un chiminango. Detrás suyo, aplicada a los oficios de la casa, la doméstica sacude un plumero sobre las porcelanas que va tomando de los estantes. Él no se percata del recorrido que la mujer hace por toda la sala —se encuentra demasiado embebido en el alboroto que las aves han armado—. Muy pronto, esa agitación de alas trae a su mente el desconcierto de aquellos días y la ansiedad que lo desbordaba. Antonia le había dicho que el próximo trece de mayo, para el día de la Virgen María, iba a donar todos sus

bienes a la comunidad de religiosas que vivían en el barrio. Sólo dejaría lo necesario para la subsistencia de los dos y, claro, la casa. Felipe conocía perfectamente la obstinación de su madre cuando se hacía algún propósito. Y sabía algo más: las posesiones familiares de mayor valor estaban guardadas en el arca de su papá, la misma que había llenado durante tantos años de trabajo y hasta el día de su muerte.

Desde que Antonia le reveló sus pretensiones, Felipe consideró que hacerse con las pertenencias era un deber suyo y una manera de honrar la memoria del padre –estaba seguro de que él habría desaprobado tajantemente la donación–. Esto significaba, entonces, que para Felipe había empezado a agotarse un plazo angustioso: corría la última semana de abril y aún no conseguía descifrar cómo se abría la caja de seguridad. Durante la noche anterior a la llegada del forastero, él estuvo intentando. Tomó todas las precauciones necesarias y, cuando por fin logró ingresar al cuarto de su madre sin ser visto e instalarse frente al arca, Dalí desató un estrépito repentino de maullidos y ronroneos que lo forzó a huir. Eso fue lo que le cobró ya en la mañana, por debajo de la mesa, con una patada –tenía que aprovechar el breve lapso de tiempo en que Antonia se entretendría, al abrir la puerta; y así lo hizo–. La delación es un globo inflado de resentimiento que nos obliga a soñar con el alfiler del desquite.

Tan pronto como se despidió de su madre, Felipe se dirigió al parque de siempre. Esperaba encontrarse con alguien de la gallada; pero, al parecer, la impaciencia le había trastocado las horas. Decidió sentarse en el espaldar de una banca mientras aguardaba la aparición de cualquiera que pudiera echarle una mano para resolver sus apremios. El sol matutino proyectaba la sombra fresca de los samanes sobre prados y pasajes. De pronto, Felipe observó la silueta de

alguien que caminaba en su dirección, cabizbajo y con ambas manos ocultas en los bolsillos de su chaqueta. Reconoció al muchacho que oficiaba como jíbaro y que había estado atendiendo los requerimientos del grupo últimamente. Enhorabuena.

–Hola, Felipe.

Se dieron la mano e iniciaron un ritual de saludo que constaba de golpes suaves y movimientos sincrónicos.

–¿Tenés algo para mí?

–Depende –le respondió el jíbaro, con recelo.

–Traje lo tuyo.

Felipe esculcó bajo la manga izquierda de su pantalón y sacó un pequeño fajo de billetes que traía aprisionado con su media. El muchacho le recibió y procedió a contar, luego de lo cual se volvió molesto:

–Esto no es ni la mitad de lo que me debés.

–Necesito otra semana.

Cuando el jíbaro se disponía a marcharse, Felipe lo detuvo:

–Dejame aunque sea una de las pequeñas.

El otro sacó de su chaqueta una bolsa menuda que contenía un amasijo de yerba seca y, antes de proseguir su camino, se la pasó:

–Una semana.

IV

La primera impresión se desvaneció pronto. Contribuyó a ello, seguramente, la actitud de Dalí o, tal vez, es así como ocurre siempre: conocemos a alguien y, si nos abandonamos a la empatía, después nos cuesta recordar cómo percibíamos a esa persona antes de tratarla. Afectivamente, nuestra memoria es tan moldeable como la arcilla húmeda. Eso podría explicar lo que sucedió con Antonia y la manera como sus

reservas frente al recién llegado fueron cediendo. Así arribó al punto en que, escondida tras las persianas que cubrían la ventana de su dormitorio, ella contemplaba al nuevo jardinero mientras regaba las glaxinias. Sus ojos recorrieron la escena: cada que el cántaro agujereado se levantaba, los brazos del hombre desplegaban todo su vigor; poco después, bajo los materos colocados sobre bases metálicas, el agua se escurría lentamente; hasta que, sobre un pétalo aterciopelado, una gota rezagada se deslizó. Entonces, apareció Dalí. Había pasado una semana y aún cojeaba de su pata izquierda. El hombre se agachó, lo alzó y rememoró el momento en que por fin aclaró las cosas: no andaba pidiendo limosna sino trabajo.

Aunque le costó aceptarlo, Antonia se convenció de que la razón de tanta alharaca no se debía a un mal presagio de su gato respecto del forastero sino a una lesión: le bastó con ver las raspaduras para darse cuenta de que el golpe había sido feroz. El tipo, sosteniendo a Dalí entre sus manos, preguntó si no había en la casa alguna medicina para intentar una curación. Apesadumbrada, Antonia entró a buscar. Regresó un momento después trayendo en su mano un frasco morado.

—Yo no sé qué es, pero mi esposo lo usaba para curar el ganado.

Se acomodaron en el suelo, al lado de la sala. Desde la pared del fondo, en su marco de cedro tallado, el retrato del difunto marido parecía vigilar la situación. Por su parte, el hombre rubio procedió con el gato sin interrumpir la conversación. Al terminar, tres cosas habían cambiado: Dalí tenía su pata izquierda teñida de violeta, el recién llegado tenía empleo y —como él había explicado que venía de muy lejos— el rancho de paja que quedaba en el jardín trasero de la casa tenía un huésped. No obstante, aún faltaban muchas transformaciones por suceder; incluso, transcurrida la

primera semana, algunas ya habían tenido lugar pero Antonia ni lo sospechaba mientras recorría con la mirada los detalles de su jardín. Como el presente nos asalta en cada instante, somos presas de la contingencia y éste vértigo nos impide saber lo que nos está ocurriendo. Las valoraciones sobre nuestra vida están siempre conjugadas en pasado.

Esa noche, después de haberse pasado el día figoneando al jardinero, Antonia recibió una llamada telefónica. A pesar de la hora tan avanzada, no se sobresaltó. Desde temprano había notado el nerviosismo de Felipe y la experiencia le indicaba que debía prepararse para un episodio indeseable, por eso prefirió pasar en vela mientras aguardaba alguna confirmación. Y ahí estaba: no había más que alzar el auricular.

—¿Aló?

Lo de siempre: que si ella se llamaba así y así.

—Ajá.

A esas alturas ya no daba temor sino rabia: que si conocía a un tal Felipe.

—Sí señor.

Y qué hartera pasarse la vida en esas: que el muchacho estaba en problemas.

—Salgo para allá.

V

Continuando con sus labores de aseo, la sirvienta llega por fin al mueble donde reposa el gato disecado. Pasa con insistencia su plumero por el pelamen violeta, pero todo parece indicar que la tintura es indeleble. En el balcón, al otro lado de las porcelanas y las estanterías repletas de libros, el viejo Felipe retoma su taza de café; pensativo, la pone de nuevo en el platillo que sostiene sobre sus piernas

—a pesar de haber consagrado su vida al arte de los relatos, sabe muy bien que le faltó contar el más importante; y nadie puede, por mucho que lo intente, evadirse definitivamente de sí mismo—. Vuelve los ojos hacia la sala y, al advertir la inútil labor de su doméstica, lo asalta la tentación de pararse. Quisiera decirle que no lo intente más; sin embargo, se obliga a permanecer en su mecedora: ahora que por fin se ha dado a recordar los peores momentos de su vida, no va a permitirse ninguna distracción.

Habían regresado a casa ya en la madrugada. Antonia no pronunció palabra durante todo el camino —se encontraba aturdida por una mezcla de furia y desengaño que terminó confinándola al silencio—. Aunque Felipe tampoco dijo nada, bastaba con reparar en su cara para comprender que las razones eran diferentes: su ojo derecho se hallaba desfigurado a causa de un hematoma leve y su labio superior aún manaba sangre de una abertura lateral. En otros tiempos, Antonia habría buscado aliviarle de alguna manera el dolor y se habría esmerado procurándole una rápida sanación; pero, a esta parte, ni siquiera se interesó en conocer los pormenores del incidente. Con todo, Felipe no se lamentó. La actitud de su madre lo eximía de molestias adicionales —no tendría que mencionar el jíbaro ni la deuda, no se obligaba a reconocer su ansiedad ni su incumplimiento, no era preciso detallar los golpes ni la derrota; tampoco se vería obligado a mentir—. El silencio puede llegar a ser una bendición cuando el infierno te anda cerca.

A pesar de que el cansancio la tenía hecha trizas, para Antonia la jornada no estaba aún por terminar. Ingresó a la sala y se arrellanó en un sofá. Felipe hizo lo propio a la espera de que empezaran los reproches, pero un mutismo categórico seguía apoderado de su madre. A punto de desfallecer, Antonia se limitó a taparse los párpados con

ambas manos. Recordó lo que acababa de pasar en la Estación de Policía: había tenido que resistir la mirada lasciva de los suboficiales más veteranos y admitir su amabilidad excesiva para no complicar más las cosas. Verificó de nuevo qué tan difícil era sobrellevar los rigores de una viudez decente y el ánimo se le impregnó de un abatimiento plomizo. Abrió los ojos y se topó con aquella visión repetida que después de tantos años seguía presidiendo la pared del fondo. Acercó una silla y descolgó el retrato de su esposo. Felipe quiso protestar; no obstante, sabía que su autoridad moral se hallaba desvanecida, así que simplemente se puso de pie y se retiró a su habitación.

Apenas se deshizo del cuadro, Antonia corrió a su pieza. Iluminó el pequeño altar con el cual, al lado de su cama, hacía ofrenda a María Inmaculada. Sintió pavor de que las serpientes de fuego regresaran a constreñirla; entonces, con lágrimas en los ojos, se dio a la devoción:

—Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho de pensamiento...

Antonia extendió las oraciones hasta donde su fatiga se lo permitió; pero, tan pronto como su mirada se apagó, una turbulencia mayor que la ocasionada por los reptiles se apoderó de su cuerpo.

VI

Al entrar el alba, Felipe quiso aprovechar el agotamiento que desplomó a su madre. Era un momento propicio para descifrar la clave del arca porque no había riesgo de que Antonia se despertara fácilmente y, por otra parte, aquella primera luz favorecía la manipulación de la chapa. Sin embargo, ingresó al cuarto con toda la cautela del caso y se puso frente a la caja de seguridad. Cuando se hallaba

concentrado en lo suyo, Dalí prorrumpió con el estruendo de su quejumbreira. Felipe estuvo a punto de caer fulminado por el susto, pero reaccionó al instante y se entregó con toda ferocidad a la cacería del bicho. Antonia, entretanto, se batía a muerte con sus propios enemigos en la profundidad del sueño; por eso no escuchó los destrozos que su hijo y su animal iban haciendo en la alcoba. Enceguecido por la ira, Felipe saltaba de un lado a otro sin cuidarse ya del ruido que pudiera causar; hasta que, pese a haber desplegado toda su habilidad, Dalí no pudo evitar las garras de su perseguidor. Finalmente, con ímpetu criminal, Felipe se lo llevó al jardín.

Amarrado y amordazado, el gato recibía una paliza ejemplar cuando apareció Antonia. No obstante, el verdugo no tuvo que entrar en explicaciones porque advirtió de inmediato el caminar sonámbulo de su madre. Sólo ella, sudorosa, escuchaba la música nupcial y feliz que la conducía hacia el rancho del jardín –había logrado vencer a sus adversarios oníricos y ahora se disponía a recibir la recompensa–. Al ver el gesto dichoso de Antonia, como iluminado por un rayo, Felipe comprendió entonces que tenía un nuevo contendiente. Dejó en paz a Dalí y, evitando que ella cometiera una imprudencia, tomó su mano suavemente para conducirla de regreso a la habitación. Ya el sol había salido plenamente y pronto el forastero llegó para ocuparse de sus menesteres. Divisó en la mitad del jardín un bulto pequeño, rojo y blanco. Se acercó y descubrió que era Dalí moribundo, bañado en sangre. El hombre rubio se agachó, recogió el gato y lo llevó furtivamente a su morada. Quien ha sufrido vejámenes comprende por qué la compasión es el modo más entrañable de celebrar la vida.

La doméstica no se resigna a considerar que esa mancha sea imborrable y decide ir al lavadero en busca de alguna solución; en efecto, regresa trayendo un trapo humedecido

con detergente. Se entrega a su labor de limpieza con vehemencia, estregando el pelaje felino con todas sus fuerzas. Todavía en el balcón, y pese a que las aves matutinas se han marchado, el viejo Felipe continúa abstraído en los árboles de enfrente. En verdad los está mirando sin mirarlos porque tiene sus ojos empozados de culpa y apenas logra distinguir las cosas que tiene ante sí. Podría cavilar sobre otra cuestión para disolver la bruma que se ha apoderado de su alma, pero eso no haría sentido –al cabo de tantos años, se le ha incrustado en el vientre la sospecha de que no es el dolor confrontado sino el que se aplaza lo que verdaderamente corroe a un hombre–. Soba sus párpados con ambas muñecas y seca luego su rostro. Se deja llevar por los recuerdos y así regresa a la segunda semana de aquel mayo fatídico.

VII

Las jornadas que antecedieron al día doce, pese a que estuvieron signadas por emociones intensas, fueron rutinarias. Antonia se pasaba las mañanas curioseando al jardinero, detallando desde la ventana los movimientos reposados pero firmes de su faena; las tardes se le iban buscando inútilmente a Dalí por toda la casa. El forastero se ocupaba, unas veces, cuidando las gloxinias del jardín; otras, secretamente, la convalecencia del gato. Felipe transitaba por el barrio tratando de encontrar quien le compartiera un poco de yerba; en las noches cumplía religiosamente su fallido oficio de cerrajero. Pero en la tarde del día doce, justo cuando sólo le quedaba una oportunidad para lograr su cometido, Felipe se topó con algo que cambiaría para siempre el rumbo de su vida. Iba a salir de casa, pero se detuvo a observar lo que ocurría en el umbral del rancho: el jardinero

le estaba haciendo entrega a Antonia de una extraña felpa morada –solamente al escuchar los maullidos comprendió que se trataba de Dalí.

El resto del día y buena parte de la noche, Felipe fue presa del desespero. Deambuló por las calles y buscó compañía en el parque. Allí encontró, efectivamente, un par de amigos que le participaron de sus lumbres; sin embargo, por mucho que trató de calmarse, Felipe sintió que el mundo se oscurecía en torno suyo. Lo cierto era que no tenía la menor oportunidad de arrimarse al arca sin que el gato lo delatara y, por otra parte, no había dudas sobre quién era el responsable directo de semejante impase. Estas evidencias acabaron de arruinar el agrietado dique de su compostura y prepararon la peor borrasca de su alma. Fue así como, de regreso a casa –justamente cuando atravesaba la fachada del convento que se beneficiaría con los bienes familiares–, tomó una drástica determinación: le cobraría caro al jardinero los estragos que le había causado.

Al llegar, Felipe se dirigió de inmediato al jardín. Lo primero que hizo fue tomar el soporte metálico de una matera y asegurar con éste, desde afuera, la puerta del rancho; luego, con absoluta meticulosidad, se dedicó a encender en varios puntos el techo de paja. Embrujado por el ruido y la imagen del fuego, se sentó a contemplar cómo la morada del forastero se iba consumiendo. Pero el instante en que la estructura de madera se derrumbó le depararía una revelación espeluznante. Una viga cayó al suelo y, con ella, la pared frontal; entonces, Felipe pudo ver dos cuerpos humanos abrasados por las llamas y retorciéndose de dolor hasta que, finalmente, cayeron al suelo convertidos en sendos amasijos carbonizados. Felipe corrió al cuarto de Antonia y confirmó su sospecha: sobre la cama sólo estaba el gato, maltrecho y violeta, dormitando plácidamente.

El esfuerzo de la doméstica se ve premiado. De pronto, el trapo con detergente se va tornando morado. Cuanto más se esmera, su regocijo resulta mayor. La idea de darle una sorpresa al viejo Felipe la emociona definitivamente, así que no se detiene hasta descubrir que el gato es completamente blanco. No obstante, cuando se dispone a enseñar su hallazgo, una estridencia menuda la interrumpe. Al volver su mirada hacia el balcón, descubre los pedazos de porcelana desperdigados en el piso. Acude entonces, de inmediato, a recoger los pequeños destrozos. Mientras lo hace, observa al viejo Felipe, con los ojos cerrados, tumbado en su mecedora. La empleada decide no molestarlo y aguardar el momento oportuno para darle la sorpresa; por ahora, como de costumbre, se limita a sus labores de aseo. Pasarán varias horas antes de que ella se percate de lo ocurrido.

Alejandro José López

Tuluá, 1969. Ha publicado tres libros de ensayos: *Entre la pluma y la pantalla* (2003), *Pasión crítica* (2010) y *El arte de la novela en el Post-boom latinoamericano* (2016); dos de crónicas y entrevistas: *Tierra posible* (1999) y *Al pie de la letra* (2007); dos de cuentos: *Dalí violeta* (2005) y *Catalina todos los jueves* (2012); y una novela: *Nadie es eterno* (2012). Cuentos y ensayos suyos han sido traducidos al alemán, al francés y al danés. Entre los años 2004 y 2008 dirigió la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Es doctor en literatura y medios de comunicación por la Universidad Complutense de Madrid y actualmente se desempeña como Profesor Asociado en la Universidad del Valle.

La última cuota

Óscar Osorio



Papá está atado por la nariz a una pipa de oxígeno. Me siento a su lado. Le muestro la factura.

–Mira, papá, es la última cuota.

Sé que no me escucha, pero me hace bien el gesto. Doblo el papel. Lo dejo en su regazo. Lo imagino levantándose de ese lecho impersonal, yendo a depositar el último pago. Adivino su sonrisa. Esa nueva libertad a sus setenta y siete años. Hace exactamente treinta y cinco meses decidió que no tomaría ningún otro crédito. Ha conseguido mantener su promesa, aunque no le ha resultado fácil.

Recuerdo muy bien la noche de esa decisión. Estaba doblado sobre unos cuadernos llenos de números escritos en tintas de diferentes colores. Tenía la piel enrojecida, el pelo alborotado y los ojos dilatados. Me senté a su lado. Mamá nos trajo café. Le pregunté cómo iban las cosas. Me miró como un condenado a muerte. Levantó uno a uno sus lápices, los partió y los dejó sobre la mesa. Con cada lápiz destruido, cedían los signos de su desespero. Después

rompió los papeles borroneados, recogió los fragmentos y los depositó en una bolsa plástica. Al final de este ritual de emancipación, estaba muy calmado.

–Hasta aquí llegamos –dijo mientras apuraba los últimos sorbos del café.

No sé por qué en ese momento recordé una historia de sus épocas de cazador. Una noche, después de varias jornadas sin lograr una presa, se encontraba el grupo al borde del desespero. Llevaban cuatro días sin provisiones. Lo único que todavía les quedaba eran unas libras de café, con las que paliaban malamente el hambre. Estaban sentados alrededor de la fogata, contando historias de aparecidos, esperando que el sueño generoso los redimiera de su mala situación. Mi hermano mayor, quien ya tenía doce años y a veces lo acompañaba en esas travesías, vio a lo lejos un par de diminutas bolas de luz rompiendo la negrura espesa. Pensó que eran los ojos de alguna de esas apariciones que referían los cazadores o de algún endriago infernal de la selva y, temblando, tiró a papá de la camisa. Él alzó la escopeta, la calzó en el hombro, reclinó la cara sobre la culata, cerró el ojo izquierdo, calculó la trayectoria del proyectil, aguantó la respiración y apretó el gatillo. Los ojos de luz se apagaron antes de que en las entrañas del monte rebotara el estallido de la pólvora. Era un perro de monte. Al despellejar y tazar el animal, comprobaron que la bala había entrado por un ojo y no había salido. Rápidamente pusieron la olla y medio cocinaron un caldo que los salvó de la inanición. En el cuero, que durante muchos años adornó la sala de nuestra casa, la perfección del disparo se podía advertir en una leve imperfección: el círculo del ojo derecho era ligeramente más ancho que el del izquierdo. Mi hermano contaba que los compañeros encomiaban su puntería mientras él apuraba sorbos de café con un ostensible gesto de satisfacción.

Mamá nos sirvió otro café. Yo volví del pasado. Papá me dijo que había hecho cuentas y todas las deudas que estaba pagando, para las que destinaba el setenta por ciento del dinero que le llegaba de su jubilación, las había contraído para honrar otras deudas viejas que tenía con el mismo banco.

-Es decir, no me he comprado un helado con esa plata. Todo se lo han comido los intereses.

Hizo una pausa larga.

-Los intereses son como las ratas que roían los cimientos de la casa de mi padre Luis, allá en el pueblo, antes de que esta se viniera abajo un día de lluvia -dijo con una rabia mansa.

Quedó lelo por un rato. Parecía mirar algo en la pared, pero era evidente que estaba hurgando en su memoria. La energía se fue en ese momento. Mamá llegó con una vela encendida. La flama palpitante trazaba figuras en la habitación, alargaba sombras, jugueteaba en el rostro de papá, mutaba formas.

-Cuarenta años de servicio al magisterio para que estos bellacos se queden con más de la mitad de mi jubilación.

Quizá por algún efecto del movimiento que la luz de la vela hacía en su rostro, lo vi envejecer de golpe. Como en una de esas escenas de película en las que se aceleran las cámaras y todo pasa a velocidad de vértigo, transcurrieron los años en segundos y pude percibir la furia del tiempo imprimiendo grietas en la piel, nevando el cabello, afilando los pómulos, doblgando los párpados, ensuciando la mirada. Yo estaba al borde de una crisis de llanto cuando volvió la energía y la luz de las bombillas deshizo el sortilegio. Juró que así le tocara aguantar hambre no haría más préstamos. Ha cumplido: pasó hambre, puso cartones para cubrir los hoyos de sus zapatos y remendó su ropa, pero no adquirió ninguna otra

deuda. Desde entonces ha esperado el correo con la misma resignación rabiosa del viejo coronel. No lo hace para recibir noticias de su jubilación sino para saber con cuánto dinero de su pensión se va a quedar el banco cada mes.

A medida que va terminando de cancelar los créditos antiguos, le queda un poco más de dinero de la mesada y su situación mejora. Hemos hablado de ello muchas veces. Me ha contado sus planes para seguir ahorrando la misma cantidad que está dejando de entregarle a los bancos hasta que logre juntar para pagarse unas vacaciones en el mar. Siempre ha querido conocer el mar. Lo imagino en pantalones cortos, dándose chapuzones de agua salada y mirando con el rabillo del ojo los cuerpos bronceados de las bañistas sin que mamá lo pueda sorprender. Eso tendrá que esperar. Aunque no es precisamente tiempo lo que le sobra. Por ahora, deberá levantarse de esa cama de enfermo e ir al banco a cerrar una historia de seis décadas.

Me siento en el sofá. Es un mueble de cuero artificial de color negro, con espaldar rígido y cojines cuadrados semi-duros. Aunque no es especialmente incómodo, mi espalda empieza a resentirse. Hace más de dos horas mamá se fue a la cafetería para almorzar. Aún no ha regresado. Debe estar conversando con alguna amiga ocasional. El aire acondicionado no logra deshacer el sopor. Recupero la factura, que parece dormida en el pecho de papá. Leo las cifras. Trato de recordar el momento en el cual comenzó a subir la dura cuesta del crédito.

Creo que adquirió su primera deuda cuando cumplió diecisiete años. Le había resultado trabajo como secretario en un juzgado y se endeudó para comprar ropa decente. Al año siguiente le dieron la plaza de maestro de escuela. Pagó a plazos el traje formal para ir a posesionarse. También, los zapatos y un reloj Cornavín. Luego sacó al fiado más ropa.

Ya era el profe y se vestía con zapatos elegantes, pantalones largos, chaleco y saco de paño, camisa y corbata de algodón. Para la boda con mamá, se endeudó con los trajes, la comida y unas cajas de aguardiente. No había terminado de saldar esa obligación y tuvo que fiar la cuna del primer bebé y unos muebles de sala para atender a las visitas. Después llegamos los otros hijos y, con cada uno, nuevas deudas. “Lleve lo que necesite, profe, que usted tiene buen crédito”, decían los acreedores.

Papá se mueve. Abro las cortinas para que entre más luz. Examinó su cuerpo en la cama. Constató que se ha ido encogiendo con los años. Así es la vida: nacemos, crecemos, nos endeudamos, decrecemos y morimos. Un arco perfecto que vamos llenando con felicidad y tristeza, con trabajo y ocio, con amor y odio. Seguimos solos en la habitación iluminada por el sol de las tres de la tarde. Aparte del sofá para las visitas, hay un mueble para guardar ropa, la mesa de las medicinas y un televisor. Me siento incómodo en este cuarto estrecho, me subyuga el hedor a limpio del hospital, el aliento químico de esta bestia pulcra. Un movimiento reflejo en la mano derecha de papá me llama la atención. El sol le da de lleno. Él mueve levemente ese mármol blando, como un pez enflaquecido en un estanque azul.

De golpe me viene la imagen de un acuario que tuvimos cuando éramos niños, pero no me quedo en ese recuerdo. Me deslizo a otra escena de la infancia. Tengo siete años. Estoy jugando con un tigrillo cachorro, que es nuestra mascota. Corro alrededor de una pila de café. El animalito me persigue. Me detengo. Cambio de dirección. El pequeño felino hace lo mismo. Corremos en círculo una y otra vez sobre los granos secos. El cachorro se resbala, da una vuelta sobre su lomo, se levanta, sigue la persecución, trata de aferrarse a mi pierna con las diminutas garras, pela los colmillos y gruñe. Algunas

gotas de sudor me refrescan la frente. Otro hermano me reemplaza en el juego. Me acerco risueño a papá. Me pasa la mano por la espalda, bajo la camisa. Una suave calidez fluye de su mano abierta, una corriente física. Me quedo quieto, temeroso de perder la magia al moverme. Incluso ahora, varias décadas después, cuando recupero en la memoria toda esa intensidad afectiva hecha energía en la caricia, siento la sólida constancia del amor. Creo que papá es esa mano cálida, esa tibia permanencia.

Mamá entra. Está tranquila. Ella se ha sentido vieja siempre. Ahora no parece afectada por la abundancia de arrugas y el pelo blanco. Tampoco le asusta mucho la idea de la muerte. Papá, en cambio, siempre ha tenido pánico de morir. Cada vez que algo falla en su salud, se alarma tremendamente y empieza a conjeturar desarrollos nefastos, a imaginar largas agonías. Se me ocurre que su endeudamiento permanente y progresivo es una manera de permanecer de este lado de la vida: debo, luego existo.

-El que a solas sonrío de sus picardías se acuerda
-comenta mamá.

Pone la mano izquierda en la frente de papá.

-No le ha vuelto a subir la fiebre -confirma.

-Pero lo veo demasiado pálido y está durmiendo mucho.

-Es por los medicamentos -me dice-, no te preocupes.

Le pregunto qué han dicho los médicos. Parece no escucharme. Se queda mirando a papá con ternura, como si fuera otro de sus hijos. Le toma la mano, la mete bajo la sábana, con delicadeza.

-El dolor en el pecho se ha intensificado -comenta sin mirarme, con el mismo tono que diría buenas tardes o véndame un pan.

-¿Desde cuándo? -me sobresalto.

Le sorprende mi interés.

-Desde ayer. No te preocupes, que no debe ser grave.

Pienso que sí es para preocuparse que una persona de setenta y siete años, hospitalizada desde hace casi dos semanas, sienta un dolor cada vez más fuerte en el pecho.

-¿Y qué dicen los médicos? -insisto.

-No les he dicho nada. ¿Para qué?

-No te entiendo -le digo molesto-. ¿Tú crees que puedes decidir si le dices al médico o no?

Se sienta a mi lado. Me pone la mano en el hombro, tratando de calmarme.

-Esos no mandan sino Ibuprofeno.

-Mamá, por favor -levanto la voz.

-Ya se me pasará -dice.

-Pensé que hablabas de él.

No parece enterarse del tono de mi decepción. Espera, en balde, que le insista que vaya al médico. Se ha quejado tanto de tantas enfermedades que ya no le hacemos mucho caso a la pastorcita mentirosa. Nos apuramos cuando hay diagnóstico, pero cada vez que va a consulta viene un poco decepcionada porque le dicen que está muy sana.

Vuelvo a detallar el cuerpo encogido de papá. En la parte inferior del brazo, el esparadrapo sujeta una aguja conectada a una manguera que va a una bolsa de suero. Me acerco a ver si está despierto. Sigue dormido.

-El doctor asegura que en dos o tres días le va a dar de alta -me dice.

Me conforta la noticia.

-¿Viste la factura? -le pregunto.

Le paso el papel.

-Llegó hoy. Es la última cuota.

La mira sin atención. Me la devuelve.

-He estado pensando -continúo-, tratando de entender cómo se fueron a enredar de esa manera.

-Se fueron es mucha gente -me corrige.

-¿Sabes cuál fue la primera deuda de papá? -le digo mostrándole el papel-. Creo que todo empezó con esa ropa para su cargo de secretario en el juzgado. Le cogió gusto al crédito. Ahí empezaron sus problemas. Cuando recibí esta factura caí en cuenta de que ha sido un prisionero durante todos estos años. Sus barrotos son los papeles llenos de cifras que, mes a mes, le quitan la alegría.

Se para. Se asoma a la ventana. No sé si me ha escuchado.

-El día está bonito -observa.

-Demasiado calor -señalo.

Se queda absorta, con la mirada perdida en los techos de las casas, en las calles congestionadas, en la telaraña de los cables eléctricos, en las montañas que embellecen la ciudad. Quizá no mira nada. Tal vez se prepara para contestarme la pregunta, que no tendría que responder porque era una pregunta retórica para expresarle mis opiniones. Efectivamente, al cabo de su minuto de abstracción (todo un récord), se pone briososa como si le acabaran de aplicar una inyección de cafeína, cierra una de las cortinas para que el sol no le dé en la cara a papá y se sienta a mi lado. Veo el temblor casi imperceptible en la comisura de los labios, la señal inequívoca de que va a prender los motores de su lengua. Es cuando tomo clara conciencia de lo que va a pasar con el resto de la tarde, salvo que alguna visita inesperada me lance un salvavidas.

-Eran tiempos de una pobreza muy grande. La única manera de sobrellevarla era fiando, pero a uno no le ponían intereses, ni iban a sacarle las cositas de la casa. Todos éramos amigos. El sastre era colega de su papá, el ebanista era nuestro compadre, el tendero era vecino, con el carnicero

iban a cazar y con el estanquero jugaban en el mismo equipo de fútbol. Ellos nos daban las cosas y les pagábamos después, sin facturas ni embelecocos. Uno disfrutaba de lo que no podía comprar en el momento e iba cancelando sin angustias. Si no tenía un mes, pagaba al siguiente. Nadie amenazaba. Recuerdo que cuando estabas por nacer fuimos a fiar tu cuna, como ya habíamos hecho con las de tus hermanos. El ebanista nos la regaló. Nosotros le ofrecimos el padrino. Los créditos eran un sistema de apoyo e, incluso, de solidaridad. Ya te digo, eran otros tiempos. De ese paraíso nos expulsaron los bancos con sus intereses desmesurados. Me acuerdo de la pobre mujer del panadero. Cuando el marido murió, ella quedó llena de deudas con el banco. Un día vino a ver cómo podíamos ayudarla.

Mamá sigue hablando de compadres y comadres, de embargos y desalojos, de quiebras y créditos. Recuerdo las noticias de la mañana sobre la crisis de Grecia, la humillación que le inflige la poderosa Alemania y el sistema financiero internacional. No hay salida, pienso, el monstruo lo engulle todo, países y gentes. Recupero el hilo de su voz. Trato de mantenerme atento, pero rápidamente desisto, me encierro, sin que lo advierta, en una invisible campana de cristal. La voz se diluye en un sonsonete adormecedor. Pasa más de una hora. Me paro para desentumecer las piernas. Veo la factura en el piso. No sé cómo ha llegado allí. La recojo. La guardo. Quiero dársela a papá cuando despierte. Él se revuelve en la cama. Hace gestos que me parecen de dolor. Toco la alarma. Diez minutos después, cuando viene la enfermera, ya está calmado. Le explicamos lo que ha ocurrido. Nos dice que no pasa nada. Le toca la frente. Se va. Mamá se vuelve a sentar y continúa el relato, brevemente interrumpido. Al cabo de

un rato vuelvo a refugiarme en mi campana de cristal. El sonido de sus palabras se desvanece en un segundo plano, como cuando mis hijos ven televisión en la pieza del lado y yo pongo las sinfonías de Mozart para concentrarme en mi trabajo. Es un truco de supervivencia mental.

—Su primera crisis nerviosa vino después. Fue el mismo día en que le hicieron el primer embargo. Todo había comenzado unos años antes, cuando pidió un préstamo para cultivar tomate. Ya habían nacido todos ustedes y, como el sueldo no nos alcanzaba, él decidió volverse empresario de la agricultura. Consiguió una tierra en alquiler y se endeudó con el banco para sembrarla. No le gusta reconocerlo, pero la cosecha se le perdió porque no sabía nada de cultivos. Lo cierto es que la siembra se llenó de plaga y no dio tomates ni para unos huevos pericos. Las cuotas llegaban igual. Él tenía que pedirles préstamos a los amigos cada mes para cubrirlos. Cuando terminó de pagar el crédito bancario, le debía a todo santo una vela. Entonces, decidió hacer otro préstamo en el mismo banco para pagarles a los amigos. Decía que era mejor ir amortizando una sola deuda y que iba a pedir un poco más para comprarse una máquina de hacer bolis y cubrir con las ganancias las cuotas del nuevo crédito. El negocio no daba mucho y, como las amortizaciones no esperaban, tuvo que volver a pedirle prestado a los amigos. Hasta que, claro, llegó el día en el que no pudo pagar más. El banco le embargó el sueldo. Horas después de recibir la noticia, lo encontramos bañado en sangre. Estaba tirado en el suelo, la cabeza recostada contra la puerta de la calle. No alcanzó a entrar a la casa. Lo llevamos a la clínica. El médico dijo que había sido un milagro que no le hubieran quedado secuelas, porque esos derrames lo pueden dejar a uno inútil, pero que de suerte había evacuado toda la sangre por la nariz.

Me fatiga esa monorrítmica sorda. Entro al baño para escapar. Cuando salgo, veo, sobre la sábana añil, la mano de papá conectada a la bolsa de suero. Parece un pescado ensartado en una vara contra el fondo azul del mar. Mamá abre las cortinas. Un crepúsculo azafrán tiñe la piel blanquecina de este pez enfermo. Saco el papel, lo desdoble, le digo mentalmente que es la última cuota. Advierto que mamá me mira, que su boca sigue en movimiento.

-Después de su plena recuperación, mi hermano me prestó un dinero y pusimos la sastrería. Tras muchos años de esfuerzo, su papá comenzó a decir que ya ese negocio daba más trabajo que plata. La vendió. Luego puso alquiler de revistas, carnicerías, areperías, factorías de ropa y cuanto embleco se le ocurría.

Mamá no necesita conectar el cerebro a la boca, pienso. Su facultad del lenguaje no es mental sino bucal. Ella es una lengua incesante, una fisiología en perpetuo movimiento. Siempre nos hemos preguntado cómo sobrevivió papá a cincuenta años de matrimonio en avalancha verbal.

Creo que he dormitado con los ojos abiertos. La noche ha llegado. Las luces se han encendido. Mamá sigue hablando:

-En la panadería me levantaba a las cuatro de la mañana a hacer la rellena, fritaba los chorizos, ponía el café, barría y trapeaba, amasaba los buñuelos, despachaba los desayunos, atendía a los clientes, cocinaba el almuerzo, fregaba la ropa, lavaba la loza, preparaba postres, limpiaba las vitrinas, espantaba las moscas, hacía la comida y los cuidaba a todos ustedes, que eran unos demonios. No pasaba un día que no viniera algún vecino a decir que le estaban quebrando las tejas del techo, que los habían visto robando naranjas, que estaban espionando a las niñas en el baño del colegio; o el médico a poner la queja porque le habían pinchado las llantas al carro. Una tenía que dejar la masa a medio hacer y salir

corriendo como una desesperada a perseguirlos por las calles con un fuste en la mano. Luego, de vuelta al trabajo, a cortar las servilletas, a limpiar las mesas, y, además, a soportar la quejadera del marido, que las deudas nos iban a comer vivos, que habría que vender el negocio, que se iba a enloquecer. Yo también me iba a enloquecer. Me subían unos calores que me daban ganas de salir corriendo y no parar hasta que me tumbara el cansancio. Un día vendió la panadería y compró una casa. Allí montó el almacén con un crédito que le dio el banco. Cuando menos lo pensó, no tenía mercancía ni plata para pagar. Le embargaron el sueldo. Vendió la casa y le pagó al banco. Le quedó para comprar un par de máquinas de coser. Una fábrica nos daba trabajo para hacer en la casa. El amanecer nos cogía doblados, dele que dele al pedal, confeccionando montañas de ropa. No descansábamos ni los domingos. No me paraba sino para hacer el almuerzo y arreglar la casa, mientras ustedes andaban a la buena de dios, haciendo diabluras.

Me quedo dormido otra vez. Vuelvo a despertar. Mamá sigue hablando. Me dejo arrastrar por el chorro de su voz:

-Después de varios intentos por consolidar otro negocio, montó la tienda y empezamos a prosperar. Nos dieron chequera. Compramos un carrito. Todo iba maravillosamente hasta que se nos ocurrió la desdichada idea de volver a comprar casa. Era la época del maldito UPAC y esas amortizaciones hipotecarias eran un demonio que crecía cada día. Entre uno más pagaba, más debía y más altos eran los pagos mensuales. Ya no alcanzaban ni el sueldo de su papá ni las ganancias de la tienda para cubrir los compromisos. Él hacía más créditos para cumplir con las cuotas atrasadas, pero estos traían más intereses. Como no queríamos perder la casa, hacía más préstamos para pagar los nuevos intereses. Cuando ya no pudo más, vendió el negocio y el carrito. Se puso al día con la

mora. En pocos meses, volvimos a atrasarnos en los pagos y el banco envió nuevas amenazas. Para salirnos del problema, tratamos de vender la casa, pero, aunque habíamos pagado varias veces su valor, lo que aún le debíamos al banco era más que lo que nos ofrecían por ella. Un día nos embargaron. Nos desalojaron. Yo me puse a trabajar en una fábrica. Nos fuimos sobreponiendo. Entonces llegaron las dichas cooperativas. Ahí sí fue Troya.

Su voz se tiembla de odio cada vez que nos recuerda cómo papá tuvo que pagar íntegras las deudas que tenía con la cooperativa cuando esta entró en liquidación, aunque esa entidad financiera nunca le devolviera el dinero que él tenía ahorrado. No me gusta ese sentimiento. Me desconecto. Ella sigue hablando. Aunque apago la maquina de descodificar, percibo el caudal desbordado de su voz, el rumor sostenido, la inundación de sonidos. Papá mueve los ojos sobre los párpados, a un lado y otro, como si tuviera una pesadilla. Se me ocurre que su mente convierte el caudal sonoro de mamá en una corriente poderosa que lo atrapa, una de esas crecientes de mayo que arrastraban, con un ruido infernal, palos y piedras, y a veces también algunas vacas descuidadas. Los muchachos hacíamos apuestas a ver cuál se ahogaba, cuál lograba sobrevivir. Las seguíamos río abajo, gritando, hasta que lograban salir en algún remanso o les veíamos los cascos por última vez antes de que se hundieran definitivamente en las aguas turbias.

La máquina fisiológica de mamá sigue produciendo palabras, sonidos que llenan todos los rincones del cuarto, se pegan a las paredes, se balancean en las cortinas, se cuelgan en mi cuello y me mantienen en un dormir intranquilo. Sueño que papá chapalea en una corriente portentosa, haciendo esfuerzos sobrehumanos para sobrevivirla. La avalancha crece, la fuerza de su monstruoso bufido se hace

ensordecidora. Lo sigo río abajo. Se aferra a un grueso tronco, pero el tronco se hunde con él. Sale más abajo, procura alcanzar la orilla con las últimas energías que le quedan. Algunos de mis amigos hacen apuestas. Les gritó que es papá, mientras lo veo tragar bocanadas de agua y sumergirse de nuevo. Veo sus zapatos dando tumbos contra las piedras. Emerge a lo lejos, bracea contra la corriente, se niega a rendirse. Me despierto sobresaltado, sudando.

-¿Qué te pasa?-pregunta mamá.

Le digo que papá es una vaca náufraga. Él se mueve. Ella corre a su lado. Le acaricia la frente, le masajea los pies. Me dice, otra vez, que no le ha vuelto a subir la fiebre. Veo la figura demacrada de mamá. Adquiero conciencia de que ha mal dormido durante doce días en este sofá, que no ha salido de esta habitación más que para ir a la cafetería, que ha comido poco, que se ha ido tragando, como un pan envenenado, la angustia de todos estos días de incertidumbre sin una queja. Así es ella, se lamenta de cosas insustanciales, pero pasa las dificultades reales de la vida en una aparente ataraxia. Lo abriga, se sienta a su lado. Pienso que mamá es esa mano que cobija, que en la vida de todos, y a costa de su propio bienestar, mamá siempre fue esa mano en servicio. Me asalta uno de esos raros raptos de culpa. Le digo que se vaya a descansar, que yo me quedo esta noche a acompañar al viejo. Ni siquiera me mira. Toma la mano de papá, se enlaza a ella. Continúa hablando. Veo su mano unida al pez de mármol, su mano pecosa y arrugada, los dedos doblados como cucharas de mentalista, deteriorados por el tiempo, retorcidos por la pesada carga que han llevado. Pienso que esas manos enflaquecidas siempre han estado anudadas, como ahora; que en esa unión han sabido encontrar un sentido para sus vidas, quizás la única felicidad posible.

Por la ventana se asoma la luna llena seguida de un astro luminoso. Papá alguna vez me enseñó que ese era el planeta Venus, el que más brilla a nuestros ojos, y que, en ciertas noches, podemos verlo de la mano de la luna paseando por el hondo firmamento. Contemplo, reconfortado, la bella imagen. Me dejo acariciar por la alegría de su luz. Entiendo.

Le digo a mamá que me voy. Le entrego la factura para que se la muestre a papá. Insisto en que es la última cuota, que le dé esa dicha, que a él le va a gustar que ella se lo diga. Mira el papel, sin atención. Me pide que corra las cortinas, que está cansada y quiere dormir. Le insisto que es muy importante, que con esa última cuota podrá, por fin, salir de la borrasca del sistema financiero.

Si se empezó a endeudar a los diecisiete años –le digo–, lleva sesenta años siendo el hombre que debe. Seis décadas. Después de pagar esa última cuota, será otro. Como cuando tenía diecisiete, será de su exclusiva propiedad.

Me mira, como a un chicuelo.

–¿Y cómo crees que va a pagar los gastos de la clínica?

–No entiendo –le contesto–, él tiene seguro médico.

Sonríe con benevolencia por eso que llama mi inocencia. Me explica que, por los recientes decretos que sacó el gobierno para proteger el sistema de salud, ahora los pobres debemos endeudarnos con los bancos para pagar los gastos médicos de una enfermedad onerosa como la de papá.

–Ya les firmó un documento –dice y deja la factura sobre la mesa de noche.

No puedo evitar una lágrima de indignación. Mamá se acuesta en el sofá. Voy a cerrar las ventanas y veo las cortinas negras de las nubes engulléndose la luna plena.

–Va a llover –comento.

Mamá no dice nada. Apago la lámpara. Al salir, giro la cabeza y advierto que papá abre los ojos. Veo el par de diminutas bolas de luz rompiendo la negrura espesa y muevo la mano para buscar el interruptor. Antes de encontrarlo, sus ojos se cierran de nuevo y tengo la sensación de que alguien, a lo lejos, levanta la cara de la culata con un ostensible gesto de satisfacción.

Óscar Osorio

La Tulia, Valle, 1965. Profesor Titular de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Doctor en Literaturas Hispánicas y Luso-Brasileñas de la Universidad de Nueva York. Ha publicado los libros de poesía: *La balada del sicario y otros infaustos* (2002) y *Polifonía* (2004); crítica literaria: *Historia de una pájara sin alas* (2003), *Violencia y marginalidad en la literatura hispanoamericana* (2005), *El narcotráfico en la novela colombiana* (2014) y *El sicario en la novela colombiana* (2015, Premio de Ensayo Autores Vallecaucanos Jorge Isaacs 2013); crónica: *La mirada de los condenados: la masacre de Diners Club* (2003, en coautoría con James Valderrama) y *Un largo invierno sin promesas* (2016); cuento: *Hechicerías* (2008), *Una porfía forzosa* (2012) y *La casa anegada* (2018); novela: *El cronista y el espejo* (2008, XXXII Premio Cáceres de Novela Corta 2007). Sus textos se han publicado en una decena de antologías y más de una veintena de sus artículos académicos han sido publicados en revistas especializadas. Ha ganado distinciones para sus trabajos de grado: Meritoria a la tesis de maestría (Cali 2000), Premio Gutiérrez Mañé a la mejor tesis doctoral (New York 2013).

Los cortometrajes de Dios

Hoover Delgado



Estamos hechos de la misma madera de los sueños.
Shakespeare, *La tempestad*, IV, 1.

Hice el descubrimiento la primera vez que soñé con ella. En el sueño yo estaba en el Museo Nacional y ella era alta, de formas combustibles, porte altivo y unos ojos con los que se hubiera pensado que habría hecho Dios el Pentecostés. Era despampanante. En el museo todos se volvieron a mirarla. Ella ni los determinó. Avanzó hacia mí, me acorraló entre una columna y un Rayo, y copando mi retirada con el brazo acercó el rostro a mi oído: “Me verás esta tarde –dijo–, yo no te veré; porque de los dos tú eres quien está soñando”. En ese instante me desperté.

A las cuatro me hallaba en el centro comercial cuando me paralizó la visión de un arcángel hembra que iba en el ascensor de cristal. Era ella. El sueño me la había dictado fielmente de pies a cabeza, sin saltarse siquiera la altanería de sus senos. En ese momento me atropelló la revelación de que los sueños contienen la clave de nuestra existencia.

La seguí hasta un almacén de zapatos. Los empleados miraban hipnotizados el espejo donde ella dejaba ver entre las piernas la punta hiriente del calzón. Ella escogió un par de zapatos color *beige*. Más adelante compró un vestido y se comió un helado. Pero el corazón me rebotó cuando en La Librería Nacional la vi adquirir el volumen en octavo menor de *La gramática de los sueños*, de Phoebus. La seguí hasta que, dos cuadras más abajo, se perdió en un edificio blanco que se levanta junto a una ceiba frondosa.

Alarmado por los hechos, escribí al Instituto Nacional de Psiquiatría, adscrito al Max Planck. Debo confesar que puse la carta en el correo electrónico sin mayor convicción. A vuelta recibí un código de acceso y la notificación de esperar dos semanas en la fila virtual de consultas. Mientras llegaba mi turno, despaché una bibliografía prestante.

Consulté al profeta bíblico y al arúspice romano, que vieron el futuro; a Artemidoro de Daldis y a Freud, que soñaron libros fabulosos; a los místicos, que hablan en sueños con Dios; a Jung, que se refirió a un sueño colectivo; a Dunne, que describió su física; a Fliess, que vio los relojes del sueño; a los indios yahgan, que viven en ellos; a Dement, que descubrió que fluyen como el mar; a Crick, que los equipara al *software* de los ordenadores; a Zeppelin, que ve en ellos la inmortalidad.

¿Cómo llegué a poseer la fórmula de los sueños? La perseverancia, lo sabe cualquiera, es el mejor talismán de la suerte. Intentaré bosquejar aquí el sistema que me llevó al nervio del prodigio. Dos advertencias a los temerarios: nunca se hallará nada trabajando sobre sueños ajenos; y una vez que se llegue a la fórmula y se la pierda, jamás se volverá a tener otra oportunidad.

Una semana después de verla, volví a soñar con ella. Según mis cálculos, di con su nombre: Sadiva Luna. Mis investigaciones habían comenzado por apuntar mis sueños. Recuerdo dos reveladores: en el primero, yo moría borracho en el agua persiguiendo la luna; en el segundo, yo era un niño que jugaba a hacer pompas de escupa diciendo: “Se llama sadiva”. En la libretita subrayé las palabras *luna* y *sadiva* sin tener idea de lo que podían significar. A la siguiente noche tuve una de esas fantasías que la gente califica de *sueño húmedo*, cuando de adentro del sueño, humeante y perturbadora, salió ella. Desperté repitiendo su nombre con certeza bautismal. Así descubrí que una de las direcciones de los sueños es ocurrir de atrás hacia adelante: primero *luna*, luego *sadiva* y después la bella dueña del nombre.

Di inicio a mi sistema. El primer paso consistió en clasificar los sueños valiéndome de la libretita y de mi memoria inmediata. Llegué a dominar la costumbre de despertarme en la madrugada para cogerlos calientes, y por esa vía obtuve una suma considerable. Creé en el computador un programa que agrupaba los temas y suministraba un comentario por día.

Adelanté más. Recordando que algunos sueños corren en contravía, descifré la dirección de una casa. Al otro día la busqué infructuosamente: en su lugar había un mangón desafortado. El taxista, que me esperaba y que me había oído la descripción de la casa, se dio un golpe en la frente. “Lo que usted busca es el prostíbulo del portugués”, me dijo. Era cierto. La casa rosada al lado opuesto de la ciudad era la de mi sueño. De ese modo supe que los sueños que se cumplen al día siguiente, además de ir en contravía, son zurdos. No tardé en comprobar lo contrario: que los que corresponden al pasado son ordenados y diestros.

El día 15 me llegó una respuesta del Instituto Nacional de Psiquiatría: “Puede diligenciar su consulta en una de nuestras oficinas en el país”. Adjunta venía la dirección de una sucursal del instituto ¡en mi propia ciudad! Tuve un pálpito. Tomé los archivos digitales de la investigación y dirección en mano vagué por el centro. Cuando por fin la hallé, recibí el segundo impacto: era el edificio blanco y aséptico, guardado por la ceiba, donde había entrado mi sueño.

Me atendió el doctor Estanislao Númar, jefe de proyectos. Era un tipo locuaz. Luego de hacerme llenar el formulario de rigor, me explicó su asombrosa teoría onírica. Según él, todos vamos por ahí botando energía, entropía pura. Sus migas cuánticas son como huellas dactilares que se imprimen en cualquier ser vivo y se almacenan en el organismo humano en forma de una molécula: el adenosintrifosfato, también conocido como ATF. El ATF es la gasolina de los sueños. La especie se sueña constantemente. Mis despojos energéticos pueden ser el sueño de Stephen Hawking o la pesadilla de Hussein, la metáfora que una tarde vio Gabo o el dulce sueño de amor que Cindy Crawford tendrá esta noche. “Los sueños ni limpian ni reparan ni curan”, concluyó el doctor; “son energía y se pueden dirigir”. Luego me miró como a una molécula: “¿Qué se le ofrece?”.

Dije que tenía un archivo que me interesaba que viera. Me llevó ante un ordenador de aspecto tan modesto que resultaba imposible imaginar sus alcances. Era la memoria de sueños más grande del país. “Se llama Irene”, dijo Númar y añadió en un tonito pedante: “Tiene mil Funes en RAM”. Insertó la USB y se paseó por mis archivos. De pronto soltó el mouse como si hubiera agarrado una rata. “¿De dónde sacó ese nombre?”, exclamó. El cursor palpitaba sobre el archivo *Sadiva Luna*. Se lo conté. Su respuesta fue tajante: “Pierde su tiempo”, dijo. “La doctora Luna jamás sale del cuarto piso. Es nuestra directora y nunca atiende a nadie. Para eso estoy yo”.

En lo alto del edificio, podía verse la oficina de Sadiva Luna. Junto a la ventana, arañando los cristales, reinaba la ceiba. Tuve celos de su copa perfecta, vecina del Olimpo y de mi dama.

El viernes siguiente recibí una llamada de Númar. “Quizá me tome por un pervertido –me dijo–, pero voy a hacer esto para quitármelo de encima. No he dejado de soñar con usted en toda la semana”.

Me invitó a su oficina y me hizo la revelación: el instituto era un laboratorio dotado con tecnología de punta capaz de escurrir hasta la última gota de la más modesta siesta. Desde la simple calculadora de biorritmos hasta la compleja sala de poligramas –que son las radiografías del sueño–, estaba diseñado para ser el estudio de edición y espionaje de los cortometrajes de Dios.

En cada uno de los cuatro pisos se investigaba un tipo de sueño diferente: en el primer piso, los sueños comunes; en el segundo, aquellos en que el soñador experimenta desdoblamiento y viaje corporal y que la gente llama *astrales*; en el tercero, los sueños simbólicos, en los que se viaja por el tiempo y en los que personas y eventos son reconocidos por el soñador; en el cuarto piso se estudiaban los sueños-dios.

–Qué es eso –pregunté.

–Los sueños-dios son la gloria –dijo.

En 1960, dos ingenieros de la Bell descubrieron la radiación de fondo del Big Bang, cuya energía llega hasta nosotros y está presente en todo el universo: en la estrella muerta hace cien mil años y cuya luz apenas nos llega; en la estrella que hoy nace y cuyo lucero veremos en mil generaciones. Para ser más exactos: esa energía está en el pasado, en el presente y en el futuro de la humanidad. El Max Planck anda a la caza de probar si la energía acumulada del adenosintrifosfato es radiación de fondo del universo; si cuando morimos, nuestra energía liberada a manera de pequeños big bangs

va a unirse al universo y a formar parte de su memoria. Cada noche, al dormir, entramos a esa memoria: eso explicaría el inconsciente colectivo, la regresión, los fantasmas, el *déjà vu*, las premoniciones, los ovnis y tal vez la misma muerte. Análogo al ordenador más poderoso, el sueño-dios presenta en imagen y sonido los quebrantos, dudas, hallazgos, milagros y conocimientos de los seres superiores que habitaron la tierra. Es el ábrete sésamo a los secretos de Gaia. El *hardware* del cosmos.

–Y ¿por qué nadie los ha investigado hasta ahora? – pregunté.

–Por superstición –dijo él–. Alguna leyenda narra que al alcanzar el cuarto nivel, el soñador se afantasma; otra, que en ese nivel habitan inteligencias que buscan cuerpos para materializarse; una última advierte que detrás de esos sueños está la Divinidad. La única verdad es ésta: los sueños-dios son energía controlable. Todo lo que deseamos intensamente puede ser creado por ellos. Por lo que sé, usted ya alcanzó el tercer nivel. Si quiere, firmamos un contrato donde nos garantice llegar hasta el último peldaño de la escalera al cielo.

–¿Qué le hace pensar que aceptaré? –repuse.

–Lo que lo espera en el cuarto piso –dijo–. La doctora Luna investiga los sueños-dios. ¿De cuántos ceros prefiere el cheque?

El cuarto piso aparecía flanqueado por ventanales que daban a la calle. La copa de la ceiba se extendía a su lado. Me detuve un instante ante la puerta de cristal donde se leía el nombre de la doctora Sadiva Luna, hipnóloga, y luego entré.

Contrario a lo que afirman filósofos y poetas sobre la muerte de dios, el amor es una mitología liviana y primitiva que pone en el centro de su universo una constelación con nombre de mujer. Sé que sonaré cursi, pero quizás a esta altura quepa una flaqueza: sobre el mío, sobre mi universo, gravita aún una diosa que lleva los adjetivos de la luna.

Hablamos de trabajo: el acuerdo de dos citas semanales y las pautas de rigor sobre la hipnosis. Me conectó al poligrama y empezamos con el nivel dos, el *astral*. Después de hacerme caer en trance me pidió recorrer en sueños el edificio. No significó mayor cosa para mí. Hasta descubrí un viejo nido de hormigas que le estaban devorando la memoria a la pobre Irene. Luego visité sitios más exóticos: la curia, un motel, el cuarto donde dicen que Isaacs lloró a María, el manicomio, la prisión y el sótano de la Biblioteca Municipal.

Un día, por descuido, aterricé encima de la ceiba y nos vi. Ella miraba absorta el poligrama; yo, a su lado, dormía y espía. Me embebí en su belleza: hombros torneados, invictos; pecho ubérrimo, talle de vértigo. Aventuré un *close up* bajo la falda. Advertí su piel perfecta, sus vellos erizados, lentos. El poligrama empezó a saltar. Al borde de la apnea, me asomé a su ye soberbia. Ella como que presintió y soltó un grito que me desfaldó hacia la realidad. Despierto, vi el poligrama: saltaba como un sismógrafo, incapaz de registrar el engarabñado terremoto de mi cerebro.

En el nivel tres abandonamos la hipnosis y me propuso dormir a voluntad. No sé lo que piensen ustedes. Yo soy incapaz de dormir, así, a secas, delante de alguien que mira; más, si ese alguien es tu obsesión. “Deme un somnífero”, pedí. “Va contra la ética”, respondió ella. “Peor sería que le pidiera una canción de cuna”, observé, irrefutable. Ella accedió.

He dicho que en el nivel tres se viaja por el tiempo. Con el pasado se corren varios riesgos: que volver a él no sea más que recorrer viejas películas de *El mundo al instante*, o que se rompan las magias y mitologías que la nostalgia levantó. Cauteloso, soñé tres hechos ajenos, distantes: la vida de mi abuelo en tiempos de la peste; la muerte de Gardel en Medellín; la noche en que Neil Armstrong pisó la Luna.

Tardaría mucho tiempo en descubrir las claves del futuro. La frivolidad me tentó: quise averiguar cuál sería el campeón del próximo Mundial de fútbol. La primera vez me salió un sueño ecológico; la segunda, sintonicé una reunión de suegras; a la tercera, fue: soñé aquel retruécano latino, TETE RORO MAMA NUNU DADA TETE LALA TETE, que bien escrito da «Te tero Roma manu nuda; date tela, latete»: “Te aplasto, Roma, con mi mano desnuda; entrega los dardos y escóndete”. El campeón sería el rival de Italia. El futuro es un niño juguetero. Por eso, el horóscopo es una farsa; por eso, las *Centurias* valen para cualquier día, no para la puntualidad que le adjudicamos a Nostradamus. Lo prueba la zurdera de ciertos sueños. El futuro puede ser una cosa opuesta o vulgar: una casa puede ser un burdel; el amor, la muerte; una película italiana, *Rambo*; Cristo, un nazi; Teresa de Calcuta, Lady Di; Gandhi, Deepak Chopra; un verso de Sables, todo Benedetti.

Dos semanas después, en medio de la sesión, me despertó una pesadilla. En el sueño me encontraba al borde de un abismo. De repente, perdí pie y empecé a caer. Acto seguido, entré en barrena. Una pesadilla antológica de la especie.

–Es la señal –dijo ella con ansiedad–. Toda persona tolera ese sueño antes de entrar al último nivel.

–Sufro de acrofobia –alegué suavemente.

–Peor es una llanura de ignorancia –dijo ella y me extendió el sedante.

De ese modo entré al cuarto nivel.

¿Puede acaso una palabra, cosa del aire, hermana del átomo y del polvo, dar cuenta del milagro? Digo que no. No voy a aguarles la siesta con el relato de lo que vi. El hebreo, el griego, el persa, el místico; el hombre común en el orgasmo, Dante en Florencia, y aquel último inglés de Buenos Aires en *El aleph*, lo vieron. Pero en ese instante tuve una ventaja sobre ellos: podía pedir un sueño.

Empecé por pequeñas cosas perdidas: el diminuto balero que me hizo feliz en la escuela; la foto de mi madre a los treinta años; los diez cuadernos de doble línea en que llevaba mis poemas y que mi hermano rompió; el olor de las tajadas de maduro fritas al atardecer. Aparecieron todas: el balero, detrás de un libro; la foto, en el fondo del baúl; los cuadernos, en un paquete del correo; y el olor de las tajadas, una tarde, a través del balcón. Hice un experimento más –noté que en la oficina de ella faltaban flores–: pedí un ramo de gérbervas color azafrán, que aún alumbran en el rincón.

Poco antes del final, ocurrió lo inesperado: me quedé en blanco, sin señal. Horrorizado, temí haber perdido la capacidad de soñar. Hasta que descubrimos la causa: la hipnotoxina, el virus del sueño producido por los somníferos. La naturaleza no tolera que ningún aturdido esculque sus secretos. El sueño-dios reclama la lucidez. Unas semanas de desintoxicación afinaron otra vez mis dendritas.

Entonces resolví pedir la gloria.

Si bien los obsesivos tenemos la suerte a nuestro favor, no nos ocurre igual con las cosas prácticas. Una de ellas, enamorar. Resolví el asunto con una ley que ha probado ser eficaz: la del menor esfuerzo. Solo ajusté dos cosas: el traje –chaqueta de trama perdiz y pantalón informal– y la frase con que iba a desarmarla –un endecasílabo categórico que me llevó unas horas componer–. Luego la llamé.

–Es hora de soñar al aire libre –le dije.

Contemplamos el crepúsculo desde un café junto al río y más tarde fuimos al cine. Esa noche, desde el cerro que domina la ciudad, vimos una estrella de oro que nos miraba fijamente. Yo cerré los ojos en su dirección y en voz baja pronuncié mi sueño-dios.

Al abrirlos, era su cuerpo firme y desnudo sobre mí. Un curvo deseo la sujetaba al cielo y sus senos repetían los astros furiosos. La devoré con tenazas, dientes, revoluciones. La derribé, la bucéé, la hice mía. Si en la noche lúcida en que vi el universo hubiera pedido toda la felicidad, no habría experimentado lo que sentí en ese momento.

Al final, me pidió ayudarla a vestirse. Le ajusté las medias y los zapatos –eran los zapatitos color *beige* que había comprado en la tienda–; luego tomé mis prendas. Cuando fui a vestirme, quedé paralizado: no me podía ver los pies. Levanté la mirada y vi en su rostro un rictus dramático.

–¿Alguna vez pensaste que podías haber sido dios? –me preguntó.

–Sí –respondí–, será mi próximo sueño.

–No hay más oportunidades –dijo ella–, sólo se llega allá una vez.

–A qué te refieres –balbuceé.

–A la leyenda –dijo–. Númar no te contó toda la verdad.

–¿Qué leyenda?

–La de los fantasmas –respondió y me miró hondo–. Lástima, ustedes siempre piden lo mismo.

Terminó de acicalarse y remató con una frase ártica:

–No creo que puedas volver al instituto.

En vano, intenté llamarla; en vano, la esperé junto a la ceiba; en vano, perseguí el auxilio del sueño: ya no pude volver a dormir. El duelo del viudo es simple, platónico: descubres que el mundo es sólo sombras. La flor, el auto, la nube, los rostros, la canción y el universo, todo te habla de ella. Abandonado, eres un sacerdote loco de quien su dios desertó.

Al otro día corrí hacia la biblioteca. Noté algo extraño: la gente pasaba a mi lado sin mirarme, el tipo de las fichas no recibió mi pedido, mis pasos no resonaron en los aposentos

llenos de libros. De pronto sucedió: primero fueron mis pies; después, el torso y el vientre; siguieron las manos y las piernas; finalmente, el rostro. Así me afantasmé.

Ya no me importa. Contra aquellos que se duelen de la oportunidad perdida, sostengo mi triunfo. ¿Qué son, en fin, los privilegios de la carne, el oro o la sabiduría, ante lo que vi? ¿Qué significa ser dios si un beso no te fuma? Abandonada la esperanza, soy ahora un ectoplasma feliz.

Desde la copa de la ceiba, he vuelto a verla. Regresa, tarde en la noche, con jóvenes traídos de las discotecas o de los gimnasios: bellos, radiantes, vacíos. En mi soledad, miro la gérbera azafrán. La flor y yo somos ahora parte de la memoria del universo. Sé que un día alguien verá mi rostro al cerrar sus ojos. Ojalá esta noche yo esté en tus sueños.

Hoover Delgado

Palmira, 1961. Escritor y dramaturgo. Ha publicado en *El quinteto de Versalles* (2003), y en las antologías de los concursos Carlos Castro Saavedra, Alejo Carpentier, Ciencia-ficción del Instituto Distrital de Cultura, y *A quien corresponda* (México, 2001), así como en revistas y diarios del país. Ha recibido varios galardones nacionales e internacionales. Fue miembro del TEC, y fundador y director del grupo de teatro Barco Ebrio. Actualmente se desempeña como Jefe del Departamento de Lenguajes y comunicación de la Universidad Icesi.

Ronda

Clara Llano



No te quería contar esta historia para no provocarte un dilema, para no complicarte la existencia; temo que te afecte leerla, al fin y al cabo estás muy cerca de él, tal vez es tu preferido y siempre te ha ayudado. Pero tu hija puede estar en peligro y siento la obligación de contarte lo que pasó.

Y me atrevo a decir que Valeria corre peligro por algo que podés interpretar como un juego, por una imagen que sólo representa riesgo a mis ojos, pues cuando la vi ese día me bajó una corriente por las piernas que las puso a temblar. Después recordé. No era la primera vez que recordaba; ha sido doloroso este trabajo de sacar algunos momentos del basurero que hay en mi memoria, de ese lugar oscuro donde algunos sucesos parecen eslabones oxidados en el pañol de cadenas de un barco de acero, que nadie quiere ver ni menos arrancar de ahí, pero que con esfuerzo y despedazándolas a martillazos, he traído a la parte consciente de mi cerebro.

Fue en la época en que salía con Marcelo; no sé si te acordás –creo que no lo conociste, pues en esos tiempos no estábamos tan cerca vos y yo como en la niñez, cuando pasábamos los veranos juntas– pero Marcelo fue un hombre a quien quise mucho, y aunque era como la mayoría de los que conocí en esa época –que en la mitad de la noche querían salir corriendo y si no lo hacían era por evitar algún comentario cursi o comprometedor, o desesperado– también era un hombre profundo que se propuso sacar el dolor que ni yo sabía que tenía adentro.

Entraba una luz clara y suave, en forma de rayos diagonales, por las cortinas de muselina. Despertábamos. Abrí los ojos. Se acercó a mí. Sus ojos brillaban. La luz aclaraba algunos partes de su cabello castaño con tonos cenizos. Sonreía. Apoyé mi cabeza en su vientre. Acaricié su piel bronceada, su estómago suave, sus vellos dorados en línea hacia abajo. Él hundía sus dedos entre mi pelo. De pronto sentí una presión en la cabeza que me molestó. No sé cómo describir la sensación que se apoderó de mí: era un fastidio que se confundía con miedo y aumentaba a medida que Marcelo intentaba recuperar mi deseo con sus caricias, hasta que me dejó paralizada.

Por un buen rato estuve callada, espantada. Marcelo respetó mi silencio, que se volvió tristeza. Pero al caer la tarde me preguntó, con tacto y con decisión, por los hombres de mi pasado. Recordé mi adolescencia, que apenas terminaba. Reviví situaciones de mi vida amorosa. Nos remontamos a la pubertad y sentí una terrible incomodidad. Intenté con toda resolución no evadir más el dolor. Me esforcé por capturar el recuerdo, miré hacia la cortina y pensé en los sucesos de la mañana. Me empeñé en controlar el devaneo que me producía esa asociación, hasta que logré atrapar el momento oculto en mi memoria durante más de diez años, que trataré de relatarte.

Fue en esa época cuando andábamos en gallada, ¿te acordás? Salíamos de la casa a las seis de la mañana para el establo, ordeñábamos vacas y tomábamos leche. A veces llevábamos un pedazo de panela o nos invitaban a comer arepas asadas en la estufa de leña del abuelo. Después quedábamos desocupados todos, algo así como diez niños curiosos en busca de acción. Solo nos ataba un deber: volver a casa al mediodía. Teníamos toda la mañana y un rato de la tarde para divertirnos, para experimentar con lo que encontráramos en el camino, para hacer las cosas más absurdas, lo que se le ocurriera al mayor, al más atrevido, lo que nos produjera la emoción más fuerte, lo que nos enseñara más rápido y de manera más contundente. También debíamos calmar la sed, el hambre y el cansancio en algunos momentos del día. A veces caminábamos dos kilómetros para recoger moras silvestres en un potrero enmalezado. Incluso llegábamos hasta el pueblo a comprar leche condensada para endulzar las moras, negras y chiquitas, porque la recompensa valía la pena.

¿Te acordás que nos dividíamos en los mismos grupitos de tres o cuatro? Y en nuestra pequeña comunidad estábamos a salvo porque teníamos la misma edad. Así fue como un día encontramos un cultivo de maíz y nos agarramos a mazorcazos, pero no nos lastimamos: fue mayor la diversión que la golpiza. En cambio, éramos vulnerables ante los mayores y a pesar de ello queríamos seguirlos; nos gustaba saber qué hacían y hacer lo mismo, aunque pusiéramos en riesgo nuestra vida. Suponíamos que tenían mejores ideas, conocían lugares secretos, hacían planes insospechados, y por supuesto los mayores se esforzaban en que así lo creyéramos, pero nos prohibían acompañarlos, y cuando nos atrevíamos a seguirlos, se ingeniaban la manera de dejarnos atrás.

En ocasiones él andaba con nosotros, y durante esos días nos sentíamos en la gloria, nos divertíamos más, nos creíamos importantes, honrados con la presencia de uno de los mayores.

Él siempre estaba bien vestido. ¿No te parece? Porque la costumbre de nuestras mamás era empacarnos la ropa más vieja, la que no usábamos en la ciudad sino en las vacaciones, siempre que nos cupiera. Crecíamos cada verano, heredábamos de los mayores, nuestra vestimenta estaba manchada, rota o desteñida. Pero la de él no. ¿O me equivoco? Me parece recordar que vestía pantalones oscuros, ajustados y bien planchados, con correas de cuero y hebilla metálica que combinaban muy bien con sus camisetas polo y buzos con letreros en inglés. Saludaba a las señoras con una sonrisa y un chiste para alegrar el día, pero en privado su humor se cargaba con un aire de superioridad que le permitía burlarse de los demás, y que nosotros disfrutábamos un montón. Siempre quería tener lo mejor y, aunque no era buenmozo, poseía un encanto poderoso que provenía de la expresión tierna de sus ojos al momento de sonreír.

Creo que no exagero cuando digo que para nosotros él era un ídolo. ¿O qué pensás vos? Algo me tendrás que decir después de esta carta... empiezo a sospechar que no la vas a leer; me imagino por momentos que dirás: qué hartera Ana Milena, siempre con sus historias dolorosas para aguarme la fiesta.

No lo recuerdo muy bien, más bien te digo que lo estoy recordando. Llegamos a la entrada de mi casa y nos despedimos –cada uno se iba para la suya a almorzar–. Hablábamos varios al tiempo: ¿Qué hacemos por la tarde? ¡Vamos al lago! No, mejor a la plantación. Corramos que nos dejan sin almuerzo... Luego él me miró y me hizo una seña

que sólo yo pude ver. Me mostró su muñeca con el dedo índice, dibujó un dos y señaló en una dirección: todo lo necesario para una cita, en tres segundos.

Después de almuerzo me esforcé en pasar desapercibida, en estar por ahí sin hacer ruido, cerca de la salida sin dejar ver mi intención, hasta que aproveché un descuido de mi mamá y una ocupación del mayordomo para salir y caminar por la carretera, más bien cerca del barranco, sin que me vieran. Cuando di la vuelta me sentí aliviada, fuera de la vista de mi familia. No sabía por qué me escondía, pero las claves eran precisas: el asunto era entre él y yo.

Caminaba con ganas de llegar. Algo emocionante tendría que proponerme él, tan cariñoso y protector, más divertido y más cercano que cualquiera de los mayores. No estaba asustada sino ansiosa por la curiosidad, porque confiaba en él así como mi mamá, y la tuya. Pero no era una curiosidad como para quebrarse el coco y adivinar el motivo; no me gustan los jeroglíficos, ni las especulaciones, ni siquiera los crucigramas; me fascina sorprenderme, llegar con los ojos cerrados para ver lo que prometieron. Digamos que si aún soy ingenua, cómo sería en esa época.

Lo vi venir por el potrero y me dejé llevar por la bajadita de la carretera. Miré alrededor, no vi a nadie más y aceleré el paso. Nos encontramos en una hondonada: conocíamos muy bien aquel potrero, al igual que vos. Siquiera viniste, me dijo. Cogió mi mano y me condujo. A veces se detenía y miraba alrededor.

La casa y su jardín estaban rodeados por una cerca de alambre de púas, que después de dar la vuelta se unía en sus extremos a una reja de hierro con formas góticas, pero tan descuidada que la pintura se descascaraba y una de las abras estaba descolgada. Sabíamos que la verja permanecía

cerrada con cadena y candado. Levantó el alambre de púas para abrir un espacio más amplio; me agaché y me arrastré por debajo. Al otro lado el pasto era alto, unas ramas caídas lo aplastaban, las naranjas se pudrían, crecían helechos de los que insisten en nacer en los potreros. ¿Te acordás que un día nos contaron que la única manera de acabar con ese tipo de maleza era dándole garrotazos?

Allí, me pasó el brazo por detrás, me abrazó como a una novia y yo me emocioné, con esa alegría que se siente ante el cariño de alguien que uno quiere, o admira demasiado, o necesita que lo tenga en cuenta; y esa curiosidad por saber lo que se traen entre manos los hombres y las mujeres: algo que vos y yo no conocíamos a esa edad y teníamos que imaginar, pues ya empezaban los cambios físicos en nosotras y nadie nos hablaba del asunto.

Con sus manos en mis hombros, a manera de trencito, me empujó por un corredor angosto. Me llevó al lugar más frío de la región, un lavadero igual de áspero al piso, húmedo como ningún otro. El jardín de atrás estaba cubierto de pinos altos en abundancia, que no dejaban pasar la luz ni el calor del sol al lavadero ni al suelo de cemento poroso. Sus agujas color marrón no dejaban crecer el pasto en la tierra. Esos árboles le daban al jardín un aspecto perturbador, pero yo estaba tan contenta que no me importaba el sitio: sabés que no soy exigente con lo material, prefiero la buena compañía a cualquier otra cosa en el mundo. Claro, también estaba nerviosa por la situación; quisiera poder recordar con exactitud lo que sentía. Puedo decirte que era una mezcla de temor y contentura, esa sensación que producen los momentos de riesgo, los actos escondidos tan propios de la pubertad. Una emoción que algunas personas necesitan para sentir pasión –por eso les gusta tanto la infidelidad–, que otras no conocen, y que la mayoría tiene pánico de sentir.

En el lavadero él me abrazó, esta vez frente a frente, aunque lo primero que sentí no fueron sus brazos rodeándome ni sus manos apretando mi espalda, sino algo duro contra mi bajo vientre que me asustó. Lo recordé esa tarde en la habitación de Marcelo, cuando las nubes acumuladas en el horizonte ocultaban los rayos de sol que nos despertaron en la mañana; y gracias a sus preguntas delicadas y a su interés cariñoso, me permití atar la sensación que me paralizó esa mañana con lo vivido en la niñez, y revivir el momento en que él agarró mi cabeza entre sus manos, la inclinó hacia abajo, la empujó. Los besos con lengua los había visto en televisión; tal vez sabía que los hombres tenían erecciones, pero esa fuerza sobre la cabeza no la entendía. Quise devolverme y la presión me arrodilló. El recuerdo me produjo arcadas, pero Marcelo insistió en la necesidad de verbalizarlo y fue así como empecé a sacarlo del hueco donde se encontraba, para vivir el interminable proceso de hacerme consciente de sus efectos sobre mi cuerpo.

No te contaré más detalles; ya fue bastante difícil poner esto por escrito. Mejor volvamos a los motivos de esta carta. No son mis traumas los que me llevaron a desnudarme frente a vos –en el fondo escribo esto para mí–; fue el corrientazo que sentí al ver esa imagen lo que me empujó a romper mi silencio contigo. La cogía de los pasadores de atrás del pantalón y la halaba hacia arriba. Valeria se elevaba cuando la mano de él la levantaba; subía una rodilla mientras saltaba con el otro pie; bajaba esa pierna, saltaba con ella y subía la otra, sube y baja, sube y baja, sube y... ese ritmo me recordó el juego del caballito, de dos en dos y en perfecta coordinación, hasta que el tiro del pantalón se me metía un poco entre los labios inferiores. Y vi cómo Valeria sonreía, con esa mezcla de alegría y temor que produce el descubrimiento, y cómo bajaban por el potrero hacia la carretera de piedras, como lo hacíamos nosotros entre el bullicio de la gallada.

Dirás que solo es un juego entre tu pequeña y un hombre mayor que te adora; y yo también quiero que así sea, pues aquí sólo habla mi cuerpo. Pero tengo la sensación de que evadirás el asunto, que no serás capaz de hablar con tu hija o asumirás que esta carta no dice nada, y yo mejor la voy a romper en este mismo instante.

Clara Llano Restrepo

Cali, 1967. Trabajó en investigaciones sobre la relación de los habitantes con el espacio público, con el medio ambiente, con los ríos, con los territorios de comunidades negras e indígenas. Es coautora de los libros: *La Chicha, una bebida fermentada a través de la historia*; *La gente de los ríos*, escrito con sus pobladores. De artículos como *Plaza de Bolívar: la manzana de la discordia* y *La tradición cultural del pueblo indígena Awá*. Cursó la Maestría en Escrituras Creativas, y eligió el género del cuento, que hasta hoy es su desvelo y fascinación. Tiene cuentos publicados en las antologías: *Cuentan. Relatos de escritoras colombianas contemporáneas* de Sílabas y *Opera prima. Antología de cuentos de la Universidad Nacional de Colombia*. *Maleza* es su primer libro de cuentos

Bobby

Antonio García Ángel



Para mi mamá, que está viva.

Ayer fue el entierro de Bobby, el hijo de mi tía Esther. El pobre Bobby se salió de la casa, se perdió en el barrio y lo atropellaron en la avenida Roosevelt. Una contusión en la cabeza. Otra. La tía Esther estaba devastada. Lívida, envarada, callada. Pero nosotros fuimos los que más lloramos. Mi hermano mayor pasó primero y empezó a decirle al cadáver un montón de frases, de las cuales sólo se entendía, una y otra vez, como una letanía, lo siento, lo siento mucho, de verdad. Luego se dobló frente al ataúd con los ojos cerrados. Yo estaba a su lado y no me atrevía a mirar dentro del cajón. Pero al final era inevitable. Bobby parecía dormido. Se le había suavizado el rictus que le deformaba la cara. Parecía normal. Mi hermano me dijo en voz baja, mientras sollozaba, ¿te das cuenta de que fuimos nosotros los que lo matamos? Quise decirle que estaba equivocado, pero finalmente lo abracé y también me puse a llorar.

Bobby era menor que nosotros, era el que seguía de los primos. Primero nació mi hermano Miguel en el 70, y yo dos años después. En el 77 nació Bobby. Luego vinieron Jimena y Francisco, los hijos de mi tía Yaya. En esa época mamá usaba un peinado al que le decían *gatica*, corto, liso y encocado hacia afuera; papá aún tenía pelo y llevaba camisas de arabescos, sandalias y patillas largas. Vivíamos en la casa de San Fernando y ya existía el Zenith gris grandote en que veíamos *Los picapiedra* y *Ultramán*. La tía Esther, que era mayor que mi mamá, empezó a preocuparse porque se sentía quedada y ya nadie se iba a casar con ella. Fue entonces cuando se metió a la agencia matrimonial y conoció a un gringo inmenso, de ojos azules, que era técnico de una base militar ubicada en la isla de Quahalem, en el Pacífico sur. Se llamaba Robert Hinton y vino a visitarla en diciembre. Después de pasar Navidad con los abuelos y nosotros, Esther y él viajaron a Juanchaco, Ladrilleros, San Andrés, Cartagena, la laguna de la Cocha, y el santuario de Las Lajas. Luego estuvo en Cali como un mes más. El gringo vio arenas blancas, vio mulatas y negras, comió zapote, chontaduro y mango biche, viudo de capaz y sancocho, contrató grupo vallenato y trío, trotó en el páramo, pescó, se emborrachó con aguardiente, hizo paseo de olla en Pance, bailó salsa en Juanchito e hizo el amor con la tía Esther. Recuerdo que mi tía, de repente, se puso gordísima. Robert regresó de Quahalem, se casaron y se pasaron a vivir a una cuadra de nosotros, en una casa blanca y roja de dos pisos, antejardín y dos patios a la que pusieron aire acondicionado en todos lados. En noviembre nació Robert Hinton Ángel. Desde antes que naciera, el tío Robert ya le decía Bobby. Papá decía, riéndose, que podía volverse cantante de salsa y firmar como Bobby Ángel.

A Miguel y a mí no nos dejaron visitarlo porque teníamos gripa. Hicimos una pataleta pero al final se fueron sin nosotros. Esa tarde nos quedamos capturando chinches y echándoselos a un hormiguero que había en el patio de nuestra casa, un solar de pasto chuzudo donde pasábamos las tardes. Se nos había olvidado el recién nacido, pero por la tarde vinieron papá y mamá y empezaron a comentar que el niño iba a ser grande, que había sacado los ojos azules del papá, que tenía el pelo mono y las cejas de la tía Esther. Esa noche, luego de que mamá nos rezó el bendito y alabado sea el santísimo sacramento del altar, y María concebida sin pecado original, cuando las luces ya estaban apagadas, Miguel me preguntó si ya me había dormido. Le dije que no. Me costaba dormir porque el árbol que estaba en la calle proyectaba sobre la pared del fondo una sombra que parecía una cara.

–¿Y no querés conocer al primito?

–Pues claro. Pero primero se nos tiene que quitar la gripa.

–¿Y si no se nos quita y quedamos como Papá Jao? Entonces nunca lo vamos a conocer –dijo Miguel, preocupado.

Papá Jao era el abuelo Jairo, que vivía todo el tiempo estornudando, sonándose y gargajeando. La idea de quedarnos agripados para siempre me dio miedo, mucho más que la cara que se reflejaba en la pared.

–Recemos otro bendito y alabado, para que se nos quite –le respondí, y rezamos.

Esa noche soñé que el primo Bobby sólo hablaba inglés y por eso no nos podíamos comunicar con él. Le pedíamos prestados sus juguetes, unos robots altísimos y sonrientes, pero él nos decía que no podía porque los robots sólo entendían inglés. Al día siguiente, en el desayuno, Miguel preguntó si cuando volviéramos del colegio podíamos ir a

visitar al primito. ¡No señores, ni se vayan a aparecer por donde Esther! Ustedes todavía están apestados, dijo papá, muy serio, mientras nos hacía tomar unas pastillas que sabían a naranja y se llamaban asawin. En el bus ya no volvimos a hablar de eso. Mi hermano se fue a sentar con los grandes y yo me hice adelante, al lado de una peladita que se quedó dormida en mi hombro y no me atreví a despertar. Tampoco nos vimos en el recreo, pues a Miguel le gustaba jugar fútbol y a mí me gustaba ir adonde Lupe, la vaca que estaba al otro lado del alambrado; uno podía darle pasto con supervisión de las profesoras. De vuelta, en el bus, Miguel me dijo que nos bajáramos en la casa de la tía. A mí me dio miedo pero acepté. El chofer del bus y la profesora que iba en el puesto de adelante sabían que a veces nos bajábamos allí.

La casa que había comprado el tío Robert y donde vivía con la tía Esther y nuestro primito recién nacido tenía dos entradas, la principal y otra con barrotes, que permitía ver lo que estaba al otro lado: un callejón que iba a dar al patio de ropas, que a su vez comunicaba al patio trasero. Esa puerta era la que usaba Emperatriz, una muchacha de servicio negra y gorda que cocinaba muy rico y a la que todos llamaban Empera.

—¿Y por qué no timbramos? —pregunté—. Nos van a regañar.

Miguel me dijo con un gesto que me quedara callado y empezó a mover el pasador hasta que abrió la puerta, que permanecía sin candado de día. Entramos. Yo le susurraba que nos devolviéramos pero Miguel no me hacía caso. En el patio trasero no había nadie, sólo el radio de Empera que transmitía *Solución a su problema* mientras ella hacía algo en la cocina. Pasamos al otro patio. Nuestra tía estaba en la sala del fondo con Robert, la abuela, mi mamá, la tía Yaya, que en ese entonces tenía por ahí trece años, y la mamá de Robert, una señora vieja pero muy linda que había venido a visitarlos

unos días antes. Conversaban y se reían. Entramos sin hacer ruido y caminamos hasta las escaleras. Subimos gateando, por un ladito, para que no nos fueran a ver desde abajo. Yo estaba asustado, si nos descubrían nos iban a castigar y se iban a poner muy bravos, pero Miguel siguió hasta el cuarto de los tíos y yo iba tras él. El bebé estaba en una cunita que parecía forrada en papel regalo. Estaba dormido y parecía arrugado. De pronto sentimos pasos en el corredor y nos metimos debajo de la cama. Miguel a mi lado, tan asustado como yo, me miraba y con el dedo en los labios me indicaba que no hiciera ruido. Vimos los tenis de la mamá del tío Robert, que caminaba con sigilo, echaba un vistazo y volvía a salir de la habitación. Cuando sentimos que ya la señora estaba de nuevo en el primer piso, salimos. Miguel me dijo «carguémoslo». Yo al principio le dije que no, pero cuando lo sacó de la cunita, el primo Bobby abrió los ojos, unos ojotes azules que nos miraron con tranquilidad, y bostezó. Miguel se sentó en la cama con él.

–Tan bonito –susurré–. Déjame cargarlo.

–No. Lo voy a poner otra vez –respondió Miguel

Pero yo no había corrido todos esos riesgos sólo para que él lo cargara. Me dio rabia. Le dije que si no me lo dejaba cargar iba a decirle a mi mamá. Él me dijo que hiciera lo que quisiera, yo se lo traté de arrebatrar y, cuando Miguel lo estaba quitando, lo aporreó contra el borde de la cama. El golpe sonó, al mismo tiempo, como una rama partiéndose y una piedra cayendo en el lodo. Nos miramos llenos de pavor. Bobby no lloró, siguió con los ojos abiertos, pero no lloró. Cuando le miramos la cabeza, tenía un hundido, un hundido grande y triangular. La cabeza le había quedado como cuando papá chocó el carro y se le hundió toda la parte de adelante.

–¡Bruto, lo golpeaste! –le dije a Miguel, cuidando de no alzar la voz.

En ese momento, Bobby empezó a llorar. Miguel lo puso de nuevo en la cunita y nos metimos bajo la cama. Mientras decía ya voy bebé, ya voy, mamá apareció, lo cargó, dijo ¡ay! y se lo llevó para abajo. El corazón me latía con fuerza. Estaba paralizado. Miguel me empujó. Salimos y caminamos con sigilo hasta las escaleras. Bajamos agachados y salimos al patio y luego al corredor. Los grandes, con el bebé, formaban al fondo una especie de discusión. Atravesamos el callejón y abrimos la reja. Salimos al antejardín y nos fuimos corriendo a casa.

Allí nos abrió Carmen, la muchacha, sin hacer el menor comentario porque nos hubiéramos demorado. Esa noche, cuando mamá nos estaba haciendo rezar para acostarnos, se puso a llorar.

—¿Qué pasa, mami? —pregunté.

—Su primito Robert. Parece que está enfermo —respondió.

Al día siguiente, cuando llegamos del colegio, nos dijeron que el primo estaba en el hospital. Todos los grandes estaban tristes, hablaban de desgracia y de que mi Dios, que es tan grande, lo iba a mejorar. Había que mirar muy arriba para verle la cara al gringo, una cara roja y regordeta que a veces parecía de payaso, pero que se había puesto muy larga por esos días. Ya no nos decía *jovencitous* ni nos cargaba en los hombros ni nos daba esas galletas cuadradas que le mandaban de allá. Vimos al primo Robert cuando salió del hospital. Tenía dos meses y medio. Nunca aprendió a hablar. Babeaba y se le salían los mocos. Se quedaba mirando al infinito durante horas sin decir nada. Su juguete preferido era un plato rojo, de plástico, al que le daba manotazos para verlo moverse en el suelo. El tío Robert, una noche, borracho, lo rompió. Bobby iba a ser espigado, apuesto, tan inteligente como su papá, iba a ser de quien se iban a enamorar las niñas de la cuadra, el amor platónico de Jimena, la hija de la tía Yaya, seguro que

iría a estudiar en una buena universidad y luego sería famoso o tendría mucha plata. Los crespos rebeldes, los ojos azules y su estatura estaban ahí, pero él era como el escombros sucio de un gran palacio. La culpa de todo se la echaron a Empera, quien por poco termina en la cárcel. Mi tía Esther se volvió una señora amargada y rezandera y lo quiso mucho. Lo amó como se ama a un hijo bobo. El gringo se volvió hosco, se entregó a la bebida y al final se fue a Freemont, California, a trabajar en algo de computadores. No volvió a aparecer ni a escribir ni nada. Ni siquiera vino al entierro. Miguel y yo nunca hablamos de eso, jamás cruzamos una palabra. Bastaba ver a Bobby con su cara de idiota, mirando hacia la nada, mordiendo algún juguete de plástico de los que le compraba la tía Esther, bastaba verlo cuando íbamos a la finca de Papá Jao y él se quedaba como un ente tirado en el pasto y había que impedir que empezara a comer puñados de tierra, bastaba que mamá o alguien lo mencionara para que con una mirada Miguel y yo encontráramos esa culpa compartida y sin palabras que, por fin, se rompió ayer frente a su ataúd.

Antonio García Ángel

Cali, 1972. Ha escrito las novelas *Su casa es mi casa* (2001) y *Recursos humanos* (2006), y el libro de cuentos *Animales domésticos* (2010). *Declive*, novela (2018), En 2004 fue elegido en el programa de Maestros y Discípulos de la firma relojera Rolex, lo cual le permitió contar durante un año con la tutoría de Mario Vargas Llosa. En 2007 hizo parte de *Bogotá 39*. Ha participado en diversas antologías, escribe para revistas. Actualmente es editor del programa Libro al Viento.

Olor de violetas

Ángela Rengifo



El hombre está de espaldas en un sillón. Observa algo que se encuentra guardado en un sobre lila y luego lo arroja al suelo. Asustado, se acerca a la ventana con vista a la ciudad. Parece no darse cuenta de su presencia. Mientras que a él le causaría un efecto tranquilizador ver el horizonte a oscuras con miles de luces pequeñas, el hombre continúa nervioso. Es obvio que no puede irse a dormir. Se le contagia su angustia. Sin saber cómo, el apartamento ha quedado a oscuras. Alguien irreconocible se acerca hasta el hombre de la ventana y empieza a estrangularlo con algo que lleva en sus manos. El otro está indeciso si debe salir, tiene la posibilidad de evitar que asesinen a ese hombre pero no es capaz de moverse. Se resigna a verlo morir. Ignora quien sea el homicida pero sospecha una maliciosa sensación de placer ante el sufrimiento de la víctima. Por fin cae el cuerpo bocabajo. En su ser se mezclan el alivio y la culpabilidad.

El asesino se ha marchado. Abandona su escondite movido por la curiosidad morbosa de saber quién es el muerto. La ventana deja llegar una claridad hasta el cadáver. Sus manos voltean ese cuerpo: se trata de él mismo.

Una inhalación profunda lo trae de regreso. Se encuentra en el mismo cuarto y en la misma cama que hace unas horas vio antes de acostarse. Está mojado por el sudor aunque la ventana permanece abierta de par en par. Esas noches que ha pasado en su nuevo apartamento no han sido las más agradables. Las pesadillas duplican el cansancio de todo un día de trabajo. Su corazón todavía palpita con fuerza, se apresura a cerrar la ventana. Luego va hasta la sala no sin antes encender todas las luces. El lugar se halla tal como lo dejó. Su maletín en el sillón, unas copas de brandy vacías sobre la mesita y la ventana que da hacia fuera también permanece cerrada. Se regaña a sí mismo por lo absurdo de su imaginación. Apaga las luces y regresa a la cama.

El calor es insoportable cuando empieza su rutina de vueltas. La diferencia es que esta vez no logra quedarse dormido. Tal vez sí lo hace, pero esos momentos de sueño liviano se van como un suspiro comparados con las veces que se sienta para ver el reloj. Cuando se sobresalta creyendo que es tarde, comprueba que tan sólo han transcurrido veinte o treinta minutos. Resignado, aguarda el amanecer. Así se agota poco a poco su vida, entre la impaciencia porque el tiempo siga rápido, sin saber para qué, y el deseo que se detenga. Trata de no pensar mucho en eso, resulta bastante provechoso el ruido de la calle y el de la oficina. Pero las noches y el regreso a casa son una tortura.

Antes de salir de la oficina, verifica que no haya nada pendiente en la correspondencia. Dentro de la gaveta alguien ha dejado un sobre lila. Un corrientazo recorre su cuerpo. Toma el sobre para ver quién lo ha enviado, pero no tiene remitente. Sólo remarca con letras grandes su nombre: “Para Leonardo T.” En ese momento las imágenes bombardean su memoria. De inmediato devuelve el sobre a la gaveta, tan rápido como su pensamiento le reprocha por lo absurdo de su acción. Sólo era una pesadilla. Se tratará de un cliente vulgar o descuidado que ha preferido dejar una carta de reclamación sin remitente. Está cansado. Será para mañana.

Esa noche, como pocas veces lo hace, decide desviarse a un bar que queda a dos cuadras de su apartamento. Como es un día de semana hay poca gente. Leonardo prefiere que sea de esa manera, le fastidian las multitudes sobre todo cuando se trata de personas que considera poco interesantes. Porque son parecidas a él. Absorbidos en la rutina diaria de trabajo y que de vez en cuando cometen el delito de ahogar su cansancio en el alcohol. No es un cansancio físico únicamente, es un cansancio de tener que sacar todos los días fuerzas para mover su cuerpo, para hablar y sonreír a la gente aunque no tenga ganas de hacerlo, un cansancio hasta de seguir respirando. Se sienta en una mesa del rincón, desde donde puede observar sin ser observado. Los meseros limpian una y otra vez las copas vacías mientras charlan animadamente con unas mujeres en la mesa de barra. Una de ellas se le acerca. “¿Necesitas compañía?” Después de tomar algunos tragos, la invita a su apartamento.

Sin necesidad de preguntar nada, la mujer se quita la ropa y se acuesta boca arriba sobre la cama. Leonardo también se desviste y se acuesta encima. Ella gime, finge placer. Por fin logra vaciar su cuerpo en el de ella y cuando se siente satisfecho la aparta de su lado. Terminado su trabajo, la mujer se viste de nuevo y se marcha cuando ha recogido el dinero dejado sobre la mesa de noche. Después de cerciorarse que la mujer ha dejado su apartamento, se tira a la cama y se queda dormido.

Un momento más tarde lo despierta la presencia de otra persona en su habitación. Es una mujer que peina sus cabellos sentada en la silla de su escritorio. Actúa como si él no se encontrara en ese lugar. Su rostro ya no es tan joven, mas su piel conserva una inevitable belleza. Leonardo decide levantarse para preguntarle cómo llegó allí. En ese instante ella también se pone de pie y abandona la habitación. El apartamento permanece a oscuras, pero puede seguirla por el olor a violetas que despide su cuerpo. Llegan a la cocina, ella sigue ignorándolo. Abre un cajón debajo del lavaplatos –que hasta ese momento Leonardo no había visto– y extrae una caja con papeles, muy importantes para ella porque parece tranquila al encontrarlos allí. Él quiere encender la luz para hacer más notoria su presencia pero cuando voltea, la mujer ha desaparecido. Desesperado regresa a su cuarto que ha quedado impregnado con su olor.

Como todos los días está allí a la misma hora. Acomoda unos papeles sobre su escritorio y recuerda el sobre lila. Busca en la gaveta, dándole prioridad antes que otros sobres. Al destaparlo se disgusta pues son varios recortes de periódico sin ninguna carta o una nota. No comprende para qué le

envían esa basura como si él no tuviera otras cosas por hacer. Aparecen varias noticias sobre asesinatos; el rasgo común es que todos son hombres y han muerto estrangulados. No se detiene a mirar más información, excepto las fechas. El último fue hace un año y de ahí para atrás en intervalos de seis, ocho o nueve meses. Piensa arrojar de una vez todo eso, ofuscado por las ocurrencias de la gente desocupada. Sin embargo, el último recorte le llama la atención. En la foto aparece esa mujer. Sus manos tiemblan al leer el titular: “Se quita la vida ahorcándose”; la fecha es de cinco años atrás.

Esconde el recorte dentro de una carpeta para simular ante sus compañeros que revisa unos documentos importantes. Amplían poco la información, se detienen solamente en la descripción del hallazgo por parte de la policía. En el momento de su muerte tenía cuarenta años, se llamaba Sandra. Entre estos datos se incluye la dirección del inmueble. Verifica la misma información en los otros recortes: se trata de su apartamento.

Esta vez sí tenía motivos para salir rápido del trabajo. Por un momento pensó en dar aviso a las autoridades, era obvio que quien le envió ese sobre le estaba haciendo una amenaza de muerte. Pero le ganó la curiosidad. En primer lugar, quería comprobar su pesadilla. Si esa supuesta caja existía es muy probable que el asesino la estuviese buscando. Francamente era bastante absurda su suposición. Creer que una mujer muerta lo prevenga en sus pesadillas para evitar su asesinato. Sandra... su nombre es Sandra. En su recuerdo permanece el olor a violetas. Tan rápido como puede enciende todas las luces de su apartamento y se dirige a la cocina. Debajo del lavaplatos no hay nada. Se arrodilla decepcionado, lo que le permite observar que la pared tiene una capa superpuesta de masilla. Eureka. Tras la supuesta pared se encuentra una cubierta de baldosines antiguos. Sigue trabajando hasta que

puede extraer uno de los cuadrados, puesto ahí como una falsa puerta para recubrir un espacio en la pared. Allí está una caja llena de polvo pero intacta, la humedad no la ha alcanzado.

Después de limpiarla, pone esa caja sobre el mesón de la cocina y acerca una silla. Tiene varias cartas. Reflexiona un momento antes de leerlas, pues si las han escondido tan bien y además han asesinado por ellas probablemente contengan una información muy peligrosa que no debería saber. Eso sería como firmar una sentencia definitiva de muerte. No obstante, recordar el olor a violetas lo hace retractarse de sus dudas ¿Qué tendrá que ver Sandra en todo esto? Al leer se siente más confundido. Son cartas de amor enviadas por dos amantes en una relación prohibida pues él está comprometido. No aparecen los nombres, pero indudablemente la mujer es Sandra. En apariencia, esa información sólo sería peligrosa si ella estuviera viva y lo más grave que podría causar sería un divorcio. Sólo por esto ha pasado toda la noche en vela. Cuando quiere ir a su cuarto, ella aparece sonriéndole.

“Sandra”. El nombre sale de su boca como una súplica. Esta vez ella no lo ha ignorado. Se acerca en silencio a recoger las cartas esparcidas por el mesón para guardarlas en su sitio. Leonardo la deja hacer, trastornado por el olor a violetas. Teme tocarla. No quiere despertar y descubrir que todo es un sueño. Lo siente muy real. Olvida las razones por las cuales ha regresado al apartamento. Ella lo mira de nuevo y abandona la cocina. Él sigue detrás. Van hasta la habitación donde Sandra mecánicamente se peina frente al tocador. Porque ya no es su escritorio. Ni su habitación, ni su cama, ni sus cosas. Ahora forma parte del espacio de ella, del mundo de ella. Su rostro en el espejo se ve iluminado. Desde allí vuelve a

mirarlo. Deja el peine, extiende una de sus manos pidiéndole la suya. Leonardo vacila, pero se decide y toca con su mano la de ella, la aprieta fuerte sin soltarla. Sandra se pone de pie, le acaricia con la yema de los dedos su rostro, su pelo. Leonardo vacila. Es ella quien toma la iniciativa de acercarlo a la cama, de quitarle la ropa, de morderlo despacio mientras él enreda sus cabellos tímidamente antes de bajar las manos por la espalda, encerrar en ellas sus senos, su cintura, sus caderas y darse ese beso largo de la penetración, inundados por el olor a violetas.

Al despertar lo embarga la sensación de placer. Esta vez no pudo ser un sueño. Sandra estuvo aquí con él. Durmió sobre su cama y dentro de su cuerpo. Aunque otra vez la habitación estuviera sola. Era casi la hora de madrugada, pero no quería pensar en nada más aparte de lo que había dicho Sandra: “Tengo miedo de que seas sólo un sueño”. Se levanta y va a la cocina. La luz continúa encendida, la caja guardada en el escondite de siempre. Recuerda el sobre lila que metió en un bolsillo de su chaqueta. Va a la sala, todo sigue como lo dejó. Se sienta sobre el sillón y escarba dentro de sus bolsillos. Saca el sobre para darle un nuevo vistazo a los recortes. Se detiene en la foto de Sandra. Mientras la observa recorre su cuerpo el mismo estremecimiento que cuando apretó su mano. Recuesta su cabeza al cojín y arroja a un lado el sobre después de dar un suspiro. Siente como si ya hubiese vivido esto. Angustiado camina hasta la ventana para ver las lucecitas de la ciudad en un horizonte todavía oscuro. Mira a su alrededor pues se siente observado, pero no ve a nadie. De repente el apartamento queda a oscuras y casi al instante siente la cuerda ajustada a su cuello que le roba el aire. Piensa en Sandra, en su olor a violetas.

Ángela Rengifo

Cali 1984. Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana y Licenciada en Literatura de la Universidad del Valle. Candidata a Doctora en Educación, por el Doctorado Interinstitucional en Educación de las Universidades del Valle, Pedagógica y Distrital. Primer lugar II Concurso Latinoamericano y XVI Universitario Nacional de Cuento Corto, 2003, Universidad Externado de Colombia, con el minicuento *Casualidad*. En el 2005 obtiene su segundo premio: Jorge Isaacs Colección de Autores Vallecaucanos categoría cuento, con su libro *Jitanjáfora* publicado por la Gobernación del Valle del Cauca. En el 2008 ocupó el segundo lugar en el Concurso Nacional de Cuento Leopoldo Berdella, organizado por la Asociación Cultural El Túnel, de Montería, con el cuento *Metamorfosis*. Actualmente se desempeña como docente en la Escuela de Estudios Literarios en la Universidad del Valle.

Manual para atesorar el amor, caso N°57: Matrioshka

Heidy Peralta



Mi corazón se sacude cada vez que la pantalla del celular se ilumina. Digo mal la clave, una, dos veces. Me vuelvo tonta en situaciones así. Emilia, en cambio, lo habría hecho bien. Por fin accedo al teléfono. Es ella. Se dignó a escribir. Siento la punzada en la parte baja del abdomen. Ha escrito la misma línea de siempre: «Estoy bien, mamá.»

Si hubiera sabido que se largaría tan pronto, habría hecho distinto las cosas. Miento, todo hubiera sido como fue. Soy una buena madre, ¿qué más podría haber hecho? Nunca entendí por qué quiso irse; lo tenía todo. Corrección: se lo dimos todo. Siempre fue un poco... determinada en sus decisiones. ¿En qué pensaba cuando escogió una de esas carreras donde ganas centavos y vistes abrigos de mercadillo? Pero abandonar su maravillosa vida para irse a mendigar por el mundo fue lo más doloroso; como si una hija mía pudiera ser ese tipo de niña. ¿Entenderá por cuánto tengo que pasar para que la gente no sepa lo que hace? «¿Cuál gente, mamá?», preguntaría. Pues la gente que importa, Emilia.

Estiro la boca. Estoy apretando demasiado los dientes. Dejo el celular por ahí. Recojo los zapatos tirados, voy a la habitación, bajo a la cocina, busco una pastilla y tomo un vaso de agua. Sé que dejé el celular por ahí. Subo al estudio, prendo la televisión, de nuevo a la alcoba, acomodo los cojines, recojo algo más, apago la televisión. Busco el celular y miro la pantalla: nadie.

La primera vez que sentí este abandono fue cuando Emilia viajó a estudiar a esa pequeña ciudad sin importancia. Las madres que hablan de tener una vida propia no tienen idea de qué hablan. Tardes, meses, años, todo mi tiempo dedicado a ir del colegio a las clases de piano un día y de equitación al siguiente. Citas con el nutricionista, cursos de etiqueta, tutores de apoyo y todo aquello que lograra una hija exitosa y feliz. Pero ya desde esa vez Emilia estaba muy ocupada para responder mis mensajes. Su padre decía, y aún lo hace, que no la presione, que tiendo a presionarlos a todos. Se equivoca; como si alguien conociera a mi hija mejor que yo o pudiera determinar con mayor precisión cuán dulce le gusta su bebida achocolatada en las mañanas. ¿Quién si no yo sabría qué necesita y lo grandiosa que puede llegar a ser, incluso si ya no contesta mis mensajes?

Abro la nevera: olvidé ir al mercado. ¿Cómo puedo ser tan tonta? Vuelve la punzada en el abdomen.

-Inhalar, exhalar.

Como si así todas mis tareas quedaran resueltas.

-Inhalar, exhalar.

Debo decirlo en voz alta porque de otra manera no logro concentrarme.

-Inhalar, exhalar. Pagarle a la doméstica. Calmarse y sonreír. Pedir la cita médica de Bruno. Momento presente, momento maravilloso.

Suficiente de esta tontería, hay mucho por hacer.

Retoco mi maquillaje e imagino a Emilia como una nómada, peinada con esas trenzas de cabello apretado, igual que en la foto que tanto trabajo me costó que enviara; tan delgada, cargando clavos para malabares en una maleta apestosa que, desde hace años, insiste en llevar. Me tiembla el pulso y debo seguir con otra cosa. En serio me sorprende lo tonta que soy. De salida, frente a la puerta principal, siento la necesidad de cerrar los ojos y apoyarme sobre el mesón de la cocina. No tengo opción, debo ir. Trato de evitar ciertos lugares, detesto encontrarme con viejos conocidos. «¿Cómo está Emilia?», preguntan, aunque en realidad quieren decir «¿Qué ha logrado Emilia?». Respondo que está bien; mejor, de hecho, y abro mi boca intentando que la sonrisa sea amplia, pero un leve temblor no me deja hacerlo del todo. En lugar de huir, extendiendo mi cola de pavo real.

–Estudia en Francia; becada en Lyon, gran universidad. Emilia sigue siendo la mejor de su clase. –Agito mis plumas–. Ha sido escogida como asistente de un profesor.

Y todos asienten, porque es lo que se esperaba de ella, aunque sus rostros proyecten un asomo de escepticismo.

Los más entrometidos dicen que ya son abuelos porque sus hijas, quienes siguen cerca y contestan sus mensajes, son mujeres exitosas y en equilibrio. En estos casos, mis plumas de pavo extendidas se agitan con fuerza de manera que todos se estremezcan. Les digo que Emilia no ha teniendo tiempo para eso; la universidad es exigente, aunque ya encontró al indicado, por supuesto.

–Es europeo, también con doctorado, se conocieron en la universidad. La ama, es un hombre fantástico. Viajan y estudian mucho. Los niños vendrán después.

Finjo que no me importa y río como aprendí a hacerlo en las clases de *glamour*, con ese gesto que las madres usamos cuando no podemos controlar los actos de nuestros

hijos. Me excuso rápido porque debo encargarme de varios asuntos, muy importantes, claro; a veces incluso digo que se trata de alguna solicitud hecha por mi hija. Y me alejo lo más rápido posible con una taquicardia que empieza cuando preguntan cómo está Emilia. Dudo si notarán que no tengo idea de cuanto digo, porque de antemano ya saben que no es cierto que estudie en Lyon y viaje por el mundo junto a su prometido; quizá la han visto durante algún viaje caminando en el metro y se asombren de encontrarla entre aquel grupo de vagos inútiles que no han cambiado sus ropas en varios días, y sientan pena por mí, pero aun así no evitan preguntarme porque les gusta creer que sus hijas son mejores que la mía.

Ahora recorro la tienda de víveres empujando un carro de mercado, concentrada en mi teléfono para evitar reconocer a alguien, cuando escucho una voz de mujer joven que desde atrás me saluda por el nombre. Cuando volteo, me abraza de manera afectuosa. Ni siquiera pregunta cómo estoy a pesar de no haberla visto desde que salieron del colegio, sino que me cuenta emocionada sobre su luna de miel en Moscú y dice que no imagino a quién ha visto en un festival de circo en una pequeña plaza. Que al principio no la reconoció, que hablaron poco porque ambas tenían caminos distintos a seguir, una pena porque ninguna sabía de ella desde la graduación, pero fue fantástico verse de nuevo. Ignoro qué piensa al ver mi rostro atónito, mientras intento con todas mis fuerzas sonreír para evitar preguntarle qué más dijo, si le habló de mí, si desea volver o cualquier otro tema del que hubieran podido conversar. Juego con una manzana del carrito porque, de otra manera, va a notar que mis manos tiemblan. Cuando por fin se calla también permanezco en silencio, sin ganas de irme aunque tenga miedo y no sepa si este nudo en el estómago va a delatarme. Espera a que

reaccione de alguna manera y le diga que ya sabía todo eso por Emilia, así como seguro su madre, a quien vi hace solo una semana, ya lo sabe por ella. Inhalar, exhalar. Acostumbrada como estoy al juego de idealizar a mi hija, asiento y respondo que ha decidido tomarse un tiempo, pero que está pensando en volver a la universidad. Me mira sin ninguna expresión. Puede que me crea o quizá habló demasiado con ella; en todo caso lo mejor es despedirse. Vuelve a darme un abrazo y de mi pecho surge una pregunta que no esperaba ni pretendía decir.

-Entonces, ¿ella está bien?

Heidy Johana Peralta Rodríguez.

Cali, 1978. Comunicadora Social. Inició explorando la escritura en el 2015 en diversos talleres. Ganó el Segundo lugar en la categoría de Cuento en el Concurso para Talleres de Red Nacional de Escritura Creativa RELATA 2016. Fue seleccionada para la Antología Digital El Narratorio, Año 3, Número 34, diciembre 2018, así como en el IV Certamen Literario RSC 2018 de La Factoría, revista digital.

Los de atrás

Rodolfo Villa Valencia



I

Llegaron a la avenida media hora después de lo planeado. El sol daba de frente en el parabrisas del auto y eso hacía que el cabezón no manejara con cuidado. Eso, y los alucinógenos que consumían con rapidez pasmosa. Se detuvieron. El frentón se tiró del auto y vomitó al borde del asfalto. Un vómito blancuzco, parecido al claro que deja el maíz cuando se cocina. Uno de los de atrás abrió una botella de ron y bebió. Se la entregó al cabezón. Bebió. Escupió por encima de la ventanilla y se mandó otro trago. Luego la extendió a la parte de atrás y la dejó caer.

—¿Hacia dónde? —preguntó alguno desde la parte posterior del auto.

—No sé —contestó el cabezón. Miró a lado y lado. Puso el motor en marcha y terminó—: Esta no es la misma parte por la que entramos. Vamos hacia allá —dijo, y señaló un punto en el horizonte.

Eran cinco. Los tres de atrás, hermanos. Los de adelante, el cabezón y el frentón, nunca se quisieron, pero les gustaba trabajar juntos. Se conocían desde que, en la cárcel, el frentón intentó violar al cabezón, y este casi lo termina a puñaladas.

II

Epifanio se sentaba a diario en el quicio de la puerta. Después de almorzar, mirar quince minutos el noticiero de mediodía –más por matar tiempo, que por interés, ya que hacía mucho tiempo se había alejado de lo que él llamaba “la realidad” – despedir a su mujer porque salía a trabajar y despachar el hijo para la escuela, sacaba una silla y se acomodaba en la sombra, debajo de un viejo árbol en el antejardín, y desde allí observaba todo cuanto pasaba a su alrededor: sabía desde cuántos clientes llegaban al burdel *La rosa muerta* hasta a qué hora su vecina barría la sala.

A las tres en punto se quedaba mirando la carretera y se dormía. La nube de polvo levantada por uno que otro carro que pasaba, llegaba hasta su casa. El sol comenzaba su descenso. A esa hora no se escuchaba ruido alguno, sólo, de cuando en cuando, uno que otro gavián buscando con ansiedad las palomas que se arremolinaban en el parque.

A las tres y media despertaba, tomaba un periódico de una mesa de madera que adornada la sala y salía de nuevo. Comenzaba a abanicarse y se secaba el sudor con sus manos. Esperaba pacientemente hasta las cuatro y media, hora en que iniciaba el desfile de la poca población que habitaba el lugar. También la ansiedad empezaba a llegar, producida porque justo a las cinco las colegialas salían de la escuela pública y se entretenía viendo cómo el viento elevaba sus

faldas y dejaba al aire sus nalgas. Entraba, dejando la puerta abierta, y se masturbaba. Luego, regresaba al asiento para continuar contando cuanta mujer y hombre pasaba por esa calle.

III

Gertrudis era mayor diez años.

A veces llovía, veinte o veinticinco días al año. El resto del tiempo el calor era crudo. El sol parecía calentar más que en cualquier otro lado del mundo. Las horas se hacían eternas y el tiempo parecía tener vida propia. Se detenía o aceleraba a su gusto, aunque los segunderos de los pocos relojes indicaran que todo estaba igual.

Gertrudis luchaba contra el clima intentando proteger sus plantas de la sequía. Entonces, en el amplio patio las ubicaba de forma estratégica: las sábanas, por ejemplo, siempre estaban en la sombra. Ellas no necesitaban del sol para sobrevivir, decía. Las rosas se mantenían de pie gracias a que las regaba en la mañana, antes de salir, y nuevamente en la noche, antes de irse a dormir. También había bifloras, resucitados, toda especie de hierbas útiles –ella llamaba “útiles” a las plantas que le servían para los problemas de salud: verdolaga, llantén, orozul, paico, albahaca. También las plantas florales entraban en esa clasificación ya que adornaban y llenaban de vitalidad el rancho. Llamaba rastrojo a las plantas que no le representaban ningún beneficio, y las arrancaba.

Su jornada comenzaba a las seis en punto. Se levantaba, iba al baño y ponía agua a hervir para hacer el café, para su marido, y aguadepanela para su hijo. Después de hecho esto, y poner en la mesa cinco o seis arepas que ella salía

a comprar, regaba las plantas. Iniciaba con el almuerzo, mientras lavaba las vasijas donde empacaba la comida que iba a llevar al trabajo. Preparaba al niño para que se marchara a la escuela, terminaba el almuerzo, se duchaba y salía.

Trabajaba en una fábrica de zapatos a cuarenta minutos del lugar. Entraba a las dos, aunque tenía que salir mucho tiempo antes, las doce pasadas, a esperar uno de los pocos buses que en el día se atravesaba en la carretera.

IV

Una insignificante nube oscura atravesó por minutos el cielo.

Recorrieron algo más de quince kilómetros, a noventa por hora. Los tres de atrás habían dormido gran parte del camino apoyados uno en el otro. El del medio roncaba. El de la derecha babeaba. El de la izquierda de vez en cuando dejaba salir alguna insensatez.

El cabezón se salió varias veces del camino, la última, por un ataque de risa, producido, quizá, por el último cigarrillo de marihuana que habían liado. El frentón bebió hasta vomitar nuevamente, por eso ya se habían detenido en tres ocasiones. El sol se iba poniendo cada vez más vertical y abandonaba el parabrisas, lo cual producía cierta sensación de bienestar en el cabezón que sudaba mares.

—¿Alguien sabe hacia dónde vamos? —preguntó. Se deshizo de la camiseta y la puso sobre la guantera del auto. Mientras manejaba, hurgó en una herida pequeña que había recibido en el pecho. Arrancó la caracha, limpió la sangre con sus dedos y los llevó a la boca. Preguntó nuevamente. Recibió como respuesta un ronquido agónico.

Detuvo el auto. Orinó al borde de la carretera y miró el camino. Era una larga carretera sin curvas que sólo dejaba ver la humedad. Maldijo la mancha de orín en su pantalón

y se apoyó en el capó del auto. Lo abrió y revisó el radiador. Fue a la parte trasera y sacó una botella con agua. Bebió un poco y la otra la echó en el tanque. Llamó al frentón.

—¿Qué? —respondió.

—Estamos perdidos. Esto parece la entrada al infierno. Estamos condenados a morir aquí.

—Bobadas —aseguró el frentón. Fue al auto y sacó otra botella. La abrió, vertió un poco en el suelo y se la pasó al cabezón—. Esto va a ayudar —dijo.

—O nos mata el hambre, o la droga, o el alcohol, o la sed, pero aquí morimos —sentenció. Tomó por el hombro a su acompañante y se alejaron del auto. Miró hacia atrás—. Tenemos que deshacernos de estos tres.

V

Era miércoles.

Día de mercado. Día en que el padre confesaba a los pecadores y repartía penitencias a diestra y siniestra. Era lo único para regalar el lugar: oraciones y ruegos. Epifanio había abandonado los caminos del Señor porque, decía, hacía mucho tiempo Él lo había olvidado.

—Bobadas —dijo su mujer.

—No —contestó—. Hace mucho tiempo que Dios se olvidó de ti, de mí, de todos, este no es un pueblo del Señor. A nosotros nos gobierna el mismísimo Satanás, así lo niegues.

—Tu lengua va a ser castigada —dijo Gertrudis.

—No. Satanás no castiga, Satanás premia.

Era el día en que las colegialas hacían física, de modo que pasaban con sus diminutos shorts mostrando sus infantiles piernas. Esa era una de las jornadas más apetecidas por Epifanio. Vería pasar a la monita de ojos oscuros, la velludita,

la de las tetas tiernitas –así la describía en su mente–, la hija de su compadre Alberto, que estaría rondando los dieciséis, edad de merecer. Y él se creía el mejor macho del pueblo.

Se acomodó en su silla. Vio alejarse a su hijo hasta que se perdió en la esquina de la larga calle. Vio pasar a la monita y se llevó las manos a la entrepierna. Entró al baño, se masturbó, tomó el periódico y regresó a la silla. Se abanicó un rato, vio llegar dos mujeres a *La rosa muerta* y durmió. Lo despertó el sopor de las dos y media.

Era el día en que su hijo aprovechaba para ir donde su tía Eleonora y pasar un rato con sus dos primos, jugar al balón. Los jueves nunca había clase, desde hacía varios años cuando un grupo armado así lo decretó. Entonces el niño llegaba tarde, acompañado por don Jesús, el marido de su tía.

Era el día, nadie sabía por qué, en que más ardía el sol.

Se acomodó en su silla para ver el desfile de estudiantes. Imaginaba, una a una, a las niñas en sus camas, desnudas, rosaditas, tiernas. En la distancia, vio acercarse a la hija de su compadre. De prisa, se levantó y se acomodó en el marco de la puerta. Cuando la monita pasó, la llamó.

Era el día.

–¿Qué? –preguntó la niña.

Su disculpa fue preguntar por el compadre.

–Está bien –aseguró. Intentó marcharse.

Epifanio le ofreció algo de beber. La invitó a pasar. Entraron.

–Un poco de agua –dijo.

Aseguró la puerta y la cargó.

La monita se asustó.

–Tranquila –le dijo. La llevó a la habitación y la arrojó a la cama. Luego, para intentar callarla, le introdujo un trapo en la boca.

VI

Gertrudis salió indispueta. Sufrió un repentino ataque de fiebre la noche del martes. Se levantó, tomó un poco de verdolaga e hizo una bebida. A pesar de haber amanecido un tanto mejor, la fiebre logró deshidratarla. Sin embargo, se encargó de sus labores como todos los días. El desayuno, las plantas, el almuerzo, la ducha, el niño y salir a esperar un bus que no tenía hora de llegada.

En el camino, soportar la única opción que había: el martirio de tener que escuchar por más de media hora la música que le hacía regresar a la casa vieja, con su madre prendiendo un fogón de leña húmeda mientras su padre maldecía la mala fortuna porque creía que Dios se había ensañado con él: reses muertas, cosechas arruinadas, los pájaros acabando con los granos. En el obsoleto radio del auto sólo se sintonizaba aquella frecuencia.

Por alguna razón, no explicada por el conductor, el carro se detuvo. Una torre de humo salía desde adelante y subía varios metros por el aire. Gertrudis se entretuvo algunos segundos mirando el vapor. Recordó a Epifanio. “Hace mucho rato que Dios se olvidó...”. Miró al cielo. Casualmente uno de los pasajeros llevaba puesto un reloj desvencijado. Preguntó la hora. Una, repitió en su cabeza. Quedaban alrededor de veinte minutos de camino a pie. Era eso, o sentarse, en mitad de la nada, a esperar la misericordia divina acompañada por otro bus. Decidió caminar.

De tanto en tanto miraba hacia atrás esperando la milagrosa aparición de un carro, una moto, cualquier cosa manejada por un humano que quisiera arrastrarla. Nada. Ya habían pasado cinco minutos y lo único real era el sol,

dándole en la cabeza, y el sudor mojando todo su cuerpo. Uno de los clavos de su zapato derecho salió y chuzó su pie. Se detuvo, recogió una piedra hirviente del borde del camino y lo aplastó. Se lo puso de nuevo y continuó caminando.

Trece minutos después, apareció. A la distancia, deformado por el vapor, un auto rojo, manejado quién sabía por qué demente a noventa kilómetros por hora. El ruido del motor alertó a Gertrudis que decidió no ponerle la mano. Era mejor, pensó, seguir caminando. Se corrió al borde de la carretera y esperó el paso del vehículo, que justo en ese momento perdió el control y la dejó tirada.

VII

—¿La viste? —preguntó el frentón.

El cabezón no respondió.

—Ahí estaba, le pasamos por encima. El auto saltó.

—Un alma en pena —repuso el cabezón. Encendió un cigarrillo, arrojó el humo por la ventanilla y bebió un sorbo de ron—. Es lo único que debe haber por aquí. Eso y chuchas.

—Era un humano —dijo el frentón. Recibió la botella. Bebió. Llevaba los ojos rojos y le ardían. Miró a su compañero—. Es hora de dejar de fumar.

Avanzaron media hora. A lo lejos, divisaron un viejo poblado cuya entrada —de occidente a oriente— era una cancha de fútbol abandonada.

—Aquí es —dijo el frentón—. Por fin una tierra de Dios.

El auto se detuvo antes de llegar a la larga calle principal. Sin combustible. El calor los adormeció y se vencieron decidiendo qué hacer. Tres horas después, o más, despertaron. El dolor de cabeza en uno y el vómito en el otro

los mantuvieron en silencio. Se miraron. Descendieron del vehículo y caminaron. El cabezón señaló una casa en cuyo frente había una silla abandonada. Llamaron a la puerta.

VIII

Epifanio ya había penetrado un centenar de veces a la monita. Estaba acostado a su lado mirando el tejado. La escuchó sollozar y le acarició el rostro. Le dijo al oído un par de cosas y se levantó. Fue a la cocina, tomó un trapo, recogió agua en una vasija, bebió un poco y el resto la usó para limpiar la sangre que había en la entrepierna de la niña. Introdujo el pedazo de tela en el agua y lo escurrió justo en los labios de ella. Lo miró, lo maldijo, una y cien veces, lloró, intentó suplicar, se desmayó.

Tocaron la puerta.

Epifanio se levantó, se puso el pantalón y fue a ver quién era.

Tocaron nuevamente.

Escuchó dos voces diciéndose algo. Abrió. Lo primero que apareció fue un revólver que se acomodó justo en medio de sus cejas. Los dos hombres cerraron la puerta y pidieron algo de tomar. Epifanio forcejeó. Lo golpearon en la frente. Lo levantaron, fue sentado en una silla y el cabezón fue a la cocina por agua. Escuchó gemidos en alguna parte y rebujó por la casa. Encontró a la niña, inconsciente y desnuda, en suelo.

—Mátalo —ordenó cuando regresó.

—¿Por qué? Sólo vinimos por agua.

—Es un viejo enfermo.

—No nos importa.

—A mí sí.

–No nos ha hecho nada.

–Mátalo –repitió.

El cabezón tomó el arma.

–No somos mejores que él –aseguró el frentón.

Le disparó justo en la frente a Epifanio. Miró al frentón. El último ruido que escuchó le atravesó el cráneo de lado a lado. El cabezón abrió la puerta, salió y caminó carretera arriba.

Rodolfo Villa Valencia.

Santiago de Cali, 1978. Licenciado en Literatura de la Universidad del Valle. Docente. Ganador de varios concursos nacionales de cuento, entre ellos el XII Concurso Nacional de libro de cuentos “Jorge Gaitán Durán”, 2011. Cuentos suyos han sido publicados en diferentes antologías y revistas.

Pa la pista

Andrés Rojas



Y lo seguimos todos, fascinados por la
proximidad de una desgracia

Pedro Badrán Padauí

El Corsa y el Sprint bloquean la entrada vehicular de la Unidad. Alrededor, los autos circulan despacio y asoman rostros curiosos en las ventanillas. Las farolas del Corsa iluminan la espalda de William, de camisilla esqueleto y jean ajustado. Es mi amigo el Negro y veo que discute con un pelado más alto que él, un pelado de pinta fina, pinta de gomelo.

—¿Qué pasa, William? —digo, y me recibe el picante olor a llanta quemada.

William, sin perder de vista al pelado que tiene al frente, me da la mano y se la siento sudorosa y con temblor.

—Oye, cómo fue, Eduardo —responde—. No, naaada, mirá que amablemente vengo pidiéndole vía a este man y viene de

grosero a atravesame el carro y a alzame la voz, ¡a mí, compa! Que como es más alto y acuerpado que yo pensó que me le iba a correr, y él no sabe quién soy yo, manito, no sé qué se está creyendo, ¿ah? Que como me ve flaco y negro, ¿qué? ¿Ah? ¡Ayyy, es que no sabe con quién se metió, compaa! A mí nadie me va levantando la voz así porque sí en la calle, mejor dicho, ¡ese man lo que quiere es morirse!

–No, pana –dice el pelado que tenemos al frente, de camiseta rosada con un gran estampado que dice “Versace”–, vea le explico: el que venía manejando era mi amigo; el man estaba peleando con la novia cuando vos venías detrás de nosotros, y ella de un momento a otro agarró las llaves, le apagó el carro, abrió la puerta y arrancó a correr. Por eso parece que te atravesó el carro, y, claro, mi amigo se azaró todo y salió detrás de la novia. Vos mismo viste cómo salió corriendo esa hembra –dice señalando a William–, por eso mi amigo te contestó rabioso cuando te bajaste del carro a alegrarle porque, bueno, sí, te cerró el paso, pero eso fue por el azare, nosotros no queremos problemas, pana.

–Hermanito, pero no tiene por qué vení a levantarme la voz. A ver, dónde se metió ese man, que yo quiero que venga y me grite en mi cara otra vez pa demostrarle quién soy yo.

–Esperate, ya lo voy a llamar que está acá atrás hablando con la novia –responde señalando un pequeño parque que llena de árboles la esquina de mi unidad.

–¡Andá, pues! ¡Aquí te espero –dice William señalando el piso con la mano en forma de pistola–! Y si ese man no viene, ¡vos me respondés! –dice golpeando cada sílaba.

El pelado Versace desaparece. Aprovecho para mirar el Corsa de William y le encuentro el rayón bajo la tapa de gasolina. Es un rayón viejo. Un rayón al que le conozco la historia.

–Es que, Eduardo, vos no sabés con quién ando yo últimamente –Vuelvo la vista a la cara de William–. Mirá, Eduardo, ando con unos caballos que me dijeron: usted ármela con quien sea que nosotros respondemos...

Regresa Versace y el tipo del problema, el conductor del Sprint: un man enorme, con la barriga apretada en una camiseta naranja que dice Lacoste. Tiene los párpados y las mejillas hacia el piso como una tortuga y camina tan pesado que parece que no va a terminar de llegar. Lo acompaña una monita flaca como un brazo, y con cara de que le importa un pito el mundo.

–Vea, amistad... –dice de forma tranquila el caretortuga.

–¡A mí no me estés tratando de ninguna amistad que yo no soy amigo tuyo!

–Bueno, pues, vea... es que el problema era con ella –dice separando a la monita de su brazo y exponiéndola al centro de la discusión.

–Decíme si no vengo haciéndote luces y pidiéndote vía amablemente –dice William, ignorando a la monita.

–Sí, cierto.

–¿Y por qué me venís a gritar en mi cara que qué te pasa güevón? Vos no sabés quién soy yo pa que me andés gritando. A ver si sos capaz ahora, hacelo otra vez, hacelo.

William resuena y la gente comienza a aparecer en los balcones y ventanas de la unidad. El caretortuga responde nervioso, toqueteándose el reloj dorado de su muñeca, girando la mirada alrededor sin posarla en ningún lado:

–No, vea... yo no busco problemas... ya dejémosla así: yo te disculpo.

Dice esto y no entiendo si es una provocación adrede o una equivocación.

–Ah, ¿cómo así? ¿Vos me disculpas a mí?

William se le acerca, de pecho salido, brazos abiertos y puños cerrados.

–No, pues... disculpame, ya, disculpame. Yo no busco pelea –dice, nervioso, y le ofrece la mano.

William, mira la mano que tiene extendida al frente, mira alrededor, toma la mano y le da un apretón visiblemente fuerte. William le clava la mirada, le acerca el aliento a la cara y le dice:

–Vea, manito, le doy un consejo: no se ponga a gritar a todo el mundo así, en la calle, que usted no sabe con quién pueda estar tratando. Puede aparecerle alguien que no le dé mente y lo queme de una, y vos –le dice mirando a la monita–: pilas que a vos te puede estar pasando lo mismo.

*

Vamos por plena Autopista Sur y William adelanta carros como si fueran conos de tránsito.

–¿Si estás viendo, Eduardo? Porque me quitaron mi tres ocho ese man quedó sano. Si no, mejor dicho... O donde yo llame a mi gente, ay, papi, la que se arma. Es que ahora estoy camellando con los que son, y yo ya no soy ningún güevón. Por ejemplo, al Murillo, vos lo conocés, a ese no lo han acostado es porque yo no he dejao. Porque fue mi amigo y estudió en el colegio conmigo. Ve, a ese man ya le tenían toda la pista: dónde paraba el bus, a qué horas salía, a qué horas llegaba, cuál era la familia y hasta dónde vivía la novia. Nada más me preguntaron que cómo quería desplumar ese pollo, ¿tas viendo? Pero al final yo no dejé.

–¿Y por qué fue el problema, negro? –pregunto como si no supiera nada del tema.

–Viejo Eduardo. A ese negro yo le presté el carro, me lo rayó y yo cóbrele. Hasta que un día me le enojé y ¿sabés qué me respondió? Que no me pagaba ningún rayón de ningún carro. ¡Se me aletió ese negro! ¿Vo podé creer? Me dijo dizque pintala como querás. ¡Ayyy, a mí, viejo Eduardo!

William se detiene frente al rojo brillante de un semáforo.

–Le tengo la noticia, manito –dice cambiando colocando la voz de recocha que le he conocido siempre–. Esa flaquita quiere verlo desde hace raaato.

–¿Cuál flaquita, ve? ¿Tu prima, la Jennifer?

–Noo, ¿vos estás creyendo? Nooo, manito, mi prima la Angélica, con la que bailaste la vez que salimos a la disco de la Novena, ¿te acordás?

–Pues...

–Ve, esa hembra me ha tenido azarao, que quiere mangar con vos, que dónde está el monito, que por qué no te saco... Ayyy, viejo Eduardo, decime ¿es que tenés la picha muy grande o qué? Porque todas las que conozco quieren que con el de los ojitos verdes y cuando no te saco, que dónde estás, ayyy, Eduardo, vos qué te untás, ¿ah? –suelta una mano del volante e intenta pellizcarme una tetilla, pero yo no me dejo y le hago una seña para que mire pal frente.

Verde. El negro acelera el carro, presiona el botón de suma del radio y sube altísimo y resonante el bongó salsero y el empuje metálico de las trompetas.

–Oye: escuchá este tema –y William canta a todo pulmón *Llegó el amor*.

–Es el Caballero de la Salsa –pregunto, casi afirmando.

–Quién más va a ser, viejo Eduardo, quién más.

*

Esto es Capri, acá viven las amigas del William, puros estratos cuatro y cinco, casas de gente educada y aparentemente tranquila. Acá está La Gorda, la novia de William, y otras cuatro prietas que están todas relucientes pa la rumba, incluyendo a la flaquita, Angélica, que es una finura de negra, la carita de ángulos perfiladitos, las caderas que se

agarran con una mano, alta, sin tacones, y de pelo planchado y brillante. Puro esplendor del Pacífico en la ciudad. A los manes que están con ellas no los conozco. Está el corrillo reunido frente a una casa enrejada. La puerta principal está abierta y mientras conversan esperan a alguien. De adentro sale la melodía de Frankie Ruiz que canta: *Esta noche es la noooooche...*

A los que no conozco, William, rodeándome el cuello con el brazo y llevando frente a cada uno, me los presenta así:

–Vea, compa: yo digo las cosas como son, pa que luego no digan que soy ningún bochinchero ni na. Entonces, este es tu cuñado –me dice presentándome al más alto de todo–, porque la Angélica está que manga con vos, y este de acá –me muestra al más bajo, de frente estrecha y mejillas redondas–, este es Pruebita.

El grupo suelta la carcajada.

–Ay, William, vos no respetás a nadie, ¿por qué le decís Pruebita? –pregunta una de las chicas que trata de parar su risa cubriéndose la boca.

–Porque estábamos en Jaleo –dice William en voz alta–, y este negro vio que el de seguridad tenía una Coca-Cola dos litros y entonces alargó el brazo con un vaso desechable y le dijo: «Primo, la pruebita». Y el de seguridad le hizo el trueque al hombre y le llenó el vaso. Hasta ahí, todo bien. Pero este negro es descarao, ¿oís? Se bogó ese vaso y ahí mismo: «Primo, la pruebita». Y el man le llenó el vaso otra vez, y otra vez este man se lo bogó, y dizque: «Primo, otra pruebita, pueeee». Ayyy, este tipo ¿no se le tomó tooda la gaseosa a ese neegro? ¿Cómo no le voy a decir Pruebita?

–Y esta es Tresmil –dice señalando a la más flaca del grupo.

–Ay, Wiiiilliam –suena el coro femenino.

–Claro, cómo no, ¿vos te acordás, Angélica –y Angélica abre grandes esos ojos y sonríe–, de ese monito de San Cipriano al que tantas ganas le tenía esta flaca...? Pues después de que se peleó con la novia, llamó aquí a mi doña y la invitó a un exclusivo de Menga, y, vea, esta negra: feliz. Yo me la encontré tirando pique, ¿o no, Tresmil? –la muchacha sonríe, con vergüenza–. Y cuando llegó el mesero con la cuenta, el monito ha sacado dizque tres mil pesos, los ha puesto en la mesa, le dijo «no tengo más» ¡y se fue! La dejó engrampada ahí, con una cuenta como de sesenta billetes. ¿Y qué me tocó hacer? ¿Ah?

–Sí, sí, William –dice ella, sudorosa–, pero no digás más, home.

–Pues me tocó pagar la cuenta y mandar a cobrar con los míos esa deuda.

¡Ay, William! Repite el corrillo mientras él, en mitad del grupo, ya con una camisa blanca puesta sobre la esqueleto, cuenta que tomó tres días seguidos y como a las dos de la mañana se le fueron las luces y entró el carro al garaje de una casa en Ciudad 2000: ¡pero con el portón cerrado! Y la dueña de la casa, claaaro, salió a alegar por lo suyo, y William le mostró un fajo, jactándose de que el dinero no era problema, «vea, mami, dígame cuánto vale esa puerta, pué», dijo, pero la señora siguió alegando y no le recibió nada, y William: «¡Pues entonces usted verá cómo arregla sus vainas!» Y se ha subido al carro y se ha ido sin pagarle como si nada.

–¿Esa señora no me ha denunciado, podé creé? –dice William– Ve, los míos tuvieron que ayudarlo a entender a la cucha que lo mejor era quitarme ese papeleo, homee.

Y el grupo también repite: «¡Ay, William, vos-tas-muy-loco!», cuando con su cantao pegajoso William cuenta que en ferias en Buenaventura no le dejaron entrar una botella de ron a una disco y ha formado el tropel con los porteros.

–¿Y adivinen qué? –dice William.

Pues llamó a todos los gatos, y estaban llegando cuando se dio cuenta que no tenía reloj. «Pana, me robó la mica uno de estos negros, vamo a buscar ese doblehijoputa», dijo William. Y respaldado por los tales gatos, sacudieron a cuanto sospechoso encontraban en el camino. Eso cuenta, y yo imagino los métodos de siempre: el círculo amenazante del tubo de acero clavado en el vientre o la sien. Pero William es más gráfico. Al que no daba pista se iba de esposas al timón de la camioneta Mitsubishi y arrancaban. Así, hasta que del dolor cantaran alguna pista.

Las chicas ríen, pero creo que es más por el desparpajo familiar con que William cuenta las historias que por la violencia. El hermano de Angélica susurra algo al oído de otro. Pruebita sigue achantao. Yo: miro al suelo, incómodo.

–No coja lucha con William –me dice Angélica, que me ha sentido. Yo levanto la cara y le sonrío de puro caripastel.

–...Y unos tombos nos han parao dizque pa una requisa...
–sigue William con sus historias, y se han bajao de la Mitsubishi esos negros todos piedros, siguiéndolo en su agite, y que «cómo así, vos no sabés quiénes somos, ¿ah, no?». Pues han volteado a los tombos contra el capó del carro y los han requisado como a delincuentes. Luego se les han llevado las motos y formaron rumba por todo el puerto con las luces policiales encendidas mientras que a los tombos les tocó a pie pa la casa. Lo que William no cuenta y que yo sé es que los tombos lo buscaron después, con ganas de venganza, ¿y qué pasó? A William le tocó poner al frente a los gatilleros para solucionar ese bororó con billete y algún favor siniestro.

–Y no les he contado la de Murillo...

Wiiiiilliaam, se escucha de nuevo, como si cualquier cosa.

*

–¿Pa dónde es que vamos, negro? –pregunto, observando por el retrovisor cómo se suben las muchachas. Se inunda el carro de perfumes. Las chicas se apretujan y ríen dentro del Corsa, conversan a gritos entre ellas.

–Panita, vamos pa Tampa, ¡y nos vamos es ya! Cerrame esa puerta pué, Angélica.

Tampa ocupa el segundo piso de un edificio de varias discotecas. Estamos cerca al centro, diagonal al hotel La Luna. Nos recibe una requisa de niches gigantes, una pared de gradas hasta la puerta hermética, y una vez se abre, escapa una avalancha de salsa que te llena los oídos. Un mesero de piel blanca y pelo engominado como bailarín de tango, nos guía hasta nuestra mesa. Quiere llevarnos a una del fondo, pero William no le hace caso y nos sienta en otra más cerca de la pista de baile.

La disco se divide como un trébol: tres salas y, en el centro, la pista a cuadros, iluminados de blanco desde el suelo. En cada sala, luces azules y ultravioleta atenúan el ambiente cruzado de luces rojas y amarillas, y un láser verde que rebota por todas partes. La mesa circular que nos escogió William, está rodeada de sillones de cuero rojo.

La disco está llena. En medio del barullo William señala con el dedo, como un niño, la bola de cristal gigante que reparte brillos blancos en todo el espacio.

–Traeme tres botellas de güaro, blanquito –le dice William al mesero engominado.

–Para mí una botella de agua, Will –grita Angélica por el volumen–. Hoy no quiero tocar el trago.

–Ay, flaca, qué es lo que somos, ¿ah?

–No, vos sabés, William, que no te estoy trampeando, pero hoy estoy tomando pastas y no me quiero enronchar.

–Dale, pues, vos lo que querés es que Eduardo te prenda. Bueno –William se dirige al mesero otra vez–, y que sean dobotella de agua para acá, pero rápido que voy ya pa la pista.

*

William echa la cabeza para atrás, voltea la botella en el aire y estira el chorro subiendo la mano. Una cascadita de brillos azules de neón le llena la boca. Esto está a explotar.

Suenan Los Van Van de Cuba con *Este amor que se muere*, y la energía de los cuerpos grandes y cadenciosos, de piel negra en una salsa de timba y trompeta, hace que los hombros se suban y las caderas agarren el ritmo de la conga y el jaleo.

Saco a bailar a La gorda, que está aburrída con la actitud de William que la ha ignorado casi toda la noche y ha sacado a la pista mujeres de otras mesas, y se las ha llevado, incluso de a dos, una adelante, otra a la espalda, a bailar mezclas enteras de reguetón en la pista.

Suena *Los infieles* de Aventura. Voy pa adentro. La gorda se me para al frente, grande y caderona, de senos medianos, erguidos y libres en su vestidito verde de tela sedosa.

–Yo casi no bailo bachata, me llevás, ¿listo? –le digo.

–Yo lo llevo, pues –dice de mala gana, alargando la comisura de la boca.

Me aculilla un poco. La gorda es cachetona, de labios delgados, ojos esquivos y vanidosos. Suave se me acerca. Cuelga una mano detrás de mi nuca y acomoda a su estilo la mano que llevamos en alto. Algo comienza a transformarse en ella.

Al lado, William parece reírse para sí mismo. Se nota borracho, pero baila calidoso, de talón subido en cada golpe de bongó y dando giros como un experto. Tiene la frente sudorosa y se ríe blanquísimo. Me parece tan exaltado que noto algo de impostura. Adentro William lleva veneno, pienso de forma errática. Pero no hacia los demás, sino en su cuerpo, como si hubiera ingerido altas raciones por meses y de él solo quedara una máscara feliz.

La Gorda me manda el ritmo y al instante salgo de todo pensamiento. Es una tremenda ola de carga sexual con la que bailo; cada quiebre de cadera me hace sentir ante un ofrecimiento de deseo, como en una obligación sutil y de difícil escape, porque ya estamos aquí, el calor invade el cuerpo, estamos desnudos y hay que hacerle. Me abrumba esa corriente, me separo y levanto la mano para que ella gire y no nos equivoquemos. Pero La Gorda baila con una elegancia inmutable, el mentón arriba, las manos precisas, los hombros rectos, y manda con frialdad toda esa carga, como una costumbre ciega, que no mira efectos. Tengo que calmarme. Yo soy el único que siente el talle leve de la cintura de La Gorda y esa hambre creciente en cada movimiento. Acercamos los cuerpos de nuevo y se vuelve nítida la sensación de que estamos desnudos. Puedo percibir sus senos suaves, de pezón pequeño, además de la fuerza de sus muslos y las extravagantes nalgas bajo el vestido. Decido separarme hasta el final de la canción, con algo de reproche hacia mí mismo por no disfrutar de eso tan rico que emana La Gorda.

Apenas se termina la canción voy al baño para aflojar arrechera.

—¡Eduardo, te vi bailando con La Gorda...! Estás dándole duro a la bachata, mi compa, qué bueeeno —me saluda William de sorpresa, que acaba de entrar y ni se entera de mi asentimiento forzado.

Este es el momento para hablarle, pienso. Este es el momento para decirle que salí con él para decirle que pare ya, que Murillo me contó lo del rayón del carro. «¿Vos me vas a amenazar a mí, William? —le dijo Murillo aquel día— Pintámela como querás. Pero amenace al que no lo conoce, primo, a mí no me venga con eso. Y, ¿sabés qué?, no te voy a pagar es nada para que tengás que llamarme y yo te recuerde quién sos vos de verdad. No ese matoncito alegre en el que te has montado». Eso me contó Murillo. Es tiempo de decirle que sé con quién anda y que sé que esos manes no son de fiar ni para ellos mismos. Que entre más se endeude, más dura se la van a cobrar después. Es tiempo de decirle: Ve, no solo tenés enemigos que te temen, que no solo acumulás envidia y rencor, sino que tus amigos están empezando a sentir también lo mismo. Es el momento de decirle ¡caminá pa afuera, te digo algo! Pero lo de La Gorda me inhibe, me arrebató el impulso y el propósito. La sonrisa de William, algo confusa, como embolada y siniestra, esos ojos brillantes de alcohol y la vieja idea de que es necio echar una mano a quien no está pidiendo ayuda, me callan. Mirándome a los ojos frente al espejo, y de reojo viendo a William mientras pone las manos bajo el secador eléctrico y sale del baño, me digo: será después...

—Blanquito, compita, ¡traéme la cuenta!

El mesero de pelo pegado con gel se gira para cumplir la orden de William. Angélica pide un tarro de agua más, pero el mesero no le escucha. Unos pasos más adelante, le hago el último encargo al mesero. Angélica me ve y me sonrío unas gracias. Sumo puntos. Cada uno pone de a veinte lucas en

la mano de William pa pagar las tandas y vamos pa la salida. William cancela y se despide de las nenas de otras mesas de beso andeniado. La Gorda sale de la disco.

*

Estamos bajando las gradas, felices, cansados, William y yo de últimos. Suena de nuevo la salsa a nuestras espaldas: *Ahora nadie se muere de amor*, de Oscar de León. Se ha abierto la puerta de Tampa. Es el mesero engominado que se acerca y dice:

–Disculpe, es que en la cuenta no se cobró un agua y se deben cinco mil pesos.

–¿Qué me estás diciendo? –contesta William sulfurado—. ¿No te pagué completo, pué?

–Sí, señor, pero no habían facturado una botella de agua y me debe cinco mil pesos, qué pena con usted.

–¿Me estás diciendo que me robé cinco mil pesos? Respetáme, blanquito, yo seré negro pero no soy ningún ladrón.

–Calmate, William, vámonos, yo pago eso que el man está en lo correcto, Angélica pidió un tarro de agua más –digo pero no escucha.

–A mí no me vas a humillar por cinco mil pesos, blanco hijoputa, a mí no. Me llamás al gerente YA MISMO si no querés tener problemas conmigo.

–El gerente soy yo, ¿qué pasa? –dice otro blanco de patillas largas que acaba de salir. Tiene la cara grasienta, con cicatrices de enormes barroos extintos. La camisa hawaiana del tipo, con estampado de palmeras, abierta en tres botones, enmarca el brillo de una gruesa cadena plateada.

–Sucede que este blanco me está tratando de ladrón, y a mí nadie me trata de ladrón, viejo.

–Es correcto lo que le dijeron –explica el gerente con un gesto burlón–. Se deben cinco mil pesos de un agua que por error no facturamos, señor –con los ojos le ordena algo al mesero y este le entiende.

–¿Cómo que es correcto lo que dice ese man? ¿Vos también pensás que soy un ladrón? ¡Pues se te va formar un problema bien grande aquí mismo porque a mí no me vas a estar humillando delante de MI gente!

William saca el celular y comienza a marcar un número que se sabe de memoria.

–William, colgá ese celular y vámonos que yo ya pagué, –digo, queriendo cortar por lo sano–. Señor, muchas gracias –digo al gerente– ahí le pasé el billete al mesero.

–Cómo así, ¿vos también te vas a dejar humillar, Eduardo? Si yo ya pagué completo, oye. ¿Estos perros van a robar también a mi amigo? No me lo aguáaaanto, ay.

William escucha una voz que le contesta en el celular y entonces dice:

–Sí, en Tampa, acá los espero.

Le hago un gesto al resto del grupo para que sigan hacia el carro. Yo encaro a William.

–Ya vienen para acá, así que hermanito, llame yo no sé, a quien seeea, porque aquí se le va formá gruesa por vení a humillarme.

El gerente se ríe, le hace un guiño a los guardas. William se le va pa encima, pero lo detengo. Los guardas bajan los puños. El gerente saca un celular y lo marca. Yo le digo a William, calmado y grave:

–Vení te explico lo que pasó, y cancelás YA a esos manes que llamaste.

Bajamos las gradas, el resto del grupo nos espera junto al Corsa con cara de interrogación. Pero a William le entra el acelere y quiere regresar para darse puños. Me impaciente y le grito:

–¿Sabés qué, William? Si querés hacer un show montate-un-CIRCO.

Las viejas sueltan la carcajada y William se frena a media escalera, justo cuando los negros gigantes de seguridad venían a atajarlo.

–¿Cómo, Eduardo?

–Yo a vos no te tengo miedo –digo y lo encaro, poniendo mi frente contra la suya–. ¿La vas a agarrar conmigo? Listo, nos damos trompadas, negro, pero primero te subís al carro, dejamos a toda esta gente y ahí sí nos atendemos. ¡Subíte pues, Cincomil!

Las muchachas no pueden evitar la risa. William afloja y se sube al Corsa, del lado del copiloto. Está ofendido porque no le tomaran en serio su bravura. Toma la puerta para cerrarla pero se interrumpe. Frente al neón rojizo que dice «Tampa», una Mitsubishi blanca cuatro por cuatro de vidrios polarizados frena dejando un chillido agudo en el aire y levanta una nube de polvo delante de sus ruedas. El aura de polvo inmóvil es atravesada por los chorros de luz de las farolas.

Cuatro puertas se abren y cuatro negros se bajan comiendo muerto, uno de ellos se coloca el celular al oído. Cuando giro para decir «pásame las llaves, pues, William», él ya no está dentro del carro. Miro al frente, y enmarcado por el parabrisas, William va caminando directo hacia los recién llegados.

–Quédense aquí, ya lo traigo.

Las muchachas guardan silencio por primera vez en la noche.

Me bajo del carro con ganas de traer a rastras a William. Con ganas de pegarle de verdad. Dos ganchos al plexo, para que respire únicamente pa dentro por un rato.

De lejos, es extraño lo que ocurre frente a Tampa. Los tipos no se agarran con nadie. A nadie amenazan, a nadie violentan. Se guardan otra vez en la Mitsubishi. William abre los brazos, en un *qué pasó* que no obtiene respuesta. Parece molesto con los King Kones. Las puertas se cierran. La Mitsubishi enciende el motor con el acelerador a fondo, monstruo cilindrado a tope. Justo va a arrancar cuando William pateo potentemente una de las puertas. Me congelo. Se bajan dos de los tipos, cañón en mano, y lo suben a la camioneta, apretándole el fierro a la nuca. La Mitsubishi arranca directo hacia mí en mitad de la calle. No tengo tiempo de quitarme. Cierro los ojos, frena el monstruo, los abro, y mis manos están sobre el capó. Siento el vaho caliente de la lata, el rugido vibrante del motor. Me pita. Me despabilo. El tipo que conduce, se asoma por la ventanilla y me grita:

—¿Se te perdió algo, blanquito?

—Decile a William que me pase las llaves del carro — contesto en automático.

Oigo voces dentro de la camioneta. Tras unos largos segundos, William asoma su cabeza por la ventanilla de una de las puertas traseras. Me quito del frente y me arrimo hasta él.

—¿Estás bien, Will? —Lo encuentro sudoroso. Lo miro a los ojos. Al interior de la Mitsubishi los tipos parecen ocultar el rostro. He aquí la mirada del William que conozco: sin máscara, vidriosa, quebrada, triste. Ahora me habla como si quisiera calmarme.

—Eduardo, tené las llaves, andá dejá la gente, les decís que nos hablamos luego, que me salió otra rumba. Luego llevale el carro a mi papá, ¿oís? Y sabés qué, sos un buen amigo. — me dice con los ojos, no sé, que todo está bien, que así está bien, que no me preocupe. Me cruje algo por dentro y me lo trago.

–¿Pa dónde vas, William? Bajáte de ahí.

Se oye el traqueteo mecánico de la caja cuando entra de forma brusca en primera. Con las manos sudorosas, William aprieta las llaves del Corsa en mi mano y me aleja de la ventanilla.

–Voy pa otra rumba, ¿no te digo? –miente–. Voy pa la pista, Eduardo, ya, despreocupate.

La Mitsubishi arranca feroz sobre el pavimento y me deja a un lado absorbiendo polvo. Las manos de William dejaron una sensación húmeda en mi mano. Cuando la abro, observo un rastro de sangre junto a las llaves. Miro hacia el fondo de la calle: la Mitsubishi no tiene placas y con un sonido de llantas desaparece al doblar la esquina.

Andrés Rojas

Cali, 1985. Cursó estudios de Ingeniería electrónica y biomédica, pero se dedicó al tango y la literatura. Actualmente vive en Buenos Aires, Argentina. Premio Jorge Isaacs en libro de cuentos (2016). Publicaciones: *Lugares Comunes*. Libro de cuentos (2017), Angosta Editores.

Anfibia

Harold Muñoz



A Mr. Maloof

Me gustaba escribir poemas y cartas de amor. Lo hacía Ma escondidas de mi madre, en las noches, luego de perder la tarde con los de la unidad; robaba metáforas de la salsa de motel con la que Sonia, la empleada, hacía aseo los sábados. Precisamente estaba componiendo un poema para Michelle, una niña de la unidad, la noche que se cayó Camila. Escribí en la primera línea de una hoja: “Sos como un ángel caído del cielo, Michelle, como un ángel caído del cielo”. Ya no sé si se trataba de un verso o de una estrofa, el inicio o el final de una carta. Recuerdo mi letra huesuda, la pluma torcida del estilógrafo. Alcancé a ver la sombra, el parpadeo de su silueta. Luego escuché el golpe. Camila crujió como la vaina de una semilla de carbonero. Lo sé porque con los de la unidad jugábamos a aplastarlas. En octubre, cuando se secaban y se esparcían por el parqueadero de la unidad las

machacábamos como si estuviéramos pisando cucarachas de agua, lo que me producía un placer que hoy en día solo puedo comparar al de tronarme los dedos.

No debían ser más de las diez y media de la noche. Entre semana tenía que subir al apartamento, a las seis en punto. A Camila, en cambio, como a la mayoría de los de la unidad, la dejaban bajar hasta que se cansara de la calle. Jugaba sola, no la dejábamos juntar con nosotros porque nos parecía rara. Cuando no estaba con el uniforme del colegio se vestía con un short rosado. Lo único que se ponía distinto eran las camisetas de un equipo de natación con el que ya se había ganado varias medallas, que en el escudo tenía a la Rana René.

Camila es una niña muy descuidada, me había explicado mi madre un día que le pedí que me dejara bajar por más tiempo.

¿Todos los de la unidad son niños descuidados, entonces?

No sé, pero vos, que sos el que me importa, no.

Siempre me pierdo de cosas por entrarme tan temprano, alegué.

Mi madre, que estaba lavando los platos de la comida, dio por terminada la discusión: No me interesa lo que hagan los papás de los otros.

Tardé unos segundos en ir desde el comedor hasta el balcón del apartamento, me asomé. Camila, desde un ángulo casi recto, se veía como partida en dos por el andén. Las piernas habían caído en el pasto, ya comenzaban a adquirir algo de ese aspecto inerme con el que colgarían de su cadera el resto de su vida; el tronco, la cabeza y los brazos habían caído en el cemento. Como siempre, Camila tenía una camiseta del equipo de natación. Por culpa de la caída o del golpe, la tela se había corrido hasta descubrir el ombligo. En ese momento me era imposible saber si la camiseta tenía

estampada a la Rana René. Por la forma en la que el dibujo se movía, por los dobleces que había sufrido, el dibujo se me parecía más a una medusa que se abría y que se contraía en la franela, animada por la respiración de Camila.

En lugar de alertar a mi madre sobre lo que acababa de pasar, me quedé en el balcón, pasmado, mirando a Camila que también me miraba con sus ojos negros, pequeños, como dos canicas clavadas en una cara de arcilla. Me pedía, los párpados tan abiertos como le era posible, que hiciera algo. Pensé que era cuestión de tiempo para que se tragara la lengua, luego de recordar lo que me había dicho un amigo mientras veíamos el cuerpo de un tipo en la calle: Cuando uno se muere se traga la lengua y también se orina.

Camila, de hecho, hacía un ruido cada vez que intentaba tragar. Un sonido parecido al que producía mi abuelo haciendo gárgaras en el baño o preparando el gargajo amarillo que acostumbraba a escupir en la calle.

Camila se estaba ahogando con su sangre, tenía reventados los pulmones. Lo sabía porque hacía poco había pasado lo de las Torres Gemelas y había visto la noticia con mi madre.

Camila, contaría al día siguiente, cayó a diez metros de la piscina.

Yo pensaba que buena parte de los problemas se solucionaban con agua porque toda mi niñez la tuve vedada. Por culpa de una otitis crónica me quedé sin tímpano a los tres años. Hasta los dieciocho las cirugías solo sirvieron para reactivar el apetito de la bacteria, me bañaba con tapones de silicona, con una mano encima de la oreja para prevenir nuevas hemorragias de pus. Podía estar en la playa, a la orilla de un río, en el quiosco o en el borde de la piscina, pero jamás entrar. Camila no sabía que yo sufría del oído. Ella me había visto tirar a mis amigos al agua, poner la música en el quiosco. A lo mejor pensó que haciéndome una broma podía

volverse nuestra amiga. Un día que yo estaba sentado en el borde de la piscina se me acercó por la espalda, me empujó. Caí, me hundí, cerré los ojos. Me entró agua a la boca, a la nariz, al oído. Sentí que el líquido se abría camino en mi interior, que se formaba una capa de agua entre la piel y los músculos de mi cara, que la lengua me sabía a hierro, que me caía alcohol en una herida abierta en el cerebro; el agua como una sonda en la profundidad de mi tímpano. Nadé, busqué el aire. Volví a la orilla de la piscina y me acosté de lado como me había recomendado el doctor Cárdenas, para situaciones de emergencia. Me tapé la cara para que ni mis amigos ni Michelle, que ese día estaba en la piscina, me vieran llorar. Camila, me contaron después, salió corriendo luego de que me viera retorciéndome en las baldosas.

Pero ahora la que no se podía mover, la que ni siquiera podía retorcerse, la que no podía hablar o gritar para que la ayudaran, la que estaba a punto de convertirse en un muerto, en un cuerpo de la calle, la que estaba reventada por dentro, la que estaba partida en dos, con el tronco en el cemento y los pies estirados en la hierba, la que había caído al vacío, era Camila. De todos los del bloque era el único que se había asomado, que la había escuchado cruzar. Me sentía suspendido en el tiempo. Mañana, pensé, cuando todos los de la unidad estén hablando de esto, yo voy a poder decir que lo vi de primero, que no me lo perdí. Les voy a contar todo, estaba emocionado, les voy a decir exactamente cómo quedó el cuerpo de Camila después de la caída, no voy a tener que inventar para impresionarlos. Estaba ilusionado con eso, creo que sonreía, cuando el grito de una vecina que estaba paseando dos french poodles desgarró ese momento privado. Cerré la cortina, volví corriendo al comedor. Releí, ahora sí un poco alterado, lo que había escrito: “Sos como un ángel caído del cielo, Michelle, como un ángel caído del cielo”.

Metí la libreta debajo de los cuadernos del colegio luego de que sentí los pasos acelerados de mi madre. Me pasó al lado, se asomó por la ventana. Vio a Camila y después me miró.

Las luces de la ambulancia mancharon por unos minutos las cortinas blancas del apartamento. Las voces de los de la unidad, incluidas las de mis amigos, se fueron amontonando al frente de mi bloque luego de que la noticia de la caída se expandiera como la música de algún vecino bulloso. Aún puedo escuchar los gritos de la madre de Camila, sus reclamos al cielo. Pero la rabia no le duraría mucho. Ella, que tenía la costumbre de ignorarnos cuando nos veía en la unidad, de no saludar como otros vecinos, cambió la apatía por la cordialidad exagerada. Supe por una conocida, que entró a una iglesia cristiana, que se convirtió en predicadora por el milagro de tener a su hija con vida.

La noche de la caída me dormí en la madrugada y mi madre no me regañó por lo tarde. Después de que acabó todo, nos fuimos a la cama sin hablarnos. Al otro día caminé sobre las huellas de la ambulancia en el pasto, sobre el cuerpo ausente.

Fue al año y medio de la caída que Camila volvió al agua.

Era agosto, estábamos en vacaciones de mitad de año. Por el calor, los de la unidad se pasaban prácticamente el día en la piscina y yo en la orilla o en el quiosco controlando la música. La enfermera arrastró la silla de ruedas hasta el borde de la piscina. Cargó a Camila y la sentó en la baldosa. Quedamos frente a frente por primera vez luego de la caída. Camila, que había comenzado con las terapias a los ocho meses del accidente, se impulsó con los brazos y entró a la piscina. La vi nadar por debajo del agua, sus piernas como la cola de un renacuajo. Hizo dos perímetros sin problema, impulsada por su espalda de nadadora junior, en un tiempo que cualquier pelado habría envidiado. Salió para tomar aire en el mismo lugar en el que se había hundido. La enfermera le ayudó a

volver a la orilla, la sentó en el borde. Otra vez quedamos de frente. Camila movió la cabeza, se dio unos golpecitos para sacarse el agua del oído izquierdo. Sé, por la forma en la que me miraba, por la actitud, que lo hizo para burlarse. La caída, el cuerpo estallado de Camila, no había sido otra cosa que el estado metamórfico de un animal anfibio.

En el agua, el inválido era yo.

Harold Muñoz

Cali, 1992. Es profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Se ha desempeñado como docente de Español y Literatura. En 2015 obtuvo el primer lugar en el I Concurso de Cuento del Instituto Caro y Cuervo. En 2016 su novela inédita *Lo que el abrazo abarca* fue finalista en el Concurso de Novela Corta de la Pontificia Universidad Javeriana. En 2017 un jurado conformado por los escritores Melba Escobar, Juan Gabriel Vásquez y Juan Esteban Constaín lo escogió como ganador del Primer Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo. En ese mismo año recibió el Premio de Novela Nuevas Voces Emecé Idartes. Ha colaborado con *El Malpensante* y *Papel de Colgadura*, de la Universidad Icesi.

Todas esas cosas para las que no estábamos preparados

Carlos Patiño Millán



Una pincelada irreconocible para cualquiera. Yo y mis mamarrachos. Recién egresado de “Sociología de los procesos culturales y comunicativos”, recibí una llamada que me brindó en bandeja la oportunidad de dedicarme al estudio de refinadas teorías en una prestigiosa universidad.

Compartía cubículo con un sesentón de muy mal genio que vivía escribiendo poemas, novelas y ensayos. Se relamía cuando terminaba una oración como: “Borges es Borges y no hay nadie que sea como Borges” o “Borges es Borges. Puro Borges”, tras lo cual salía a tomar café y a hablar pestes de los narradores jóvenes que insistían tercamente, según él, en escribir en primera persona.

—¡Horror de horrores!, lo escuchaba decir. “La literatura es distancia no masturbación. ¡Al diablo con el yo!”

Un día me acerqué a su escritorio que permanecía limpio y ordenado. Había tres libros. Uno de Roth, otro de Aira. El tercero era el más voluminoso. Lo abrí conservando el separador en su página. Se trataba de “El emperador de todos

los males” de Siddhartha Mukherjee, autor que desconocía y que creí, por un momento, escritor de novelas policíacas. Se trataba, terminé de leer la portada, de una biografía del cáncer escrita por un oncólogo.

Volví a mis asuntos: indagar sobre el uso primitivo del sintetizador en la banda sonora de “Los pájaros” de Hitchcock. Saqué un cigarrillo. Al lado de las lecturas de mi colega las mías me parecieron, de un momento a otro, banales, sin horizonte alguno. Aplasté el cigarrillo contra el cenicero. ¿A quién le importaba Alfred Hitchcock? ¿Por qué estaba leyendo sobre algo que era mero entretenimiento? ¿No estaría desperdiciando mi tiempo?

A pesar de su mal genio, mi colega gozaba de una buena reputación entre los alumnos. Otros profesores criticaban su ensimismamiento, su desprecio por las formalidades académicas, su renuencia a ocupar cargos administrativos, sus conocidas objeciones a las vanguardias del siglo XX. Cuando ocupaba su silla y empezaba a escribir, yo lo miraba de reojo buscando una oportunidad para cruzar unas palabras.

- ¿Ha visto usted, profesor, alguna película de Alfred Hitchcock?

-No voy a cine nunca.

Mi único curso transcurrió normalmente. El semestre se interrumpió un par de veces por protestas estudiantiles. A mi colega le enfurecía la situación y era el último en abandonar el edificio en medio de los gases lacrimógenos.

-Son unos pendejos, me dijo un día.

No supe qué contestarle.

Le puse un poco de color a mi esquina, era una oficina amplia y poco a poco fui ganándome mi lugar. Resucité un desnudo espléndido de Edward Weston, traje dos bonsáis y una fotografía de mi esposa. Dejé el cigarrillo y empecé a vestirme sin reñir tanto con el clima. Un jueves abrí otro de

sus libros. Comprobé que no había separadores ni páginas marcadas. Se trataba de “La felicidad conyugal” de Tolstói. En una de sus páginas encontré una foto de documento. Era una mujer joven. Pensé en una hija. Mi colega no hablaba de su vida familiar y mi suposición me pareció, segundos después, un tanto arbitraria.

Ese fin de semana nos encontramos en un parque. Caminaba yo con mi esposa. Mi colega paseaba su perro. Nos saludamos a una breve distancia. Le presenté a Sara. Hacía frío y él iba vestido como en un domingo de playa. Su voz dudó antes de decir:

-Una vez vi “La ventana indiscreta” y no me gustó para nada.

Carlos Patiño Millán

Profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle. Periodista y escritor ha publicado libros de poemas, cuentos y relatos cortos, entre los que se cuentan: *Canciones de los días líquidos*, *El jardín de los niños muertos*, *La tierra vista desde la luna*, *Inclínate ante la madera y la piedra*, y *Hotel Amén*. Su nombre aparece en la Antología de la Poesía Colombiana, Ministerio de Cultura de Colombia; Antología del Magazín Dominical de El Espectador; Inventario a contraluz, Nueva Poesía Colombiana de Arango Editores; Boca que busca la boca, Antología de la poesía erótica colombiana del siglo XX, Taller de Edición; Segunda Antología del cuento corto colombiano, Universidad Pedagógica Nacional; Desde el umbral II, Poesía colombiana en la transición, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia; Cali-grafías, La ciudad literaria, antología bilingüe, Universidad del Valle-Vericuetos París; Maestro cuento, 50 años, Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle y Nuevo sentimentario, Luna Libros.

MINICUENTOS VALLECAUCANOS

Antología preparada para el presente libro por Guillermo
Bustamente Samudio, Henry Ficher y Harold Kremer
(codirectores de *Ekuóreo*, *Revista de minicuentos*)

El vuelo del ángel

Rosalba Plaza P.

Siempre anda detrás de mí desde que tengo memoria y eso es por culpa de mi mamá. Ella fue quien me lo encomendó, quien me lo metió por los ojos. Yo la escuchaba, le decía mi dulce compañía. Ahora no sé si sigue siendo dulce, quiero que desaparezca de mi vida. Pero cómo, si por más tretas que le he jugado no ha servido para nada, me persigue como zorro a su presa, lo malo es que estamos en desventaja, él del cielo y yo una simple mortal. ¿Cómo no iba a ser así, si desde siempre era ese cantico, no me desampares ni de noche ni de día?

Esta tarde lo he engañado de la manera más vil, por fin he podido salir de él. Me he tirado en parapente desde la cima de la montaña y él por dárse las de guapo, ha cogido impulso y en vez de irse detrás de mí, como siempre, se ha ido derecho al cielo.

Sincronía

Wilson Blandón Caicedo (Cali)

Adelantó su reloj cinco minutos para no llegar tarde a la cita,

–Es mi ventaja con el mundo –murmuró.

Consideró su obsesión por la puntualidad como una neurosis benigna y común, pasaba inadvertido y no molestaba a nadie.

Salió en su auto por el norte, rumbo a Buga.

Los científicos del Centro Meteorológico no pudieron explicar a los medios de comunicación el error de cálculo en el pronóstico de la caída del meteorito a treinta kilómetros del punto de impacto, cinco minutos antes de lo previsto, que produjo la muerte de un hombre por aplastamiento en su vehículo en la zona rural de Cerrito.

El nombre de Dios

Guillermo J. Mejía (Cali)

El rabino Samuel, hombre de probada fe y estudioso de la Torá, había tenido durante dos meses el mismo sueño: En la puerta de su casa trataba de ayudar a un hombre quien, mortalmente herido de bala, buscaba desesperadamente decirle algo, formando con sus manos extrañas señas, las mismas que se repetían noche tras noche y que él no lograba descifrar.

Intrigado por el significado de tan recurrente sueño, acudió a los miembros más sabios de su congregación, pero nadie le pudo orientar; hasta hace unas semanas, cuando su esposa le sugirió que esas extrañas señas podían ser la lengua de los sordos. Entusiasmado, se dedicó a estudiarla y, ya dominándola, esperaba ansioso el momento que se repitiera el sueño para finalmente entender el misterioso mensaje.

Por fin, un día se despertó, feliz: había descifrado la palabra que el moribundo le revelaba en el sueño. Pero no la escribió de inmediato, pues alguien daba fuertes e insistentes golpes en la puerta. Se apresuró a abrir. Un desconocido, vestido de negro, al tiempo que le disparaba un tiro en la garganta, le gritaba: «Nadie debe conocer el nombre de Dios», y huía de prisa.

Mientras su angustiada esposa trataba de ayudarlo, el rabino Samuel, moribundo e imposibilitado de hablar, intentaba, desesperadamente, escribir con señas el nombre que le había sido revelado en el sueño.

Louvre

Julián A. Enríquez (Cali)

De noche, a solas, la Monalisa no sonrío.

Artesano

Pedro Walther Ararat Cortés (Buga)

Cuando el viejo escogió el andén de enfrente para morir, lo sospeché. No he cometido ningún crimen al hacerlo, sólo lo vi, secándose al sol, como un cuero viejo que se endurece poco a poco.

Ni sangre tenía el viejo; un cortejo de moscas bebía sus últimas aguas, en una libación orgiástica, sin recatos ni límites.

Los materiales para trabajar la zapatería están muy caros, sobre todo el material para las suelas. Son muy buenas las suelas que he fabricado con la piel del viejo; su cráneo pelado sonrío en medio de los zapatos que tengo en el mostrador. La piel de viejo es resistente, aunque un poco tosca.

La isla

José Eddier Gómez (Versalles)

La isla moría en el propio instante de ser abordada. Toda la vida que coloreaba en susurrantes palmeras y exóticos ramajes, vista desde la lejanía, de cerca no era más que otro espejismo.

Equivocación

Lorena Caicedo (*Cali*)

–Te mataré.

–Muerta estoy –dijo la muerte.

El amigo

Miguel Fernando Caro G. (Cali)

Todas las mañanas, cumpliendo con la rutina de mi trabajo, paso por una casa en cuyo balcón hay un viejo sentado en su silla de ruedas. Siempre, al pasar junto a la casa, el viejo y yo nos saludamos batiendo nuestras manos.

No sé cómo se llama ni él sabe mi nombre. Tal vez el vernos todos los días casi obligatoriamente nos haya hecho amigos.

Hoy no nos vimos y al pasar por su balcón me he sentido muy triste al pensar en lo que pudo haberle ocurrido; ya a su edad, y con la mala salud que aparentaba, despertar a un nuevo día era una sorpresa.

Esta mañana me he sentido muy alegre pues el viejo ha sido el primero en traer flores a mi tumba.

Persecución

Jacqueline Castro (Cali)

Rodolfo, como todas las noches, salió a la calle. Al llegar a la esquina se dio cuenta que alguien lo seguía. Era su abuela, con su rostro triste y caminar nervioso.

Entonces corrió.

No quería que lo alcanzara como en los tiempos en que aún vivía.

Matrimonio

Janeth Marcela Ramírez (Cali)

Ambos temían por sus vidas. Ella levantó suavemente la taza de café y bebió hasta el final. Lo miró cuando le dijo, con una sonrisa extraña, que se iba a dormir. Al rato fue por el cuchillo, se acercó a la cama y lo apuñaló.

El moría lentamente y aun así en su rostro seguía la sonrisa: sabía que el veneno en el café también la iba a matar.

Sueño

Eduardo Serrano Orejuela (Palmira)

Ahora sólo me resta esperar que quien me sueña no despierte antes de mi cita con la bella Andrea.

La mujer aparente

Rodrigo Parra Sandoval (Cali)

Afanosamente se metieron en la pieza, y aquella mujer comenzó a desnudarse. Primero se quitó los lentes de contacto, y sus ojos perdieron el color. Sacó de su cartera una toalla prehumedecida y se limpió el maquillaje: la cara desapareció. Se sacó la peluca amarilla y el resto de la cabeza se evaporó. Con la blusa de seda se esfumó el cuerpo de la cintura hacia arriba: sólo se veían los senos en el brassier de finos bordados. Se sacó la falda y desaparecieron las piernas: únicamente quedaba el pantaloncito y su contenido. Cayó el brassier y ya no había senos. Cayeron los pantaloncitos y ya no había nada. El hombre quedó perplejo, sentado en la cama. Unos minutos después reflexionó: era la mujer perfecta, solamente le hizo falta un buen coito.

El rompecabezas

Isar Hasim Otazo (Buga)

El terrorista gritó “Dios es grande” y apretó el detonador. El aire cimbró con la onda explosiva. Los vidrios de los edificios cercanos se pulverizaron y se activaron las alarmas de los carros. Hombres, mujeres, niños, un perro, varias decenas de hormigas que subían por un árbol y un cuervo que sobrevolaba la escena saltaron en pedazos entre una columna de humo.

Al rato, la nube de polvo, carne, vidrio, hojas, sangre y plumas terminó de depositarse sobre la avenida. Escuché las sirenas que se acercaban, y con ellas llegaron policías, guardas militares y paramédicos. Los vi caminar entre los cuerpos, en busca de alguien que pudiera necesitar ayuda. La confusión era tal que nadie se dio cuenta en qué momento otro terrorista se deslizó entre la multitud y reventó por segunda vez el lugar de los hechos.

Cuando juntaron los cadáveres no se sabía de quién era una mano, un pie, una cabeza. Intentaron armar algunos cuerpos, pero no se sabía qué era de quién.

De mi cuerpo lo único auténtico era la cabeza. El tronco creo que era del terrorista porque estaba muy desfigurado.

Un brazo era de un paramédico, a juzgar por el guante de látex que revestía su mano. El resto, definitivamente tampoco era mío.

Quise gritarles a los que armaban ese rompecabezas que colocaran todo en su lugar, pero no tenía voz: en mi garganta se alojó, no sé cómo, una pluma del cuervo.

El fantasma

Henry Zuluaga (Cali)

Un hombre caminaba por la calle solitaria, cuando desde un rincón oscuro otro hombre saltó sobre él; un brillo metálico rasgó veloz la noche y una hoja de cuchillo buscó su corazón.

El hombre no alcanzó a percatarse de lo sucedido, por ello continuó tranquilamente, sin darse cuenta que, atrás, tendido sobre el andén, dejaba su cuerpo.

Parte de guerra

Octavio Javier Bejarano (Cali)

Hastiado de rascar y rascar sobre el brazo, tomó el hombre una lupa y escudriñó en el punto rojo que se insinuaba en el sitio del escozor.

Al acercar su ojo al cristal y el cristal a la epidermis vio, aterrado, el barco alejarse en el hilillo de sangre que le corría por el antebrazo.

Al intentar detallar más, clavando su mirada, un disparo de cañón estalló contra la lente que, al saltar en mil pedazos, sacó de su órbita el ojo del intruso.

Día de lluvia

Carlos Fernando Cobo (Cali)

La inquietud con que despertó de la siesta, lo siguió molestando después de la ducha fría, la colonia y el traje limpio que vistió a prisa. Aunque no recordaba el sueño, una extraña sensación lo intranquilizaba. Va a ser una tarde difícil, pensó pasando al comedor. Como de costumbre, el café no estaba puesto en la mesa. Ya casi está listo, gritó la mujer desde la cocina previendo el disgusto. Le molestaba que las cosas no estuvieran en su lugar en el momento preciso: ¿cómo es posible que después de tantos años de casados, no tenga servido el café a la hora de salir a trabajar? Dónde están los niños, preguntó. Salieron, contestó la mujer colocando la taza sobre la mesa, juegan en los charcos que formó la lluvia. Hizo una mueca de desaprobación, tomó el café y salió; la mujer apenas alcanzó a entregarle el pañuelo recién planchado.

Los muchachos no lo vieron salir; miraban entretenidos al pirata audaz y sus corsarios de cartón, navegar plácidamente en sus barquitos de papel por los encantados mares de la tarde de invierno. El mayor se levantó asustado al sentir el tironazo en la oreja y el feroz grito del papá. ¡Les he

dicho que no jueguen en la calle! Sí, papá, pero... son los barcos... los piratas, el mar... ¡Qué mar ni qué carajo...! No tienen consideración, con todo lo que trabajo para ustedes. Vayan a...

No alcanzó a terminar el regaño. La ofuscación que tenía le impidió reparar en las malas condiciones del andén; cuando se abalanzaba amenazante sobre sus hijos, pisó la parte deteriorada, resbaló y cayó. Pataleó en el aire antes de hundirse en el agua. Sorprendido salió a flote lo más rápido que pudo, buscó el andén, buscó a sus hijos, pero sólo vio agua y un lejano acantilado. Trató de mantener la calma, aunque no entendiera nada de lo que pasaba, por más vueltas que le daba al asunto. De pronto vio los barcos que se acercaban y sintió pánico: eran enormes y sus corazas parecían hechas de papel cuadriculado. Nadó desesperadamente hasta llegar al pie del acantilado; los piratas habían dispuesto sus naves en posición de ataque. Sin perder tiempo buscó la parte más fácil de escalar y empezó el ascenso. Faltaba poco para alcanzar la cima, cuando un certero cañonazo lo derribó. Y, ya sin vida, se sumergió en el mar.

Siamés

Harold Tobar (Cali)

Usted no entiende que en la cama éramos tres, señor.

Nos recibía en la sala, sentada en estas piernas, alborotada. Mi hermano la iba tocando y ella gime que gime hasta el cuarto. Por eso digo que en la cama éramos tres, señor. Aunque yo no mirara y me diera calentura. Pero usted no entiende que el amor es entre dos y por eso tuve que matarlo, señor juez.

Clasificador

Álvaro García Ramos (Cali)

“Obsérvenlo bien, es un típico cobarde”. El Clasificador de Espíritus le empujó hacia arriba la barbilla puntiaguda. Los ojos del pobre hombre continuaron clavados en el piso, a pesar de lo erguido de su cabeza. “¿Lo ven? Le alzo la cabeza, pero los ojos siguen caídos y los hombros también: tendencia innata al derrumbamiento. Los signos exteriores de cobardía corresponden con exactitud a los agrietamientos interiores del infeliz.”

Las cabezas de los asistentes se diluían en la oscuridad de la sala. El haz de un reflector caía en círculo sobre el escenario. En el centro del círculo, en un sencillo asiento café, permanecía el pelele objeto de la demostración, vestido de paño oscuro, saco cruzado a la usanza de muchos años atrás y zapatos negros. Detrás del pelele se alzaban, como una solemne torre, los dos metros de la figura del Clasificador. A un lado, alineado sobre una pequeña mesa color cucaracha, se veía el instrumental de exasperación y de tortura.

El Clasificador de Espíritus tomó de la mesa una larga aguja de marfil y se dedicó a chuzar al pelele, quien tímidamente esquivaba los ataques. “¿Lo ven? ¿Lo ven? Es una alimaña.

Esquiva los ataques como lo haría una alimaña.” Un torrente de destempladas risas salió de lo oscuro como serpientes de un hueco. Dominado por una ostensible excitación, el Clasificador tomó unas pinzas de electricista hechas de oro y retorció la nariz del pelele, lo que produjo un fino manantial de sangre. Luego, más excitado, le golpeó los dientes con un martillo de plata e hizo rodar por los suelos varias piezas, en medio de los aplausos del auditorio. “Obsérvenlo bien, mírenlo con cuidado: crispa las manos y llora como una niña, pero no ataca... ¡Y ahora, señores y señoras, la prueba final! Con mis propias manos pongo en las tuyas este hermoso puñal árabe y le doy la espalda. Empiezo a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Podría contar hasta un millón y no sucedería nada. ¿Lo han visto? Soy el mejor Clasificador de Espíritus. El pobrecillo es un cobarde, un legítimo y puro cobarde.”

El público se levantó de las sillas y aplaudió rabiosamente. El Clasificador abrió los brazos en un gesto triunfal. Los aplausos del público fueron disminuyendo hasta que sólo se oyeron un par de manos chocando muy al fondo de la sala. Un hilillo de sangre iba saliendo de la boca del Clasificador y manchaba cada vez más su blanca camisa de gorguera.

Y cuando el pesado cuerpo cayó sobre las primeras filas, el público pudo ver el puñal árabe en la poderosa espalda del Clasificador mientras el pelele, encaramado en el asiento, temblaba, lloraba y reía al mismo tiempo.

La visita

Javier Tafur González (Cali)

Tocan a la puerta. Seguro es la misma persona que vino ayer, que vino anteayer, que ha venido todos estos días, que me asedia y me fastidia. Iré a abrirle. Seguramente se sentará en mi silla, cogerá mis libros, fumará en mi pipa. Antes de abrirle me asomaré a la ventana. Sí, ya lo veo, allí está. Ciertamente es el mismo. Puedo demorarme un momento pero volverá a llamar. Terminará por entrar. Lo que me sorprende es que desaparezca cuando entra y siempre sea yo quien hace sus movimientos.

Los cuatrerros

Sandra Patricia Palacios (Cali)

“Los pájaros”, así les llamaba mi abuelo a los mismos hombres que quemaron la casa, decía José Antonio Burgos.

Recuerdo los gritos de las mujeres: “¡corran, corran!”, chillaba Matilda. “¡Corran, corran!”, aullaba Gertrudis. Y recuerdo al abuelo, sentado en su silla de inválido, gritando: “¡corran, corran!”.

Y entre tanto fuego y tanto grito, en un abrir y cerrar de ojos todos estábamos en el monte, acuscambados y aterrados, viendo cómo nuestra casita se pulverizaba, nuestra huerta ardía en llamas y los perros aullaban con un lamento que era igual a nuestro dolor. De tal forma, fuimos dejando atrás nuestras vidas, y al abuelo, que de tanto correr lo olvidamos.

Sólo me queda su recuerdo, gritando: “¡llegaron los pájaros! ¡Corran, corran!”.



Este libro es una coedición entre la
Secretaría de Cultura del Valle del Cauca, la
Universidad Libre, y la Corporación
Universitaria Minuto de Dios.

Se usaron fuentes de letra Bodoni MT y Lora
regular; se ha usado para la impresión de la
carátula propalcote de 240 gramos y para las
páginas interiores propalibros de 75 gramos.

Se terminó de imprimir en septiembre de
2019 en los talleres de la Unidad Gráfica de
la Facultad de Humanidades,
Universidad del Valle, Cali, Colombia

La Secretaría de Cultura del Departamento del Valle pretende con este libro, ofrecer una visión sobre lo que ha sido y es hoy el cuento en el Valle del Cauca. Los autores incluidos en esta Antología son todos nacidos en el Valle del Cauca.

Esta pretende ser, dentro de las limitaciones propias de una antología, una mirada panorámica sobre el género del cuento en nuestra región.

Consuelo Bravo
Secretaria de Cultura del Valle del Cauca



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**

Secretaría de Cultura

ISBN: 978-958-763-360-3



FERIA INTERNACIONAL
LIBRO de CALI
2019

